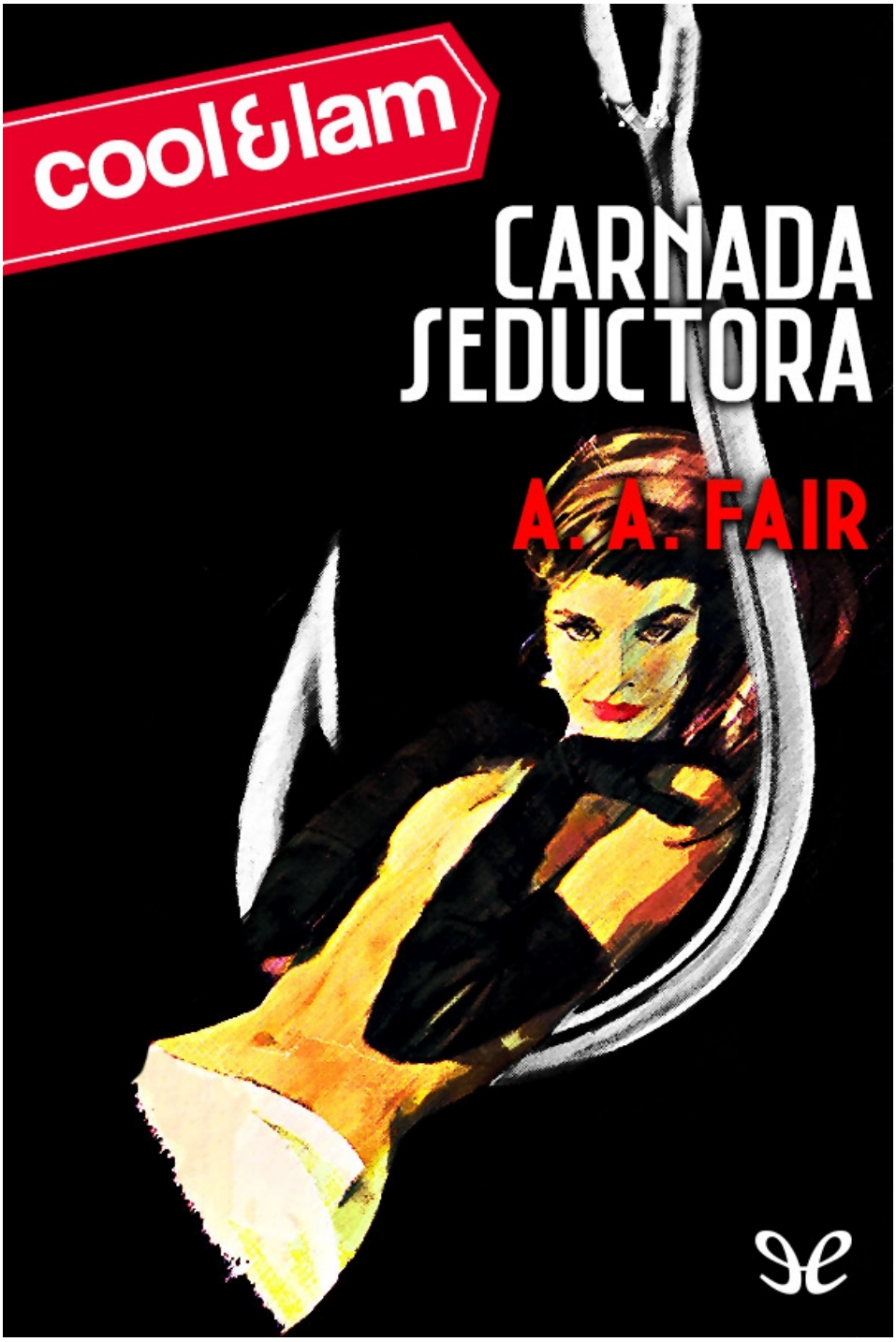
cool & lam

CARNADA SEDUCTORA

A. A. FAIR



Pauline comenzó a darme el doble discurso y su bata se abrió y pude ver más allá de donde terminaba la media. Finalmente mostrándome sus hoyuelos dijo:

Donald, siento haber hecho la comedia que hice. Después de todo… Bueno, usted es un hombre y sencillamente me gustan los hombres.

Bertha Cool suspiró, se levantó de su silla, se acercó al centro de la pieza y miró desde arriba a Pauline.

Usted es una condenada embustera y lo que le gusta es el dinero. Dentro de quince minutos estará hablando con la poli; y déjese de estarme enseñando las piernas. Comience a hablar. Y con eso, Bertha, la arrojó tambaleándose hasta media sala.

A. A. Fair

Carnada seductora

Cool & Lam-24

ePub r1.0
fenikz 28.02.15

Título original: *Fish or Cut Bait*
A. A. Fair, 1963
Traducción: Francisco Téllez
Ilustraciones: Alvaro
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

capítulo primero

EL caballero que Elsie Brand hizo pasar a mi oficina privada era uno de esos ejecutivos de negocios que rezuman importancia.

—Éste es el señor Donald Lam —dijo Elsie, y luego a mí—: El señor Jarvis G. Archer, señor Lam.

El caballero me apretó firmemente la mano, con un poco más de énfasis de lo que era necesario. Yo casi sospeché que aquellas cuantas onzas finales de presión eran con el fin de indicarme que su mente ejecutiva había captado la situación, había llegado a una decisión y ahora estaba preparado para seguir adelante.

Su edad andaría más cerca de los cuarenta que de los treinta años, sus ojos eran de un gris acerado, las cejas y el pelo obscuros, frente alta, hombros anchos y una incipiente barriga que trataba de sumir al hablar, como si hubiese estado practicando la postura delante de un espejo de cuerpo entero, probablemente igual que todo lo que hacía. Así era su tipo.

—Señor Lam —dijo—, he oído hablar mucho de usted y de su firma.

Yo me limité a inclinar la cabeza.

—Se me ha presentado un asunto extremadamente delicado —siguió diciendo—, y me encuentro en la necesidad de contratar los servicios de una agencia de detectives. Una agencia que esté compuesta de un hombre y una mujer. Por lo tanto, decidí venir a conocerlo.

—Entiendo —dije sin compromiso.

—No mencionaré nombres —añadió—, pero he hablado con un funcionario ejecutivo de negocios para quien usted hizo algún trabajo y no escatimó alabanzas. Sin embargo, he tenido menos fortuna por lo que hace a su socia, la señora B. Cool. Entiendo que la B significa Bertha.

—Así es.

—¿Puede usted describírmela?

—No.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

Sonreí y le dije:

—Las palabras tienen limitaciones. Se necesita conocer a Bertha para poder apreciarla. ¿Quiere que arregle una entrevista?

—No, hasta que haya discutido con usted algunos preliminares —dijo—. Entiendo que Bertha Cool es competente.

—Altamente competente.

—Para ser una mujer tiene una profesión un tanto peculiar, profesión que algunas veces puede…, bueno, puede conducir a riesgos físicos. ¿Puede la señorita Cool resolver una situación de esa naturaleza?

—La señora Cool —le dije— puede resolver cualquier situación que se presente.

Archer me examinó pensativamente.

—Comprendo —dijo.

—¿Por qué necesita usted un equipo formado de un hombre y una mujer? —le pregunté.

—Quiero contratar una guardia personal para una joven. Los guardianes deberán estar con ella noche y día. Naturalmente, sería embarazoso tener a un hombre en el turno de la noche. Por otro lado, para el turno de día se requerirá un hombre —una vez más, Archer me miró con ojo crítico—. ¿Cómo reacciona usted ante la violencia, señor Lam? —preguntó.

—Procuro evitarla siempre —le respondí.

—Difícilmente podría decirse que usted tiene la constitución que uno imagina en un detective.

—Es verdad —convine un tanto aburrido—. Y dado que es bastante evidente que usted quiere protección física para la joven que ha mencionado, probablemente sería mejor que buscara en otro lado.

—Espere un momento, espere un momento —dijo—. Yo no he dicho nada de eso y no quiero que usted ponga en mi boca palabras que no he pronunciado. La situación es muy peculiar. De hecho es algo único. Puede haber un elemento de peligro, pero tengo entendido que usted tiene una serenidad a toda prueba cuando se

trata de enfrentar un peligro. Tiene la reputación de poder salirse de las dificultades usando únicamente su talento.

—Pues sería mejor que tome lo que le han dicho y le descuente la mitad —le dije—. Mientras tanto, si usted quiere tratar el asunto con la señora Cool, trataré de hablarle antes de que se vaya. Va a salir para una cita que tiene dentro de unos minutos.

—Muy bien —dijo—. Me gustaría conversar con ustedes dos.

Levanté el teléfono e hice que la operadora pasara la llamada a la oficina de Bertha.

—¿Ahora de que se trata? —preguntó Bertha cuando reconoció mi voz por el teléfono.

—Está en mi despacho el señor Jarvis G. Archer —le dije—. Quiere contratar un servicio de guardia personal, en operación día y noche. Tú de noche y yo de día.

—Digo que nones —respondió Bertha—. ¿Doce horas de trabajo al día? ¿Qué se cree que estamos en la época del trabajo esclavo? Dile que se vaya al demonio.

—Se ha acercado a nosotros porque la persona que hay que proteger es una joven y quisiera conseguir los servicios tanto de una mujer como de un hombre. La mujer para el servicio nocturno y el hombre de día —le expliqué.

—Y porque su agencia me ha sido altamente recomendada —me sugirió Archer como interpolación.

—Mira, espera un poco —dijo Bertha—. ¿Ya has hablado del pago con ese tipo?

—No.

—Pues entonces no lo hagas —dijo precipitadamente Bertha—. Tú te tragas el anzuelo tan pronto como te cuentan una historia triste. Tráemelo y déjame que yo lo ablande.

—Según creo, tenías una cita esta mañana —le insinué.

—Solamente con ese condenado dentista —respondió Bertha—, y bien puede esperarme un rato si he de verlo. Trae a ese individuo aquí.

Colgué el teléfono, y dije:

—La señora Cool está por salir a una importante cita, pero lo podrá ver brevemente si está usted dispuesto a venir conmigo en el acto.

—Vamos —respondió Archer.

Lo acompañé fuera de mi oficina privada, cruzamos la sala de recepción y entramos al despacho de Bertha Cool.

Bertha, con sus ciento sesenta y cinco libras de beligerancia, sus cerca de sesenta años y su figura como un rollo de alambre de púas, miró desde el crujiente sillón giratorio con unos ojos tan duros como los diamantes que llevaba en las manos.

—Señor Archer, señora Cool —dije.

—Hola, Archer —dijo Bertha—. Siéntese. Tiene cinco minutos. Dígame de qué se trata, rápido.

Archer no estaba acostumbrado a que la gente asumiera la iniciativa al conversar con él. Trató de sumir el estómago una o dos pulgadas más y miró desde arriba a Bertha, que estaba sentada tras el escritorio en su crujiente sillón, con una mirada que estaba destinada a darle a conocer que él era quien daba las órdenes.

Su mirada se trabó con la de ella y luego vaciló. Se acercó y se sentó.

—Al grano —le dijo Bertha.

—Ésta es mi tarjeta —contestó Archer—. Soy un funcionario ejecutivo de la Molybdenum Steel Research Importing Company. Bajo ninguna circunstancia debe darse a conocer mi identidad o el hecho de que un ejecutivo de la Molybdenum Steel Company tiene alguna conexión con el caso.

—¿Cómo se llama la mujer? —le espetó Bertha, mirando su reloj pulsera.

—La joven de que se trata es mi secretaria confidencial. Ella es una empleada muy valiosa y no me gustaría perderla. Sin embargo, a menos que se pueda manejar esta situación, y manejarla inmediatamente, voy a perder sus servicios.

—¿Cómo se llama? —repitió Bertha.

—Marilyn Chelan.

—¿Dónde vive?

—En una casa de apartamientos no muy lejos de nuestro local de negocios. Pero creo que está usted teniendo una falsa impresión, señora Cool.

—¿En qué sentido?

—Pues parece que usted se imagina que puede haber algún interés personal. Éste es un asunto de negocios.

—¿Qué es lo que usted quiere?

—La señorita Chelan ha estado recibiendo cartas amenazadoras por correo. Se ha visto sometida a repetidas molestias. Hay gente que le telefonea a todas horas de la noche. Cuando levanta el audífono, oye a alguien jadeando pesadamente al otro lado de la línea. Luego la persona cuelga. Esta situación le está provocando un colapso nervioso.

—¿Y qué es lo que quiere esa persona? —preguntó Bertha.

—Aparentemente nada.

—¡Pues vea a las autoridades postales! —prorrumpió Bertha observando a Archer como un gavilán—. Ellos pueden hacer más que una agencia de detectives privados cuando se trata de cartas amenazadoras.

—Hemos dudado en solicitar el auxilio de las autoridades postales a causa de nuestro deseo de evitar notoriedad.

—¿Y consiguiendo un número privado de teléfono? —preguntó Bertha.

—Lo hemos hecho ya dos veces. No da resultado. Las llamadas continúan llegando por el número privado tan pronto como nos lo asignan.

—Pongan un interruptor en el timbre de teléfono, de modo que sólo pueda sonar a determinadas horas —dijo Bertha.

—No nos decidimos a hacerlo —contestó Archer—, porque la madre de la señorita Chelan vive en Salt Lake City y no está muy bien de salud. Quiere poder mantenerse en contacto con su madre en cualquier momento por teléfono.

—Muy bien —dijo Bertha, mirando su reloj—. Ya no dispongo de más tiempo. ¿Qué es lo que quiere?

—Quisiera que usted y su socio trabajaran alternando los turnos. Usted trabajaría por la noche, naturalmente, y el señor Lam trabajaría de día.

—¿Ningún tercero?

—Ninguna tercera persona —dijo Archer—. Quiero que esto se mantenga dentro del nivel ejecutivo de su firma.

—Eso requiere doce horas de trabajo al día —le hizo notar Bertha.

—Mis matemáticas son bastante adecuadas para dividir veinticuatro entre dos —dijo Archer.

—A lo que quiero llegar —le dijo Bertha—, es que esto amerita

horas extraordinarias de trabajo.

—Así debo suponerlo.

—¿La compañía es la que va a pagar? —inquirió Bertha.

Él se apresuró a decir:

—Eso no debe preocuparle a su agencia. Ustedes le facturan a la señorita Marilyn Chelan el importe de sus servicios y yo personalmente garantizo el pago de la cuenta.

—Nadie va a garantizar nada —dijo Bertha—. En una operación de esta naturaleza nosotros trabajamos a base de contado. Ciento cincuenta dólares diarios, más gastos.

—¿No le parece un tanto elevado? —preguntó Archer.

—¡Recórcholis, no! —le dijo Bertha—. Es muy barato; yo iba a decir doscientos al día. Si toma en cuenta que son doce horas de trabajo al día, verá que es una tarea agotadora.

—Muy bien —dijo Archer—. Ciento cincuenta al día.

—Correcto —dijo Bertha—. ¿Hasta dónde hay que llegar?

—Quiero descubrir quién está ocasionando estas molestias y quiero que terminen. Deseo que se tomen las medidas adecuadas para que esta cosa se corte en botón.

—¡Pues el botón ya ha florecido! —le dijo Bertha—. Y si está tratando de decirnos que va a pagar personalmente ciento cincuenta dólares al día para evitar que su secretaria siga siendo molestada, y que ella no es otra cosa más que su secretaria, entonces debe usted tener una opinión muy mediocre de nuestra inteligencia.

—Yo no estoy acostumbrado a que se dude de mi palabra, señora Cool —respondió Archer.

—Pues entonces consiga una historia más convincente —le espetó Bertha.

—Lo que he dicho es que yo personalmente garantizaría el pago y que no quería que se hiciera mención de la compañía. Pero no he dicho que no haría que la compañía me reembolsase el importe.

Yo intervine, y dije:

—Vamos a dejar esto en claro. No importa quién pague la cuenta, nosotros tenemos un solo cliente y le seremos fieles. En este caso, usted nos está contratando y nosotros vamos a proteger a Marilyn Chelan. Haremos todo lo necesario para protegerla. Y ella será la única a quien protegeremos.

—Es así como quiero que sea —dijo Archer—. Eso es lo que

estoy tratando de decirles. Estoy preocupado y quiero que ustedes la protejan.

—Perfectamente —aceptó Bertha—. En un trato como éste no queremos garantías y el crédito no sirve. Usted nos deja cuatrocientos dólares en efectivo. Eso cubrirá dos días y los gastos. Si no hemos obtenido resultados al cabo de dos días, usted podrá adelantarnos más dinero o cancelar el convenio. Ahora bien —continuó, antes de que Archer pudiera protestar—, cuando encontremos a esta persona que viene haciendo esto, ¿qué quiere usted que hagamos?

—Hagan lo que sea necesario para que cese todo —dijo Archer —. Pero háganlo sin ninguna publicidad. No debe haber ninguna publicidad.

Bertha dijo:

—En este mismo momento puedo adivinar bastante bien lo que hay detrás de todo esto. O usted está tratando de conquistar a esta chica, o ella está tratando de conquistarlo a usted, y alguien de la oficina a quien no le parece la situación está haciendo algo al respecto.

—Ésa sería la explicación obvia —dijo Archer con helada dignidad—. Si yo pensara que es así, no estaría aquí.

—¿Es usted casado? —preguntó Bertha.

—Sí. Pero eso no entra en el cuadro.

—¿Cómo sabe usted que no?

—Lo sé muy bien. Puedo darles mi palabra de que así es.

—¿Por qué es tan valiosa esta muchacha? —preguntó Bertha suspicazmente.

—Ella conoce mi trabajo. Se lleva bien con todos los clientes. Tiene una memoria fotográfica para los rostros. Nunca olvida una cara, un nombre o una conexión. A mí me pasa todo lo contrario. Muchas veces no puedo recordar una cara o el nombre de alguno de nuestros contactos. La señorita Chelan sería una secretaria absolutamente valiosa para un político. En mi trabajo, su habilidad para recordar nombres y rostros es tan sorprendente que resulta inapreciable.

—¿Cuánto tiempo ha estado con usted? —pregunté.

—Alrededor de ocho meses.

—¿Y cuánto tiempo con la firma?

—El mismo tiempo.

—¿Qué nos puede decir de sus antecedentes?

—No los conozco bien. Ella llegó aquí de Salt Lake City. Se inscribió en una agencia de empleos que maneja nuestro personal, y como yo necesitaba una secretaria, me la mandaron a prueba. Encontré que era excepcionalmente competente y la tuve sólo una semana a prueba. En ese tiempo me di cuenta de su extraordinaria habilidad para recordar rostros y nombres, que son cualidades muy valiosas en nuestro trabajo.

—¿Usted nunca ha estado en su apartamiento? —preguntó Bertha.

—Yo no he dicho eso —dijo Archer—. He estado allí por asuntos de negocios, sí… He tenido que ir allí a hablar con ella de este asunto. Éste es un problema que difícilmente puede uno tratar en la oficina, especialmente en un negocio que toca áreas tan sensibles como el nuestro.

—¿Exactamente cuál es su negocio? —inquirió Bertha—. Esta tarjeta dice Molibdenum Steel Research Importing Corporation. Maldita sea la cosa que eso significa para mí.

—No tiene ningún interés saberlo —dijo Archer poniéndose de pie y sacando un rollo de billetes del que extrajo cuatro de cien dólares—. ¿Tiene la bondad de extenderme un recibo, señora Cool? Yo les daré la dirección de la señorita Chelan y ustedes podrán ir allá y empezar a trabajar de inmediato. Es decir, el señor Lam puede hacerse cargo del turno de día y usted prepararse para entrar en servicio esta misma noche.

—Espere un momento —dijo Bertha levantando los ojos del recibo que estaba firmando—. Si ella está empleada como su secretaria, de día estará trabajando.

—Está temporalmente con licencia hasta que podamos aclarar este asunto —dijo Archer—. Vive en los apartamientos Neddler Arms, en la avenida Neddler. El suyo es el número 617. No tengo su número de teléfono. Es un teléfono que no aparece en el directorio y ha sido recientemente cambiado; por lo tanto, vayan simplemente allá y explíquenle la situación. El señor Lam puede decirle sencillamente que yo he contratado su agencia. Ella comprenderá, porque ya hemos discutido la cuestión.

Archer sumió el estómago, se abotonó la americana, se inclinó

desde la cintura, y dijo:

—Creo que pueden ustedes obtener cualquier otra información directamente de la señorita Chelan. Ustedes deben apresurarse y mi tiempo es muy valioso, muy valioso.

Archer abandonó la oficina.

Bertha me miró, y dijo:

—¡Este hijo de perra, tratando de simular que no es el papito del dinero!

Yo me quedé callado.

Bertha suspiró.

—Me daban ganas de gritarle: «Deje de retener la respiración y deje caer la panza donde debe estar». Después de los treinta y cinco, cuando un hombre empieza a subir de peso y trata de impresionar a la gente de que tiene todavía la figura que tenía a los veintidós, sencillamente está perdiendo su tiempo.

»Muy bien, Donald —agregó—; vas a tener que informarle de lo que se trata a esa secretaria tuya de ojos bizcos. Yo manejaré de día las cosas en la oficina durante el tiempo que sea preciso y me presentaré a las nueve de la noche de hoy para tomar mi turno.

—¿Las nueve de la noche?

—Sí, así es como vamos a trabajar —dijo Bertha—. De nueve a nueve. Y recuerda que solamente tenemos un margen de cien dólares para gastos; por lo tanto, cuando se trate de cenar, deja que ella pague la cuenta.

—Tenemos cien dólares para dos días —le dije—. Podemos darnos el lujo…

—¡Ya empiezas de nuevo! —dijo Bertha—. Regalando toda la utilidad. Deja que ella pague la cena o que se quede en casa y la guise.

—Vas a llegar tarde a la cita con el dentista —le recordé.

—No; no es tarde —dijo—. Todavía me quedan quince minutos. Yo siempre les miento en la oficina respecto a la hora de mis citas. Eso me da un margen aprovechable. De otra manera yo nunca llegaría a tiempo, y ese condenado dentista tiene un pedazo de enfermera que te cobra el tiempo del doctor desde el momento en que te llama, y si no estás allí, la culpa es tuya. Si no fuera porque es un dentista excelente, ya habría yo aplastado a esa enfermera y la habría convertido en una mancha de sangre sobre la alfombra.

Bertha dejó escapar un suspiro.

—¡Vaya, hemos conseguido trabajo de niñeras! —exclamó.

Se levantó del crujiente sillón giratorio, caminó hacia la puerta, se volvió y dijo:

—Y no te pongas a coquetear con esa nena. Ese Archer me da la impresión de que es un tipo capaz de volverse loco de celos.

capítulo dos

LA joven que respondió a mi llamado en el apartamiento 617, tendría veintisiete años, rubia y de ojos azules, con un hermoso cuerpo y una mirada de inteligencia en el rostro. Pero sus ojos eran los de un animal atemorizado, un animal acosado.

—¿La señorita Chelan? —pregunté.

—Sí —dijo cautelosa.

—Soy Donald Lam, de la Agencia Cool y Lam. Hemos sido contratados para protegerla.

—¡Ah, sí! —dijo.

—¿Ya lo sabía? —pregunté.

Ella, sin franquearme la entrada, preguntó:

—¿Me hace el favor de enseñarme sus credenciales?

Saqué mi credencial del bolsillo y ella la examinó cuidadosamente. Luego, sonriendo, me dijo:

—Tenga la bondad de pasar, señor Lam.

Era un bonito apartamiento. Aunque había una cama empotrada en la pared de la sala, tuve la seguridad de que era un apartamiento de dos piezas y con cocina.

—Perdóneme que haya sido tan precavida —dijo—, pero he tenido una serie de penosas experiencias.

—Sí, lo sé —le dije.

—Pues yo hubiera esperado ver…, bueno, es decir, un hombre de tipo más pesado.

—¿La han sometido a usted a molestias físicas, o simplemente mentales? —pregunté.

—Mentales.

No dije nada más, pero después de un momento ella rió nerviosamente, y comentó:

—Tiene usted una manera muy interesante de anotarse un

punto. ¿No quiere sentarse, señor Lam? Va usted a tener que acomodarse aquí lo mejor posible. Y dado que vamos a estar juntos mucho tiempo, puede llamarme simplemente Marilyn y yo le llamaré Donald. Una más de esas cosas acaba de llegar por entrega inmediata y le confieso que me siento un poco trastornada.

—¿Qué quiere decir con «una de esas cosas»? —pregunté.

—Es esa que está ahí sobre la mesa. Puede verla.

—¿La carta de entrega inmediata?

—Sí.

Cogí unas tenacillas de mi estuche de viaje, así como los guantes, y levanté la carta.

—¿Para qué son las tenacillas y los guantes? —preguntó la muchacha.

—No quiero echar a perder las huellas digitales que pueda tener y por eso la tomo por los bordes, hasta donde me es posible, para no dejar mis huellas.

—No se pueden descubrir las huellas dactiloscópicas en el papel.

—Parece que usted habla con cierta autoridad. ¿Lo ha consultado con la policía?

—No. Pero el señor Archer dice que no se pueden obtener huellas dactiloscópicas del papel. Sólo ocasionalmente se logra alguna impresión que pueda revelarse con vapores de yodo y dice que realmente no vale la pena intentarlo.

Saqué el papel del sobre y lo desdoblé, sosteniéndolo por los bordes.

Se habían utilizado palabras recortadas de periódicos.

Decía:

SÁLGASE, VÁYASE AHORA QUE HAY TIEMPO.
HABLAMOS
EN SERIO.
HAY
CIERTAS COSAS QUE USTED NO QUERRÍA QUE SE SUPIERAN PÚBLICAMENTE.
LÁRGUESE
.

Doblé cuidadosamente la carta, la puse de nuevo en el sobre y

examiné la dirección.

El nombre, señorita Marilyn Chelan, y la dirección, Apartamiento 617, Apartamientos Neddler Arms, Avenida Neddler, Ciudad, habían sido hechos con una de esas imprentas de juguete que se compran para los niños en Navidad. Era un sello de mano y el lado derecho estaba más claro que el izquierdo.

—Es la décima que recibo —dijo Marilyn.

—¿Todas iguales?

—Casi iguales.

—¿Qué ha hecho con ellas?

—Las estoy guardando. El señor Archer opina que debiera quemarlas, pero…, bueno, si las cosas se ponen más feas, voy a recurrir a las autoridades postales, sin importarme lo que alguien diga.

—¿Qué quiere decir con si las cosas se ponen más feas?

—No lo sé…; que empeoren.

—¿Que empeoren cómo?

—Por lo que a mí concierne, las cosas ya no pueden empeorar más. Tengo los nervios destrozados. Me han dado licencia en la oficina por dos semanas. Por supuesto, las gentes de allá no saben de qué se trata. Creen que estoy enferma.

—¿Dónde queda la oficina?

Me miró con súbita sospecha.

—Usted debería saberlo.

—Yo sólo quería comprobarlo. Estoy de turno.

—Bueno, pero no necesita verificar cosas como ésa.

—¿Qué más hay? —pregunté—. ¿Qué otras amenazas pesan sobre usted?

—Todas casi lo mismo —dijo.

—¿Amenazas de sacar a luz alguna información que usted no desearía que fuera conocida?

La muchacha guardó silencio.

—¿Hay algo en su pasado? —pregunté.

—Creo que todos tenemos algo en nuestro pasado, hombres y mujeres.

Su voz se desvaneció y yo pregunté:

—¿Qué me dice de esas llamadas telefónicas?

—Llegan a borbollones —dijo—. A veces hay cuatro o cinco en

una hora y luego no las recibo por largo tiempo. Luego quizá dos o tres.

—¿Y en qué consisten las llamadas telefónicas? ¿La misma cosa que las cartas?

—No, las llamadas son diferentes. Suena el teléfono y cuando lo levanto para contestar, sólo puedo oír a alguien que respira jadeando.

—¿Hombre o mujer?

—Cielos, no podría decirlo. Suena como si fuera un hombre muy corpulento por la forma como respira, pero podría ser una mujer que estuviese fingiendo.

—¿Y luego qué sucede?

—La persona del otro extremo de la línea sigue allí hasta que yo cuelgo.

—¿Dice algo?

—Nunca.

—¿Conoce usted bien a Jarvis Archer?

—Es mi patrón.

—¿Conoce usted bien a Jarvis Archer? —repetí.

—Soy su secretaria. He trabajado con él cerca de un año.

—¿Conoce usted bien a Jarvis Archer? —insistí.

Ella me miró, desafiante, a los ojos.

—¿Entra ese catecismo en sus instrucciones?

—Mis instrucciones son las de averiguar quién le está haciendo todo esto y hacer que se suspenda. Quiere usted que así sea, ¿no?

—Sí.

—¿Conoce usted bien a Jarvis Archer?

—Bastante bien.

—¿Es casado?

—Sí.

—¿Ha estado él aquí en el apartamiento?

—Algunas veces.

—¿Ha oído él esas llamadas telefónicas?

La muchacha vaciló por un momento y luego sacudió la cabeza.

—No —dijo.

—¿Por qué no?

—Él no ha estado aquí a menudo y no ha habido tantas llamadas. Como ya le he dicho, vienen en serie.

—Lo que hay que hacer la próxima vez que llegue esa llamada por teléfono es que la persona muestre sus cartas. ¿Cree usted que pudiera ser una esposa celosa?

—No tengo idea de quién sea.

—¿Se queda usted escuchando sin decir nada?

—La mayor parte de las veces me quedo muda de terror. Al principio trataba de hablar, Ahora casi no digo nada.

—De ahora en adelante trate de iniciar alguna conversación —dije—. Trate de decir algo que lo haga o la haga hablar.

—Pero, ¿cómo podría…?

En ese momento sonó el teléfono.

Ella saltó al oírlo, como si alguien la hubiera pinchado con un alfiler. Automáticamente estiró el brazo para contestar, pero su mano se detuvo en el aire. Me miró con ojos llenos de pánico.

—Puede ser él ahora —dijo.

—Vea si es —le dije.

El teléfono volvió a sonar.

—¡Ah!, ojalá que no sea, ojalá que no sea —dijo Marilyn—. Acabamos de hacer cambiar el número telefónico. Se trata de un nuevo número privado. Tenía la esperanza de que eso pusiera un alto a esas llamadas.

Una vez más volvió a sonar el teléfono.

Yo lo señalé y ella lo tomó.

—¡Hola! —dijo, y a continuación su rostro se llenó de terror. Me miró e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Yo pasé la mano por sobre su hombro, le quité el instrumento de la mano y lo llevé a la oreja. Pude oír una respiración pesada y ominosa.

—Hola, miedoso. Habla Donald Lam. Para el caso de que no sepa quién soy, le diré que pronto lo va a saber. Soy el tipo que le va a seguir el rastro hasta meterlo en chirona.

Dejé de hablar.

El jadeo continuó.

—¿Quiere saber por qué le dije que es un miedoso? —añadí con despreocupación—. Porque eso es, un poca cosa, cobarde y malandrín de la peor especie. Lanza toda clase de amenazas y no se atreve a hacer nada de lo que dice. Se contenta con llamar y resoplar por el teléfono.

Reí sonoramente.

—De ahora en adelante tiene que hacer algo más que eso —continué—. ¿O no tiene otra cosa que ofrecer? Dígame…

No se oía ningún otro sonido, solamente aquel pesado jadear.

—Con estos teléfonos de disco es un poco difícil rastrear una llamada, pero no es cosa imposible. Y cuando te pesquemos, vas a pasar una encantadora temporada en una penitenciaria federal por usar el correo para fines ilegales, chantaje, intento de extorsión… Te vamos a dar todo un paseo.

»También —seguí diciendo— cometiste un gran error con esa última misiva que enviaste. Te embarraste el dedo de pasta y dejaste una magnífica huella para beneficio nuestro. ¿Qué te parece?

Dejé de hablar y al otro lado de la línea colgaron el auricular.

Coloqué el audífono en su lugar.

—¿Qué pasó? —me preguntó Marilyn.

—Colgó.

—¿Él colgó?

—Sí, quienquiera que haya estado al otro extremo.

—Qué raro —dijo—, es la primera vez que eso ha sucedido. Por lo general se quedan allí hasta que yo cuelgo.

—¿Ha tratado de hablarles como yo lo hice?

—No, naturalmente que no. Yo no tendría valor. He preguntado quién es y qué es lo que quieren, y por qué siguen molestándome si yo nunca les he hecho nada, y cosas por el estilo, pero nunca les he hablado como usted acaba de hacerlo.

—¿Y nunca han contestado? —pregunté.

—No; no hay respuesta, sólo ese respirar agitado.

—¿Nunca ha oído alguna voz?

—Ninguna.

—¿Y desde cuándo tiene usted este número privado?

—Este último acaba de ser puesto en servicio hace veinticuatro horas y se instaló muy discretamente.

—¿Usted lo consiguió?

—No; el señor Archer lo consiguió a través de amigos que tiene en la compañía de teléfonos y se tomaron todas las precauciones para mantener el número absolutamente confidencial. Mi madre y la enfermera que la atiende son las únicas que lo conocen…, y el

doctor de mamá.

—Bien, me han dado una demostración bastante buena. Hasta este momento hemos tenido una llamada telefónica y una carta de entrega especial… ¿No ha tenido llamadas a la puerta en los momentos en que no puede ir a contestar, por estar tomando una ducha o cosas por el estilo?

—No, nada, a excepción de las cartas y las llamadas por teléfono.

Levanté el teléfono y llamé a la compañía grabadora que suele hacernos trabajos, y les dije:

—Quiero una pequeña grabadora portátil de cinta con conexión para grabar conversaciones telefónicas. Deseo que sea buena y muy sensible, y quiero que se conecte de modo que registre fielmente cuanto sonido llegue por el teléfono. No hagan caso de los reglamentos federales. Mándenla al número 617 de los apartamientos Neddler Arms, tan pronto como puedan y con bastante cinta. Cárguenla a la cuenta de Cool y Lam.

Se me aseguró que la grabadora estaría en camino en menos de treinta minutos.

Colgué el teléfono y me acomodé en un sillón.

—Puede que haya más llamadas —dijo Marilyn—. Algunas veces hay dos o tres en menos de una hora o en hora y media.

—Magnífico —dije—. Me gusta hablar con ese tipo, o, más bien, me gusta que me oiga. ¡Hay tantas gentes que me interrumpen cuando estoy hablando!

—¿Para qué es la grabadora de cinta? —preguntó.

—Quiero grabar el sonido de ese jadeo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Las personas respiran en forma individual y distinta —le dije —. Cuando se hace una prueba con el detector de mentiras, una de las cosas que se revisan es la respiración. Cuando se va a un hospital, le toman a uno el pulso y la respiración. Quiero descubrir si el que llama, respira jadeando por el teléfono para fingir o impresionarnos o si eso es natural en ese cretino.

—Pues ciertamente es una respiración muy agitada, un verdadero jadeo —dijo Marilyn—. Por ese motivo creo que es cosa fingida.

—Yo también creo que es teatro —le dije—. Si no fuera así, ese

hombre debe sufrir de asma o del corazón y haber subido escaleras con apresuramiento.

—Tengo cita con la peinadora esta tarde —dijo la muchacha—. Se supone que usted es mi guardaespaldas. ¿Qué haremos en este caso?

—Pues me sentaré en el salón de belleza junto a usted.

—¿Estará conmigo todo el tiempo?

—No la voy a dejar fuera de mi vista ni un minuto —le dije.

—Esto va a resultar… terriblemente íntimo.

—Sí, va a ser terriblemente íntimo —contesté—. ¿Ha estado usted casada?

Ella vaciló unos momentos, y luego dijo:

—Sí.

—Pues entonces le va a resultar fácil. Simplemente imagínese que soy su marido —dije.

Ella rió nerviosamente.

—¿Tengo que llegar hasta ese extremo?

—No —dije, mirándola a los ojos.

La grabadora de cinta la entregaron en menos de cuarenta minutos. Luego nos fuimos al salón de belleza y, sentado en una silla, observé a Marilyn mientras le daban un champú, le secaban el pelo y le manicuraban las uñas. Las gentes que había en el salón me veían con curiosidad. La mayoría se imaginaban que yo era el protector que pagaba los gastos y me juzgaban en consecuencia.

Cuando regresamos al apartamiento, conecté la grabadora al teléfono y nos quedamos allí unos veinte minutos antes de que el timbre volviera a sonar anunciando otra llamada.

Marilyn me hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y yo tomé el audífono y puse a funcionar la grabadora.

—Bueno, bueno —dije—. Ojalá no le hayamos causado molestias con haber salido. ¿Nos llamó mientras estábamos fuera?

No se oía ni una sola palabra.

—Después de pensarlo —añadí—, he decidido que era mejor ir al F.B.I. en lugar de tratar de manejar las cosas nosotros mismos. Por supuesto que me dijeron que no soltara nada, pero creí conveniente advertírselo. Usted está todavía muy verde, ¿sabe?, es apenas un aficionado y de hecho está cayendo en nuestras manos.

Esperé un momento y escuché el acostumbrado jadeo.

—Encienda la televisión y vea los comerciales —dije—. Sale uno donde anuncian una buena pastilla para el drenado de los senos nasales y con eso puede curarse esas narices tapadas. Suena usted como un cochino con angina.

»Supongo que será parte de su teatrito —continué—. Se para frente a un espejo, pone una cara feroz y respira por las narices pensando: "*Dios, cómo voy a asustar a esa pobre mujer*".

Me reí con ganas.

Los jadeos continuaron por un momento y luego colgaron el teléfono al otro extremo.

—¿Colgó? —quiso saber Marilyn al verme colgar el audífono.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza, pero dejé que siguiera corriendo la grabadora; marqué el UL
3-1212
y esperé. Hubo una pausa y luego una voz femenina dijo: «La hora es las cinco con diecisiete minutos y diez segundos»… Otra pausa y luego se oyó nuevamente: «La hora es las cinco con diecisiete minutos y veinte segundos».

Colgué el audífono y apagué la grabadora; puse mi reloj a tiempo.

—¿Qué se propone? —preguntó Marilyn.

—¿Con la registradora?

—No, marcando la hora.

—Solamente estoy comprobando —le dije—. Tal vez pueda haber algo que descubramos estudiando el elemento tiempo.

—No entiendo —me dijo.

—Eso es rutinario en la policía —le expliqué—. Siempre que tienen una serie de robos ponen alfileres en un mapa señalando el lugar de los robos. Usan alfileres de distintos colores para las diferentes horas del día y finalmente tienen en el mapa grupos de alfileres que les indican algo respecto a los hábitos de los criminales.

—Pero no veo cómo puede ayudar aquí el elemento tiempo.

—Sólo constituye un registro —dije—. También quiero un registro de la respiración… ¿Qué vamos a hacer respecto a la cena?

—Yo lo voy a llevar a cenar —dijo Marilyn—. Tengo dinero para los gastos. O si usted lo prefiere, para cubrir las apariencias, yo puedo darle el dinero y usted paga la cuenta.

—No, pague usted —respondí—. En esa forma puede ponerlo en su cuenta de gastos en lugar de que yo tenga que ponerlo en la mía. Mi socia es muy sensible en lo que se refiere a las cuentas de gastos. Ahora vendrá a las nueve y deberemos estar de regreso a esa hora o, de lo contrario, avisarle en qué lugar vamos a cenar.

—¡Ah!, a mí me gusta cenar temprano —dijo la muchacha—. Pero esto trae a colación una cuestión embarazosa. Yo tengo que tomar una ducha y cambiarme.

—¿Es ésa la recamara? —pregunté indicando la puerta.

—Sí.

—¿Y el baño está al lado?

—Sí.

—¿Hay otra salida del apartamiento?

—No.

—Entonces, báñese —le dije—. Deje la puerta abierta. Yo no miraré. Pero quiero poder oírla si grita y deseo estar donde pueda ver si alguien trepa por una escalera de escape o se desliza por una ventana y quiere propasarse con usted.

—Nunca ha habido ningún problema, excepto las cartas de entrega inmediata y las llamadas telefónicas —dijo.

—Bueno, eso no quiere decir que tengamos que descartarlo. Yo soy su guardia de corps —le dije.

—Ya entiendo —dijo Marilyn—. Yo proporciono el cuerpo y usted la guardia.

—Sí, algo por el estilo.

—Bueno, pues resulta terriblemente íntimo —comentó—. Pero supongo… Francamente…, supongo que una vez que me acostumbre me va a gustar que sea así… A veces me siento sola y aislada; y ahora que usted está aquí, yo…, bueno, me da la sensación de que usted sabe lo que está haciendo.

—Muchas gracias.

—¿Qué clase de mujer es su socia? ¿Será condescendiente? ¿Me tendrá simpatía?

—No.

—¿Por qué? —preguntó Marilyn sorprendida.

—No se siente muy inclinada a tener simpatía por la gente —dije—. No es ése su lado flaco.

—¿Cuál es su lado flaco?

—La acción, la eficiencia y el dinero.

—¿Qué edad tiene?

—Alrededor de sesenta, tal vez cincuenta y cinco.

—¿Pesada?

—Como un rollo de alambre de púas —le dije.

—¿Es fuerte?

—Como un buey.

—Donald, dígame, ¿le cae usted bien?

—Algunas veces creo que le simpatizo —contesté—, y otras creo que odia hasta mis redaños. La hago irritar hasta el delirio.

—¿Por qué lo hace, Donald?

—Porque ella piensa en una rutina y yo no quiero verme arrastrado a hacer lo mismo —le dije.

—Lo que dice suena interesante. Creo que voy a disfrutar de su compañía. De hecho, ya me siento mejor.

—Vaya y báñese —le dije.

Quince minutos después comenzó a sonar el teléfono una vez más.

—¿Qué opina? —le pregunté—. ¿Quiere que conteste?

—¡Cielos, no! —dijo desde el baño—. Si fuera mi madre y oyera contestar una voz de hombre, sencillamente…, bueno, tendría muchas explicaciones que dar. Nada más descuélguelo.

El teléfono siguió repiqueteando. Luego oí el ruido de los pies desnudos de Marilyn cuando pasó a mi lado sin nada encima excepto una toalla que se había enrollado apresuradamente por debajo de las axilas.

Con la mano derecha trataba de mantenerla en su sitio. Luego levantó el teléfono con la izquierda.

—Hola —dijo, y luego la vi ponerse pálida y hacerme una seña con la cabeza.

Me acerqué y ella me tendió el aparato.

Eché a andar la grabadora.

El jadeo del otro lado de la línea era aún más pronunciado que en la ocasión anterior, pero no se oía ningún otro sonido.

—Vaya —dije—. Se nota que hoy trata de trabajar aprisa, ¿verdad? ¿Cómo va esa sinusitis? Veo que lo que le dije antes le dolió y ahora se apresura a tornar venganza. Pero usted no tiene redaños suficientes para salir de su escondite y encararse a la

situación; por lo tanto, sigue con esta farsa estúpida y ordinaria del teléfono, apenas digna de un aficionado.

Marilyn Chelan estaba allí completamente fascinada, olvidando por completo cuidar de cubrirse y mirando girar los carretes de la grabadora.

Yo tenía puesta la grabadora de manera que un monitor pudiera oír todo lo que llegara por el teléfono al mismo tiempo que se grababa.

Continué diciendo:

—Una cosa es asustar a las mujeres con esos recursos de chiquillos y otra enteramente diferente es enfrentarse a un hombre. ¿Por qué no sale al descubierto, rata cobarde? O tal vez sea usted una de esas mujeres frustradas que nunca tuvieron la oportunidad de llevar una vida normal, ni las atenciones de un hombre digno de ese nombre, y por eso se revuelve loca de celos contra cualquiera que tenga atractivos para el otro sexos En uno y otro caso usted es…

Por el alambre telefónico llegó una voz de hombre:

—¡Usted es un hijo de p… que se pasa de listo! Cuando acabe con usted lo voy a dejar…

Luego colgaron estrepitosamente.

Volví a marcar el número para que me dieran la hora.

La voz de la muchacha dijo: «La hora es seis cero cinco minutos con cuarenta segundos. La hora es seis cero cinco minutos con cincuenta segundos…».

Colgué y apagué la grabadora.

—Muy bien, Marilyn —dije—. Ahora sabemos que es un hombre y sabemos que es vulnerable. Parece que no aguanta mucho que lo aguijoneen.

Ella se quedó plantada, mirándome con sus grandes ojos redondos.

—Donald —me dijo—. ¡Creo que es usted maravilloso, sencillamente colosal!

Luego se dio cuenta súbitamente de que la toalla estaba abierta y la recogió apresuradamente con la mano.

—¡Cielos! —exclamó, y salió corriendo hacia el baño.

Ajusté mi reloj con la hora que habían dado por el teléfono y vi que tan sólo había una diferencia de dos segundos.

Salimos a cenar y regresamos a las ocho y cuarenta y cinco; nos esperaba una nueva carta de entrega inmediata.

La puse contra la luz y pude ver que era otra de aquellas cartas amenazadoras compuesta con segmentos de periódico pegados sobre una hoja de papel.

—Ésta —dije— no la vamos a abrir.

—¿No la vamos a abrir? ¿Por qué? —preguntó Marilyn.

—¿Para qué? Ya sabemos lo que dice.

—Sí, ya lo sé, pero quisiera ver que… Y tal vez pudiera usted descubrir algún indicio…

—No —dije—. Cuando esta cosa haga crisis, pescaremos a este tipo por usar el correo para mandar cartas amenazadoras. Si abrimos el sobre, no hay nada que impida que él se defienda diciendo que nosotros enviamos el sobre por el correo y pusimos el mensaje de amenaza para achacárselo a él. Por lo tanto, vamos a dejar esta carta tal como fue enviada por el correo, cerrada, con la dirección y con los timbres con el sello de cancelación, así como de entrega inmediata, y se a daremos al fiscal del distrito y al jurado sin abrir, para que ellos lean el mensaje. Ésa es la mejor manera de probar que algo ha sido enviado por el correo.

—¡Donald, es usted sencillamente grande!

—Espere a que haga algo fuera de la rutina —le dije.

Unos cuantos minutos después sonó el timbre de la puerta.

—¿Será otra carta de entrega inmediata? —pregunté.

El timbre sonó una larga y dos cortas.

—¡Ah!, es el señor Archer —dijo la muchacha, y corrió hacía la puerta y la abrió. ¡Ah!, señor Archer, en verdad que estamos adelantando. Creo que lo estamos haciendo bien. Donald ha instalado una grabadora de cinta y aguijoneado tanto a la persona que llama que la ha hecho hablar. Es la primera vez que hemos oído su voz. Ahora sabemos que se trata de un hombre y no de una mujer.

Archer me miró de arriba abajo.

—¿Cómo ha podido hacerlo, Lam? —preguntó.

—Yo solamente le estuve lanzando, a quienquiera que fuera, insultos y vituperios, empleando el tipo de incitaciones capaces de hacer perder el genio a un hombre o hacer que una mujer frustrada y oficiosa se soltara de la lengua.

—¿Está seguro de que era un hombre?

—Así lo creo.

—¿Qué demonios es eso? ¿Una grabadora de cinta?

—Sí —le dije—, es una grabadora donde estoy marcando las llamadas.

—¿Pero de qué sirve si nadie habla?

—Ya lo hicimos hablar una vez —dije—. Y creo que podremos hacerlo hablar de nuevo.

Archer dijo:

—Pasé sólo para asegurarme de que las cosas marchan bien y de que su socia se presentará a la hora indicada. No quiero dejar a la señorita Chelan sin protección esta noche.

—Bertha vendrá —le dije—. En este momento llega —agregué al oír sonar el timbre.

Cuando Marilyn abrió la puerta, oí a Bertha decir:

—Supongo que usted es Marilyn Chelan. Yo soy Bertha Cool.

Bertha se abrió paso hacia la pieza, miró a Archer y dijo:

—Hola, ¿qué está usted haciendo aquí?

—Sólo vine a convencerme de que usted vendría —dijo Archer.

Bertha lo miró con beligerancia.

—Le dije que vendría. ¿Quiere que marque la entrada en un reloj?

—Sólo quiero que esté aquí.

—Pues aquí estoy.

—Ahora —dijo Archer—, no quiero que haya malas interpretaciones respecto a esto. Deseo que usted duerma en la cama gemela dentro de la recamara, señora Cool, y que se quede con la señorita Chelan. Debe usted mantenerla bajo su vista en todo momento hasta mañana a primera hora, cuando llegue Donald Lam a reemplazarla.

»Ahora, señor Lam —agregó—, cuando usted llegue en la mañana, ya se habrá desayunado. La señorita Chelan y la señora Cool también lo habrán hecho. Después, a las nueve, podrá usted hacerse cargo del asunto y permanecer con ella todo el día.

Archer recogió el estómago y se puso en pose de ejecutivo importante.

Me volví hacia Bertha y dije:

—¿Sabes cómo trabajar esta grabadora, Bertha? Siempre que

suene el teléfono, graba la conversación. Si no hay ninguna conversación, graba el ritmo de la respiración. Tan pronto como el que esté al otro extremo de la línea cuelgue el teléfono, marca el UL 3-1212
y graba la hora.

—¿Para qué quieres hacer eso? —preguntó Bertha.

—Como prueba —le dije—. Más todavía, si llegan cartas de entrega inmediata, no las abras. Guárdalas también para que sirvan de evidencia. Escribe tus iniciales en el sobre y anota la hora de llegada. Pero deja el sobre intacto.

—Okey —dijo Bertha.

Marilyn me dio la mano.

—¿Lo veré mañana, Donald? —me preguntó.

—Sí —le dije.

Su sonrisa era de confianza y sus ojos me miraron directamente unos tres o cuatro largos segundos.

—Buenas noches a todos —dije, y salí.

capítulo tres

ABANDONÉ el apartamiento de Marilyn Chelan, tomé mi automóvil y busqué en la avenida Neddler un lugar para estacionar el auto, de modo que tuviera una buena vista de la entrada del edificio de apartamientos.

Encontré uno, acomodé el aporreado vehículo de la agencia junto a la acera y esperé.

Estuve sentado en el automóvil como treinta minutos, antes de que Archer saliera. Caminó rápidamente una media cuadra por la avenida hasta el lugar donde había dejado estacionado su automóvil. Estaba tan absorto en sus pensamientos que parecía ajeno a lo que sucedía en torno suyo. Ni una sola vez volvió la cabeza, pero sí miró su reloj de pulsera un par de veces, como si temiera llegar tarde a alguna cita.

Puso en marcha su automóvil y yo lo seguí en el mío durante cuadra y media sin encender los faros, arriesgando una multa con tal de no alarmarlo. Probablemente era una precaución innecesaria, pero de todas maneras la tomé.

Archer se dirigió a un nuevo coctel-bar que se había abierto al este de La Brea y al norte del bulevar Hollywood. Estacionó el automóvil en el patio reservado a los clientes del bar, entró y permaneció allí veinte minutos.

Salió acompañado por un hombre de anchos hombros, como de un poco más de cuarenta años pero que se había mantenido en muy buenas condiciones. Era el tipo de dinamo humano; al hablar hacía con las manos gestos y ademanes enérgicos.

Permaneció junto al automóvil de Archer, hablando con él cerca de un minuto. Era evidente que él era el que hablaba, porque de vez en cuando apuntaba con el índice al pecho de Archer y éste escuchaba atentamente y movía afirmativamente la cabeza.

Luego se estrecharon las manos, Archer se metió al automóvil y partió de allí.

Yo no quería acercarme mucho al auto de Archer por temor de que el individuo corpulento me descubriera y notara que yo seguía a Archer. Pero tampoco quería que se me escapara Archer y, por lo tanto, cuando llevaba una ventaja de una cuadra apreté el acelerador y me acerqué. Tuve la precaución de ir mirando a un lado y otro de la calle como si anduviera buscando una dirección y no me interesara para nada el automóvil que iba delante.

El hombre que había estado hablando frente al coctel-bar con Archer se aprestaba a subir a su propio automóvil. Lo vi sentado frente al volante de un *Oldsmobile* cuando pasé.

Archer comenzó a apresurar la marcha. Iba a alguna parte rápidamente. Cuando yo llegué a la esquina, él iba a más de una cuadra de distancia y dos automóviles que también iban a gran velocidad se interpusieron entre él y yo.

Yo había anotado el número de las placas del auto de Archer y no me preocupaba mientras no se saliera de la calle.

Había dado vuelta a la izquierda en la calle Franklin y corríamos al oeste hacia La Brea. En la avenida La Brea había un alto, e imaginé que las probabilidades de que tomara a la derecha en alguna callejuela sin salida eran insignificantes; por lo tanto, no oprimí el acelerador hasta pasar el alto; luego viré a la izquierda y me encontré sobre la avenida La Brea rumbo al sur. Entonces apresuré la marcha, esquivé el tránsito y alcancé a Archer cuando daba vuelta a la derecha en Sunset.

Un automóvil que me había pasado siguió de frente y pasó a Archer también. Me mantuve un poco atrás y luego entramos en una corriente de automóviles.

Archer se detuvo en una estación de gasolina en donde había una casilla de teléfono. Yo me retrasé bastante y simulé buscar un lugar donde estacionar el auto junto a la acera; lo vi salir del automóvil y entrar a la cabina de teléfono.

Di una vuelta a la manzana.

Cuando volví, el tipo terminaba de marcar un número.

Miré mi reloj y anoté el tiempo, Eran las diez con siete minutos cuando él colgó el aparato.

Seguí de frente hasta la cuadra siguiente, apagué las luces y

estacioné el automóvil, disponiéndome a esperar.

Archer subió a su automóvil y recorrió seis cuadras hasta otra estación de servicio en donde había teléfono, salió del auto y entró a la cabina telefónica.

Consulté mi reloj. Eran las diez con dieciséis minutos y veinte segundos cuando colgó.

Al salir Archer de aquella cabina, parecía tener prisa. Se dirigió hacia la avenida Rhoda y dio vuelta a la izquierda al llegar allí.

Yo detuve mi automóvil y observé sus luces rojas.

Siguió por la avenida unas tres cuadras y luego fui tras él con las luces apagadas.

Repentinamente vi intensificarse la luz roja del auto de Archer indicando que iba a hacer alto. El automóvil vaciló y luego la luz roja de alto se apagó, apareciendo la luz amarilla que indicaba que daría vuelta a la derecha.

Encendí las luces y en la primera intersección di vuelta a la derecha; casi al llegar a la calle paralela a la avenida Rhoda hice alto.

A los pocos segundos el automóvil de Archer pasó a gran velocidad. Archer estaba regresando por la calle paralela.

Tuve una visión instantánea de su silueta contra las luces de la calle al pasar. Llevaba la cabeza levantada, mirando por su espejo retrovisor.

Las llantas de su automóvil chirriaron al tomar la curva hacia la derecha.

Evidentemente algo había sucedido que lo había alarmado.

Calculé que él habría recorrido unas cuatro cuadras más por la avenida Rhoda, y por lo tanto, regresé a dicha avenida y seguí de frente, examinando la situación. Iba despacio, pero no veía nada interesante. ¡Después, repentinamente vi algo!

Era una patrulla de la policía estacionada en la calzada de un edificio. Había dos detectives no uniformados en el automóvil, que fumaban plácidamente, pero su misma actitud descubría lo que eran. Dos detectives esperando allí a la expectativa de algún acontecimiento.

Yo pasé sin detenerme y luego di vuelta a la derecha, como había hecho Archer.

De pronto unos faros se encendieron a una cuadra detrás de mí.

Oprimí el acelerador, tomé la primera vuelta a la derecha, recorrí una cuadra y volví a dar vuelta a la derecha.

El automóvil que me seguía titubeó un momento en la esquina; sus ocupantes me descubrieron y apagaron las luces.

Los policías trataron primero de seguirme sin que yo me diera cuenta. Yo les seguí la corriente simulando no haber notado su automóvil.

Simulé dar vuelta a la izquierda y como si hubiera cambiando de opinión di vuelta a la derecha, oprimí el acelerador y bruscamente di una vuelta completa en «U». Pasé junto al auto de la policía, di otra vuelta rápida a la izquierda y me metí a una calzada de una casa particular, apagué las luces y el motor.

El auto de la policía pasó velozmente con la sirena ululando.

Las luces se encendieron en la casa donde yo había entrado. Un hombre en bata de baño abrió la puerta.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

Salí del automóvil.

—¿Bill? —pregunté en voz alta con toda confianza.

—¿Qué Bill?

—Bill Addison, naturalmente —dije.

—Yo no conozco a ningún Bill Addison.

—¿No vive aquí? —pregunté.

—No.

—Vaya, me lleva el diablo —dije—. Ésta es la dirección que traigo.

Me subí nuevamente al automóvil, eché a andar el motor y retrocedí por la calzada hacia la calle. Guié una media cuadra y me estacioné. Los policías probablemente habrían tomado el número de mi placa. Al día siguiente iba yo a necesitar una buena disculpa en caso de que decidieran investigar el asunto. Pero yo no me atrevía a correr el riesgo de que Archer pasara por allí mientras los policías me estuvieran interrogando, pues en aquel momento había tantas respuestas que ignoraba, que prefería evitar todo interrogatorio.

Desde donde estaba podía observar la avenida Rhoda, como a tres cuadras del lugar en donde Archer había hecho el intento de entrar a la calzada de un edificio y luego había cambiado de parecer.

Un viejo *Oldsmobile* pasó rodando trabajosamente. El lado

izquierdo estaba hundido. También pasó un taxi. No había señales de que el auto de la policía volvería a reanudar su vigilancia.

Había poco tránsito: un *Ford*, una camioneta que supuse sería *Chevrolet*, otro auto que pasó rápidamente y del cual no distinguí la marca.

A continuación cruzó el auto de la policía. Los detectives no vieron mi automóvil o no le hicieron caso.

Un automóvil de la misma marca y modelo que el mío pasó. Iba casi a vuelta de rueda. Luego vi de nuevo al aporreado *Oldsmobile*. Esta vez iba bastante aprisa.

Miré el reloj.

Había estado allí tres cuartos de hora.

Decidí que la costa estaría libre y eché a andar el auto. Entré al carril de la derecha y metí el acelerador.

No había caminado diez cuadras cuando me topé con un automóvil que dio violentamente una vuelta en «U» y se vino tras de mí.

Un reflector de luz roja me cayó por el lado izquierdo y yo me acerqué a la acera e hice alto.

El automóvil de la policía hizo alto a pocos metros. Uno de los detectives bajó y se acercó, seguido del otro.

—¿Qué he hecho? —pregunté.

—Déjeme ver su licencia de manejo —dijo el policía.

Se la entregué.

—Bien, señor Lam. Ahora el registro del automóvil.

Le mostré la tarjeta del registro.

—De la agencia de detectives Cool y Lam, ¿eh? —dijo.

—Correcto.

—¿Qué anda usted haciendo por aquí?

—Ah, sólo paseando —respondí.

—¿Conoce a alguien que viva en la avenida Rhoda?

—No.

—¿Entonces por qué se dirigió usted allá?

—¿Yo?

—Usted sabe bien que es así. Y guárdese sus salidas de ingenio.

—Venía siguiendo a un individuo y lo perdí. Pensé que si me quedaba quieto por un rato tal vez pudiera encontrar su auto estacionado por aquí.

—¿Conoce el automóvil?

—Sí, es un *Cadillac*.

—Deme los datos.

Yo sacudí la cabeza.

—¿No me oye? —dijo el oficial—. Deme los datos. No estamos jugando. Son asuntos importantes.

—¿Qué clase de asuntos? —pregunté.

—Asuntos de la policía.

—Hubo un accidente en la carretera —dije—. El conductor de ese automóvil lo presenció, pero se alejó rápidamente. Supongo que no quería que se le llamara como testigo. Se me ocurrió que podría yo sacar algún provecho de la situación si podía presentar un testigo. Por lo tanto, lo seguí para ver adónde iba.

—¿Cuál es el número de sus placas?

—Espere un momento —dije—. Me está pidiendo demasiadas cosas. Eso no se lo puedo decir. Es la forma como me gano la vida.

—¿Por qué lo siguió?

—Pensaba hacerlo hasta donde estacionara su automóvil; luego iba a ver el certificado de registro en el poste de la dirección y regresar a verificar los datos del accidente, conseguir los números de los autos involucrados, averiguar si hubo heridos y el carácter de las lesiones.

—¿Ha oído usted hablar de las sanciones por seguir ambulancias? —me preguntó el policía.

—Claro, he oído hablar de dichas sanciones —respondí—. Pero yo no he solicitado todavía representar a nadie y, bajo cualquier circunstancia, tengo perfecto derecho a ser testigo.

—¿Del accidente? —preguntó el oficial.

—Del hecho de que el conductor de un automóvil que estaba cerca y vio el accidente, salió de allí disparado como el demonio.

—¿Cuál es el número de la licencia?

Abrí mi cuaderno de notas y le di uno de los números de placas que siempre conservo para coartada por si llego a encontrarme en una situación como la que estaba pasando.

El oficial anotó el número de licencia que le di.

—Okey —dijo—. Supongo que estará limpio. Pero de todos modos manténgase alejado de esta vecindad.

—¿Por qué?

—Porque yo se lo ordeno. Eso es todo. No queremos ver el auto de un detective privado por aquí.

—¿Por qué razón? —pregunté—. ¿Qué es lo que está pasando aquí?

—Nada —respondió el oficial—. Lo que sucede es que no queremos que usted ande vagando por aquí, ¿está claro?

—Okey —dije—. Un automóvil trató de seguirme. Tenía las luces apagadas y pensé que tal vez el que yo iba siguiendo me devolvía la pelota y me iba a arrinconar contra la acera para darme una paliza.

—¿Y qué es lo que usted hizo entonces? —preguntó el policía.

—Me serví de tácticas evasivas —dije.

—¿Como cuáles?

—Tomé una curva rápidamente, luego di una vuelta en «U» y me alejé de los alrededores.

—¿Después qué hizo?

—Apagué las luces y me estacioné, esperando que las cosas se enfriaran.

Los policías se miraron uno al otro.

—Ahora comienza a tener sentido lo que dice —dijo uno de ellos —. Nosotros pensamos que usted era el del automóvil que seguimos hace rato, pero no estábamos seguros.

—¿Quieren decir que eran ustedes los que me venían siguiendo con las luces apagadas?

—Exacto.

—¡Vaya, hombre! —dije fingiéndome indignado—. ¿Por qué no encendieron su luz roja y me hicieron señas para que me detuviera si querían saber quién era yo? Me han pegado un susto del demonio. Yo pensé que corría el riesgo de otra paliza.

—¿Es que se las dan a menudo? —preguntó el oficial.

—Soy un detective privado —dije—. Y me gusta trabajar solo.

El policía me examinó especulativamente.

—¿Por qué no encendieron sus luces, el faro rojo? —repetí—. ¿Con qué objeto me siguieron con las luces apagadas?

—¿Nos vio usted seguirle?

—Claro que los vi. Y vi cuando apagaron las luces.

—¿No sabía usted que era un automóvil de la policía?

—¿Cómo demonios iba yo a saberlo?

—Nosotros somos los que hacemos las preguntas —dijo el oficial —. Se supone que usted es el que ha de responder.

—He perdido media hora tontamente, he perdido un asunto que me convenía y para colmo me han dado ustedes un gran susto — dije.

—Okey —dijo el policía—. Olvídelo y lárguese de aquí. Y no se quede por los alrededores.

—Okey —dije echando a andar el motor.

Bruscamente uno de los policías dijo:

—Oiga, espere un minuto.

Apagué el motor.

—Delante de usted venía un auto por la avenida Rhoda; frenó, hizo el intento de dar vuelta a la izquierda, pero luego dio vuelta a la derecha. ¿No era ése el automóvil que usted venía siguiendo?

—Creo que sí, pero no estoy seguro —dije.

—¿Por qué no está seguro?

—Porque se me escapó. Yo no quería acercármele demasiado.

—¿Por qué?

—Porque no quería que se diera cuenta de que lo seguía.

—Pero usted ya lo había seguido hasta aquí. ¿Por qué no se acercó más?

—Porque no quería que el tipo entrara en sospechas. Me acerqué lo bastante entre el tránsito para obtener el número de sus placas. Por el momento era suficiente. También lo había visto y pensé que podría reconocerlo.

—¿Finalmente por dónde se fue?

—No lo sé. Ya les dije que lo perdí.

—Muy bien —dijo el oficial—. Váyase y manténgase alejado de este territorio por ahora. Estamos trabajando en un caso aquí y no queremos que el automóvil de un detective privado ahuyente la pieza antes de que estemos listos.

—Está bien, pero no le den a nadie ese número de placas. Es un as que guardo en la manga —dije.

—Okey —respondió el policía—. Tome su camino.

Me dirigí hacia el extremo de la calle. El auto policíaco dio la vuelta y tomó rumbo a la avenida Rhoda.

Luego me dirigí a la jefatura de la policía.

Necesitaba un accidente que hubiera tenido lugar entre las

9:40
y las
10:15
p.m. De preferencia que hubiera acontecido en algún lugar de Hollywood. Estaba dispuesto a conceder uno o dos kilómetros en una o en otra dirección, pero no podía hacer mucha trampa con el elemento tiempo. También estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa, desde un pega y corre hasta una sencilla salpicadera abollada, pero el elemento tiempo era el que importaba.

En una ciudad del tamaño de Los Ángeles, cada hora acontecen accidentes de toda clase y de diversos grados de gravedad, pero muchos de ellos sin suficientes consecuencias para ser registrados.

Busqué en los informes de accidentes de tránsito y encontré que un individuo llamado George Littleton Dix, de treinta y seis años, guiando un *Oldsmobile* se había visto envuelto en un accidente en la avenida La Brea Norte. Había una disputa de si había hecho alto completo en la intersección del bulevar o si había seguido de frente. El hombre que había sido atropellado insistía en que Dix se había pasado el alto del bulevar. Dix insistía en que había detenido su auto totalmente. Se había tomado el nombre del conductor que iba en el auto detrás de Dix, para que sirviera de testigo. Había otro testigo: una mujer. El informe del oficial no hacía mención de nada que no fuera lo estrictamente esencial.

Tomé nota de los nombres, la hora y los números de las placas de los automóviles involucrados.

Aquello era como un seguro contra contingencias en caso de que la policía comenzara a hacer investigaciones. Y había, naturalmente, la probabilidad de que así lo hiciera.

Di por concluido mi día de trabajo y me dirigí a mi apartamiento; después de meter el viejo auto de la agencia en el estacionamiento, me fui a la cama. Era la
1:45
de la madrugada.

Puse el reloj despertador en las siete de la mañana del día siguiente.

capítulo cuatro

APARECÍ por el apartamiento de Marilyn a las nueve menos cinco.

Ella y Bertha habían terminado de desayunarse y estaban lavando los platos en la cocina. Marilyn los lavaba y Bertha los secaba.

Cuando tuvo oportunidad, Bertha me guiñó un ojo y con la cabeza me indicó la sala.

Fui allá y me senté.

—¿Durmieron bien? —pregunté después de haberme sentado.

—Dormí como un tronco —dijo Bertha desde la cocinilla.

—¿Y usted, Marilyn? —le pregunté animado—. ¿Durmió bien?

—No muy bien. Hubo dos de esas llamadas por teléfono cuando estábamos preparándonos para meternos en la cama.

—¿A qué hora?

—Un poco después de las diez. Bertha anotó la hora.

Bertha sacó su cuadernillo de notas.

—Están en la cinta grabadora —dijo—. Yo comprobé la hora con mi reloj y con el tiempo oficial por teléfono.

»La primera llamada terminó a las diez con siete minutos. La hora oficial, una vez que marqué el número, fue las diez más siete minutos y veinte segundos. La segunda llamada terminó a las diez con dieciséis minutos y treinta segundos, de acuerdo con la hora oficial.

—¿No hubo más llamadas después?

—No, solamente esas dos. Ya estábamos listas para acostarnos. Marilyn dice que las llamadas no la dejaron dormir. —Bertha titubeó y luego añadió—: Ese hijo de perra no me quitó el sueño. Dormí como un tronco.

—¿Hubo conversación? —pregunté.

—Anoche no —dijo Bertha—. Tan sólo esa respiración pesada.

—¿Lo provocaste? —pregunté.

—Lo insulté con cuanto nombre ofensivo pude encontrar en el sentido de que es un inmundo cobarde.

—¿Hubo algo más? —inquirí.

Abruptamente, Bertha dijo:

—Acaba tú, querida. Quiero platicar con mi socio.

Bertha puso el secador a un lado del fregadero, vino a la sala y se sentó junto al sillón de descanso en que estaba yo. Bajó la voz, y me dijo:

—Las cosas andan del demonio.

—¿Qué pasa? —pregunté también en voz baja.

—Mírale la cara —dijo Bertha—. Ha estado llorando desconsoladamente.

—Sigue contándome —dije—. ¿Qué pasó?

Bertha contestó:

—Nos han hecho caer en el garlito y estamos haciendo el primo. Lo malo es que no puedo probarlo y, por lo tanto, he decidido hacerme la tonta por una temporada.

—¿Pues qué ha pasado?

—Esa bribona descarada me narcotizó.

—¿Cómo lo sabes?

Bertha explicó:

—Anoche hizo un poco de chocolate caliente antes de acostarnos y, tú lo sabes, si hay algo que me fascine, eso es el chocolate bien caliente. Me preguntó si quería una taza y le contesté que hacía tiempo que había dejado de preocuparme un comino el perder mi buena figura y que lo único que me interesaba era conservarme activa y no acumular manteca, por lo que aceptaba encantada su ofrecimiento. Dijo que a ella también le apetecía; una cosa condujo a otra y por fin me preparó una taza de chocolate bien caliente.

—¿Crees tú que estaba drogado?

—Sé muy bien que contenía una droga.

—¿Cómo?

—Bueno —dijo Bertha—, un poco antes de que nos acostáramos, la pesqué un par de veces mirándome en una forma muy calculadora. Me dio mala espina y pensé que la muy descocada se traía algo oculto; decidí fingir que me dormía, quedándome muy quieta para observar.

»Bueno, estaba yo ahí simulando dormir y, ¡por Dios!, Donald, no podía mantener los ojos abiertos —continuó Bertha—. Traté de combatir aquel estupor que me cerraba los párpados y lo primero que logré ver era que ya había amanecido; sentía en la boca esa especie de sabor que resulta de una fuerte dosis de medicina para dormir.

—¿A qué hora te acostaste?

—Inmediatamente después de esas llamadas por teléfono. Lo hicimos temprano porque ella dijo que estaba agotada. Estábamos precisamente tomando el chocolate cuando llegaron las llamadas telefónicas.

—¿Y tú crees que anoche se levantó y salió? —pregunté.

—¿Cómo diablos lo voy a saber? —respondió Bertha—. Ella hizo algo, no me cabe la menor duda. Mi idea es de que todo este asunto de contratarnos como guardaespaldas es solamente una pantalla. Me inclino por darle una buena tunda.

—No lo hagas —dije—. Yo tengo algo muy interesante. No vamos a decir nada por ahora, tan sólo les seguiremos la corriente. Y no vayas a perder la paciencia por el momento. ¿Hay algo más?

—Te lo informaré en el orden en que aconteció —dijo Bertha—. Hubo una carta de entrega inmediata hoy a las siete de la mañana.

—¿Qué hicieron con ella?

—Tú dejaste orden de que no se abrieran las cartas.

—Es cierto.

—La guardamos sin abrir. Está en la repisa en donde ella pone su correspondencia.

—¿Qué más? —pregunté.

—Después, el teléfono sonó hacia las siete y treinta. Otra vez el asunto ése de la respiración jadeante.

—¿Marcaste la hora en la grabadora?

—Sí, pero no sé de qué demonios nos va a servir eso.

—No te preocupes por ello —dije—. ¿Qué más?

—Bueno, como a las ocho de la mañana llamó una mujer y Marilyn no quiso soltar el teléfono. Dijo que era un mensaje personal para ella. Actuaba como si conociera a la mujer y se tratara de una charla amistosa. Pero cuando yo estaba cerca, Marilyn tenía mucho cuidado con lo que decía. Por lo tanto, hice ostentación de irme al baño y cerrar la puerta con fuerza. Me

imaginé que se había olvidado de la grabadora. Al salir, le daba yo la oportunidad de decir lo que quisiera sin peligro, y después podríamos reproducir la conversación con la grabadora y escuchar lo que hubieran dicho.

—¿Bueno? —pregunté.

—Desde la conversación las cosas andan muy revueltas —dijo Bertha—. Ella llamó a Jarvis Archer y le dijo que tenía que verlo con urgencia y que quisiera que estuviera aquí a las nueve en punto.

—¿Has escuchado lo que se grabó para enterarte de la conversación de Marilyn con su amiga?

—No; no ha habido oportunidad hasta este momento. Pensé que cuando tú vinieras podrías hacerte cargo de la situación y simular que querías ponerte al tanto de todo lo que pasó durante la noche y estar listo para este día. Eso te daría una buena excusa para escuchar la grabadora. Luego veremos si ella protesta porque tú oigas sus conversaciones privadas.

—¿Estás segura de que la grabadora estaba conectada?

—Ah, seguro —dijo Bertha—. Está sujeta al teléfono con una bobina de inducción y se puede ver la luz parpadear al registrar el sonido de las voces. Estaba trabajando bien. Yo había ajustado el volumen correctamente, pero no la tenía en posición de monitor para que ella no sospechara.

—Okey —dije—. Tú sígueme ahora la corriente.

Me levanté de la silla y fui a la cocina.

—Bertha me dice que usted le telefoneó al señor Archer para que viniera —dije.

—Sí.

—¿Qué dificultades hay, Marilyn?

—No puedo resistir más.

—¿Recibió más de esas llamadas telefónicas?

—Sí.

—¿Igual que las otras?

—Sí.

—¿Las tomaron en la grabadora?

—Creo que sí. Todo lo que llega por teléfono se graba, ¿no es así?

—Bueno —dije—. Voy a oírlas para ver si puedo averiguar algo.

¿Llamó Bertha para registrar la hora?

—Sí, creo que lo hizo. La última llamada fue alrededor de las siete y treinta.

—¿Estaban desayunándose en ese momento?

—No, fue antes de desayunarnos. Yo me volví a acostar un momento, pero no pude dormir.

—Bien, bien —dije—. Todo entra en el trabajo del día, Marilyn. No deje que la hagan desesperar, porque eso es precisamente lo que están tratando de hacer. Veamos lo que esta conversación nos dice.

Regresé a la sala, hice que los carretes regresaran varias vueltas y luego me dispuse a escuchar.

Oí la acostumbrada respiración jadeante y la voz de Bertha con sus invectivas profanas; a continuación, el sonido del teléfono al ser colgado, y después de un intervalo una voz que decía: «La hora es las diez cero siete con veinte segundos… La hora es las diez cero siete con treinta segundos…».

Luego se oyó el ruido del teléfono al ser colgado y la cinta siguió corriendo completamente en blanco.

Le dije a Marilyn:

—Ésa fue una de las dos llamadas que entraron anoche. ¿Qué pasó con la segunda llamada y las dos que entraron esta mañana?

—No lo sé —respondió con un aire de suficiente candor—. ¿No están grabadas?

Miré el número en el indicador de la grabadora, y dije:

—¿De qué sirve que tratemos de engañarnos, Marilyn? Usted sabe perfectamente que no están grabadas. Usted hizo regresar la cinta, oyó la primera llamada de anoche y luego puso la grabadora en la posición de borrar la cinta y borró todo lo que seguía.

La muchacha me miró a los ojos, desafiante.

—Bueno, tengo derecho a borrar mis conversaciones privadas. El hecho de que usted y Bertha estén tratando de protegerme no les da derecho a escudriñar en mis asuntos personales.

—¿La borró usted?

—Por supuesto que la borré. No quería borrar la segunda llamada de anoche, pero como tenía que trabajar rápidamente, enredé las cosas.

—¿Cuándo la borró?

—Mientras Bertha Cool andaba zarandeándose y haciendo notar

que iba al baño tan ostentosamente que telegrafiaba lo que pensaba hacer, tan claramente como si lo hubiera escrito. Ella sentía curiosidad por mi conversación telefónica personal y quería enterarse de qué se trataba; hizo, por lo tanto, toda una exhibición de ir al baño y cerrar la puerta con gran ruido, abrir la llave para que corriera el agua y todo un escándalo, para darme la impresión de que podía hablar en privado. Luego tenía intención de regresar y oír la conversación grabada en la cinta. O, más bien, hacer que usted la oyera. Por eso se salió de la cocina cuando usted llegó y se puso a hablarle en voz baja.

»No nací ayer —siguió diciendo—, no soy una criatura y no me atrae la perspectiva de vivir como un pececillo en una pecera. Cuando venga el señor Archer le voy a decir que ya no aguanto más. Voy a irme de aquí. Él los contrató a ustedes y puede dar por terminado el asunto. Yo ya no los voy a necesitar. Me voy a zafar de todo esto.

Se oyó por el timbre de la puerta una llamada larga y dos cortas, una larga y dos cortas.

—Debe de ser el señor Archer —dijo Marilyn.

Fue a la puerta y la abrió.

Archer entró respirando eficiencia.

—Bien, bien —dijo—. Está toda la pandilla reunida esta mañana aquí. Los dos socios; en fin, como una sesión de banco. ¿Qué te ocurre, Marilyn?

Ella respondió:

—Ya no aguanto más esto, señor Archer.

—¿No aguantas qué?

—Todas esas llamadas telefónicas, las amenazas por entrega inmediata, todo este asunto de vivir como un pez dorado en un acuario, con gentes que vigilan cuanto movimiento hago. Estoy acabada. Hoy mismo me voy de aquí. Haga que sus sabuesos se vayan.

—¿Adónde vas a ir?

—Usted nunca lo sabrá —dijo Marilyn—. Nadie lo sabrá nunca. Me voy a asegurar de que nadie me siga y luego me iré donde nadie me encuentre nunca. Voy a quedarme allá hasta que las cosas se calmen.

—¿Qué cosas? —pregunté.

—¿Qué sé yo? —prorrumpió Marilyn mirándome con coraje. Luego se volvió hacia Archer, y le dijo—: No discuta conmigo, Ya he tomado mi decisión. Es más, voy a necesitar dinero.

—Mira, espera un minuto —dijo Archer—. Esto es muy intempestivo para mí, Marilyn… Te sugiero que nos sentemos y lo discutamos, pues creo que deberíamos darnos un poco de tiempo antes de llegar a una decisión definitiva.

—No quiero dar tiempo para nada —contestó ella—; de lo que quiero estar segura es de que nadie me va a seguir. Tengo todo listo. Mis planes están hechos. ¿Cuánto dinero tiene usted en efectivo a la mano?

Archer titubeó por un momento, luego sacó una cartera y extrajo algunos billetes.

—Resulta que traigo una cantidad bastante grande —dijo—, unos setecientos cincuenta dólares.

—Yo necesito trescientos. No…, cuatrocientos dólares.

—Pero, Marilyn —dijo Archer—, esto es algo…

—Usted dijo que me iba a ayudar a verme libre de esto —le interrumpió la muchacha—. Ahora quiero que lo hagamos a mi modo. Ya lo hicimos como usted quería y no resultó tan efectivo. Usted ha contratado a estos guardaespaldas y ellos no han hecho nada de provecho. Las cosas siguen exactamente igual. Por mí, ya terminó.

Archer contó gravemente cuatro billetes de cien dólares.

La muchacha dijo:

—Se va a sentar usted aquí con estos detectives. Quiero estar segura de que usted va a obligarlos a que se queden aquí y de que nadie me sigue o trata de seguirme.

Caminó con calma hacia la recamara, abrió la puerta de un closet, levantó una pequeña maleta que evidentemente había preparado subrepticiamente, sin que Bertha se enterara; se dirigió a la puerta y al salir, dijo:

—Señor Archer, usted va a cooperar conmigo en esto y yo le agradecería que me diera quince minutos antes de que alguien abandone este apartamiento. Quince minutos son suficientes. Y no traten de hacer lo rutinario, es decir, investigar en los taxis y en la estación de ferrocarriles y cosas por el estilo.

»Si usted pudiera seguirme —añadió—, cualquiera otra gente

podría hacerlo. No voy a dejar rastro alguno; nadie podrá seguirme.

Marilyn abrió la puerta del apartamiento.

Bertha Cool dijo:

—Espera un momento, querida. Tomemos las cosas con calma. No nos precipitemos y…

—Querida —le espetó Marilyn—. ¡Usted y su «querida, querida, querida»! ¡A Donald podía aguantarlo, pero usted es como una patada en la rabadilla!

Bertha Cool se puso rápidamente de pie. Marilyn cerró la puerta de un golpe.

Archer se interpuso.

—Un momento, señora Cool. Yo conozco a Marilyn, y cuando ella se pone tan excitada como ahora, no hay modo de…

Bertha lo hizo a un lado y se lanzó hacia la puerta.

—Un momento, señora Cool —insistió Archer, cogiendo a Bertha por los brazos—. Usted está trabajando por mi cuenta y yo le ordeno que la deje ir.

Bertha se libró de las manos de Archer y lo mandó tambaleando lejos de sí.

Yo encendí un cigarrillo.

—¡Viejo mal nacido! —le dijo Bertha a Archer.

—Pero, señora Cool —dijo Archer en tono de reproche—. ¿Qué lenguaje es ese en una señora?

—¡Váyase al diablo! —le contestó Bertha yendo hacia la puerta y abriéndola de un tirón.

Bertha miró a lo largo del corredor y regresó, diciéndome:

—Vaya ayuda la que me has dado. El ascensor estaba en este piso, precisamente donde Archer lo había dejado. Ella lo ha tomado, y cuando yo haga que suba nuevamente, ya estará muy lejos.

—Nos están pagando para servir de guardias, no de carceleros —le dije.

—Ahora, permítanme un minuto —dijo Archer—. Yo sé que ustedes están turbados y yo mismo lo estoy. Conozco a Marilyn desde hace tiempo. Es una muchacha muy sensible, muy impulsiva. Cuando ella recupere el dominio de sí misma, va a sentir mucho lo que ha pasado. Les hablará por teléfono y les pedirá disculpas. Pero mientras tanto, yo no podría echarle la culpa a esa pobre muchacha. La tensión de esas llamadas telefónicas y de recibir por

entrega inmediata esas cartas amenazadoras ha sido más de lo que la pobre podía soportar.

»Ahora, como ya son más de las nueve y el señor Lam vino aquí a comenzar su turno, no voy a reclamar que se descuente el tiempo ni que se me devuelva parte de la entrega que les hice.

»Lo siento, señora Cool —continuó—. Yo no esperaba que las cosas salieran así. Creo que ha habido un mal entendimiento mutuo. Tal vez usted pensó que la tarea iba a ser un poco diferente de lo que ha sido y a mí se me había hecho creer que ustedes eran capaces de realizar lo imposible. Ahora daremos por concluida la operación. Yo me llevaré la grabación de las llamadas telefónicas, que creo tienen ustedes aquí, y también las dos o tres cartas de entrega inmediata que no se han abierto.

—Hay dos que no hemos abierto —dijo Bertha—, Donald pensó que tal vez tendrían huellas digitales.

—Pensaba que era difícil, si no imposible, obtener huellas de la superficie del papel —me dijo Archer.

—Antes se consideraba así —le dije—. Tenían que revelar las huellas con vapores de yodo y los resultados no eran muy buenos. Últimamente han descubierto un nuevo procedimiento por medio del cual los aminoácidos del sudor y los aceites naturales de las puntas de los dedos forman una combinación química con la preparación empleada para lustrar la superficie del papel y las huellas digitales latentes permanecen sobre el papel por años. Hasta se las puede revelar varios años más tarde.

—¿Está usted seguro de eso, Lam? —me preguntó.

—Estoy seguro de ello.

—Bien —dijo—. Será interesante. Conozco gente que está interesada en huellas dactiloscópicas y veremos qué se puede hacer con esas cartas.

Archer caminó hasta la pequeña mesilla de la correspondencia que estaba junto a la puerta y recogió la carta de entrega inmediata.

—¿No había otra? —preguntó.

Me volví a ver a Bertha.

—¿No había otra carta? —interrogué.

—Había una que llegó ayer cuando tú estabas aquí, ¿no es cierto?

—Eso es —dije—. Solamente que llegó después.

—Bien —dijo Archer—. ¿Dónde está?

—Pues en realidad no sé.

—Quisiera considerar terminado el caso —dijo Archer—, y hacerme cargo de las pruebas.

—Claro —le dije—. Claro. Yo le mandaré lo que tengamos. Únicamente conservaremos la cinta y la grabadora. La hemos alquilado y tenemos que devolverla.

Parecía no estar muy convencido.

Recogí la grabadora, me di vuelta hacia la puerta, le sonreí a Archer, le hice un guiño a Bertha y dije:

—Vaya, vaya; así están las cosas. No podemos ganar todos los casos. Okey, demos este día por terminado. Pienso que Marilyn querrá estar segura de que el apartamiento queda cerrado. Supongo que ella se habrá llevado la llave para poder regresar cuando quiera.

—Indudablemente —dijo Archer—. Ella es una joven muy competente. Sin embargo, si a usted le parece, señor Lam, démosle unos cuantos minutos más. Yo quiero mantenerme sobre una base de estricta honradez con mis empleados. Si les digo que voy a hacer algo, quiero cumplirlo. Ella me pidió que nadie saliera del apartamento en quince minutos.

—Pero yo no lo prometí —le hice notar.

—Pero usted estaba implícito en mi promesa —dijo.

Bertha lo miró hoscamente y luego se sentó.

Hubo un silencio incómodo que duró aproximadamente un minuto, y luego Bertha dijo:

—Todo este condenado caso me suena falso.

—Estás en lo justo —le dije a Bertha—. Me parece que todo es condenadamente falso.

—Es, por supuesto, un caso muy poco común y yo puedo darme cuenta de ello —dijo Archer—. Es de suponer que una persona de su oficio tiene tantos casos comunes y corrientes que cuando tropieza con uno que no se acomoda a un modelo dado, le parece lo que ustedes llaman falso.

Bertha no hizo ningún esfuerzo por seguir discutiendo aquello o romper la puerta; seguimos allí sentados.

Yo me dirigí al sillón de descanso, recogí el periódico de la mañana y me senté a leerlo.

Archer me estudiaba con curiosidad, y después de un rato, me dijo:

—Bien, amigos, nuestros quince minutos pasaron. Supongo que ahora será mejor olvidar todo el asunto. Lamento que las cosas hayan salido como salieron y siento mucho que ustedes no hayan podido lograr más de lo que lograron. Comprendo las extremas dificultades bajo las cuales estuvieron trabajando.

—Extremas dificultades está bien dicho —dijo entonces Bertha.

Luego caminó hacia la puerta y la abrió de un tirón.

—He tenido mucho gusto en conocerlo, señor Archer —le dije estrechándole la mano.

Él me miró especulativamente.

—Vamos a entendemos, Lam —dijo—. El caso, por lo que a su agencia concierne, ha quedado terminado. No quisiera que hubiera ninguna publicidad que pudiera molestar a la señorita Chelan. La policía, por ejemplo.

—Yo no quisiera hacer nada que pudiera causarle molestias a la señorita Chelan —le contesté—. Sería bueno que saliéramos juntos para que, si alguna vez la señorita Chelan reclama que alguien saqueó su apartamento, ambos podamos proporcionamos una coartada mutua, a menos, por supuesto, que usted tenga una llave.

—¿Yo, una llave del apartamento de Marilyn? —exclamó.

—Solamente sugería la posibilidad —dije.

—Bueno, pues no se engolosine con esa sugestión —respondió violento—. Venga, saldremos juntos y ésa será la terminación de nuestra asociación en este negocio.

Salimos al corredor y Archer cerró la puerta con estrépito.

Bertha, ostentosamente, se volvió para probar la perilla y cerciorarse de que la puerta había sido debidamente cerrada.

capítulo cinco

ELSIE Brand, mi secretaria confidencial, dijo:

—Vaya, no esperaba verlo a usted hoy. Pensé que estaría de niñera.

—Nos han despedido —contesté.

—¿Con una reprimenda por ir demasiado aprisa? —preguntó.

—No, detenidos por obstruccionar el tránsito —le dije—. No nos estábamos moviendo lo suficientemente rápido.

—Deben de haber tenido la palanca en marcha atrás —comentó.

—Probablemente fue eso.

—¿Qué clase de muchacha era, Donald? Bertha dijo que era bien parecida.

—Un cuerpo maravilloso —contesté—. Hermosos ojos. De piernas largas y esbeltas, pero bellas curvas, si entiende lo que quiero decirle.

—Donald, no siga. Está haciendo todo lo posible para que sienta envidia.

—Pero nos pagaron el día —le dije—, porque teníamos un depósito en garantía.

—Bertha se encarga bien de eso —dijo Elsie.

—Sí, Bertha se encarga —respondí—. Pero ahora tengo todo un día libre que puedo dedicar a defender los intereses de nuestro cliente.

—¿Se refiere usted a la de las curvas?

—No, me refiero a su «amiguito».

—Pero si usted dijo que él no era «el amigo».

—Fue él quien dijo que no era su «amigo», pero yo no soy tan ingenuo.

—¡Eso habría que verlo! —exclamó Elsie.

—¿Cómo van los catálogos del crimen? —pregunté.

—Estoy tratando de mantenerlos al día, pero tengo una alacena llena de libros con recortes y los índices cruzados me llevan mucho tiempo. Bertha ha estado rezongando; no le he dicho que lo hago en mi tiempo libre.

—¿Lo ha estado haciendo durante la noche y en los fines de semana? —le pregunté.

Ella trató de evitarme, pero finalmente me miró a los ojos.

—Un poco —tuvo que admitir.

Aquélla había sido una idea de Elsie para ayudarme en algunos de mis casos. Tenía un libro de recortes de periódico con casos no resueltos en los que estaba trabajando la policía, de tal manera que, en cualquier momento en que necesitábamos información respecto a alguno, todo lo que ella tenía que hacer era buscar en un surtido de libros de recortes, que estaba cuidadosamente catalogado, y sacar la información que había aparecido en los periódicos. En tres o cuatro ocasiones el servicio había resultado de valor inapreciable.

—No creo que los índices de referencia incluyan direcciones, ¿verdad? —le pregunté.

—No. ¿Por qué?

—En Hollywood —dije—, hay una avenida Rhoda. El número que me interesa queda en la cuadra de los setecientos de dicha avenida, y dado que queda del lado derecho, debe ser un número par.

Elsie sacudió la cabeza.

—Caray, Donald, lo siento, pero no he llevado un índice de direcciones. He llevado un índice de los diferentes tipos de crímenes y todo lo que he considerado de valor. Pero de direcciones… no.

Titubeó un momento, y luego añadió:

—No sería mucho trabajo, sin embargo, tomar nota de las direcciones en el futuro. Es decir, yo podría tener un gran mapa de la ciudad y colocar alfileres numerados en las diferentes localidades y…

—Y usted nunca tendría un fin de semana o una noche libre —le dije—. Olvídese de ello. Ya está usted haciendo demasiado.

—Pero, Donald, yo quiero ayudar. Sé de los riesgos que afronta, la forma como lleva las cosas y con cuánta frecuencia llega con la velocidad del rayo a una deducción que da resultado y…, bueno, las cosas que nadie aprecia… Yo quiero ayudarle lo más posible.

—Ya está ayudando bastante —le dije.

—¿Qué hay de esa dirección en la avenida Rhoda? ¿Qué pasó allí?

—La policía estaba apostada en un edificio anoche —dije—. Me parece que atolondradamente caí en una situación que va a requerir ciertas explicaciones.

—¿Para qué estaban apostados allí? —preguntó Elsie.

—No lo sé —dije—. Eso es lo que me tiene intrigado. Pasaron dos automóviles. Yo iba en el segundo y la policía no hizo nada respecto al primero.

—¿Estaban vigilando los automóviles que pasaban o vigilando la casa?

—Estaban vigilando la casa. Por lo menos yo pienso que la estaban vigilando. Y no creo que estaban demasiado interesados en los automóviles que pasaban hasta que vieron pasar dos juntos, por así decirlo. El primero aminoró la marcha y se hizo a un lado como si fuera a entrar, pero después el conductor cambió de opinión. Mi impresión fue que los policías estaban estacionados fuera del lugar con el propósito de vigilar a la gente que entraba, aunque es difícil asegurarlo.

—¿Qué pasó entonces?

—Me siguieron a mí y me perdieron durante unos cuarenta o cincuenta minutos. Luego fui a dar de manos a boca donde ellos y me propinaron una sacudida, inspeccionaron mi licencia de manejo y me hicieron preguntas.

—¿Qué les dijo usted?

—Les dije que andaba tras el testigo de un accidente de tránsito que había tenido lugar en Hollywood. Yo no señalé un lugar preciso y ellos no me pidieron que lo hiciera.

—¿Y si después tratan de precisarlo, Donald?

Yo sonreí, y dije:

—*Hubo* un accidente, un accidente hecho a la medida, en la avenida La Brea Norte, y yo voy a ponerme en contacto con las personas involucradas en el mismo y a hacerles bastantes preguntas para que se les queden grabadas. Luego, cuando la policía comience a hacer más preguntas hoy, les podré dar algunas referencias que respalden mi dicho. Mientras tanto, usted no sabe dónde estoy ni a qué horas regreso.

Salí de mi oficina.

capítulo seis

HUBO necesidad de hacer algunas investigaciones para localizar a George Littleton Dix, pero finalmente supe que era el gerente de la firma Garson, Nelson, Honcutt y Biggs, que se dedica al negocio de compraventa de bienes raíces.

Unos cuantos telefonemas pusieron de manifiesto la información de que por el momento estaban interesados principalmente en una lotización en el área de Van Nuys, y de que se podía encontrar a Dix allá.

Por lo tanto, fui allá en mi automóvil.

La lotización era una de esas promociones de ventas típicas del sur de California, en donde había un edificio portátil para oficinas, banderitas de colores ondeando en la brisa, letreros proclamando los esplendores del clima bañado de sol y todos los demás recursos publicitarios.

El lugar estaba bien promovido y atraía bastante la atención. Había como una docena de automóviles de clientes estacionados frente a la oficina y unos agentes de ventas acompañaban a los posibles compradores a los diversos puntos de mejor posición, mostrándoles mapas de contorno, haciéndoles notar las posibilidades de una buena vista en los diferentes lotes.

Yo entré en la oficina.

Una guapa recepcionista estaba sentada detrás de un escritorio que ostentaba un letrero en el que se leía «Información».

—¿Tienen ustedes a un señor Dix aquí? —le pregunté—. Tengo unos amigos que lo conocen y…

—Ah, sí. George Dix —dijo la muchacha—. Está mostrando una propiedad en estos momentos, pero debe regresar pronto. Mientras tanto, si usted quiere ver algunos mapas, señor…

—¿Aparecen los diferentes lotes en los mapas?

—Ah, sí.

—¿Y tienen la información respecto a precios y condiciones?

—Sí; hay una lista completa de precios. ¿Hay algo especial que usted tenga en mente, señor…?

—¿Están ya instalados todos los servicios?

—Ah, sí, por supuesto. Es un fraccionamiento moderno y completo.

Acepté la literatura que me dio.

—Déjeme estudiar esto por un momento —le dije.

Me retiré y me senté aparentemente absorto en la literatura.

Dos o tres interesados llegaron y los vendedores designados para atenderlos los acompañaron.

Luego entró una pareja de edad y oí a la muchacha decir en voz baja:

—Hay una persona que lo está esperando, señor Dix.

Al principio simulé no haber oído y mantuve la cara inclinada sobre la literatura. Después de un minuto, cuando Dix hubo tenido la oportunidad de examinarme y mirar para otro lado, levanté un ojo de la lectura y bruscamente volví a hundir el rostro en el folleto, saqué un lápiz y comencé a anotar algunas cifras.

Las dos personas de edad estaban junto al mostrador y parecían a punto de firmar un contrato; era evidente que se trataba de clientes que acababan de comprar un terreno.

George Dix era el mismo hombre que la noche anterior había visto yo hablando con Jarvis Archer frente al coctel-bar.

Me levanté, me acerqué a una ventana y me quedé mirando hacia afuera como si estuviera observando el panorama.

Detrás de mí podía sentir la tensión de George Dix, queriendo terminar pronto el trato con la pareja en cuestión antes de atender al nuevo cliente, puesto que no quería, desde luego, que yo me le escapara.

Afortunadamente, la pareja se mostraba precavida. Querían que les contestaran muchas preguntas, Estaban a punto de extender un cheque para la cuota de entrada y de firmar el contrato; por lo tanto, Dix tuvo que concentrarse en responder a sus preguntas y a permanecer junto a ellos.

Caminé despacio hacia el exterior y permanecí un momento frente a la puerta, cuidando de dar la espalda a Dix; luego salté al

auto de la agencia y eché a andar el motor.

Yo esperaba que Dix saliera corriendo hacia la puerta, pero no se atrevió a dejar a las personas con quienes estaba terminando de cerrar el trato.

Me alejé de ahí tan rápidamente como pude y conduje hacia la oficina, con un mundo de pensamientos en la cabeza.

capítulo siete

CUANDO entré en la sala de recepción, la puerta de mi despacho estaba abierta y Elsie Brand estaba sentada mirando hacia afuera. Había movido ligeramente su silla de modo que yo pudiera verla tan pronto como entrara en la oficina de recepción.

Levantó la palma de la mano hacia mí y la mantuvo allí por medio segundo.

No pude darme bien cuenta de la señal, pero el hecho de que ella hubiera movido su silla unos cuantos centímetros hacia la izquierda y hubiera dejado la puerta de la oficina abierta, me hizo comprender que algo había en el aire.

Hice una pausa, como si de repente se me hubiera ocurrido que había olvidado meter una moneda en el medidor del estacionamiento y me volví hacia la puerta, planeando salir y telefonearle a Elsie para saber cuál era la dificultad.

Había logrado hacerlo y estaba a mitad del camino hacia el ascensor cuando oí pasos detrás de mí. Eran unos pasos apresurados, decididos y autoritarios.

—Un momento, enano.

Era la voz del sargento Frank Sellers.

Me volví y logré mostrar sorpresa.

—¡Hola, Frank! —dije.

—¿Va a alguna parte? —me preguntó.

—Iba a revisar el automóvil.

—¿Algo urgente?

—No particularmente.

—¿Puede esperar?

—Sí, claro; si hay algo que usted necesite, puedo esperar.

—Muy bien. Entre porque quiero hablar con usted.

Lo seguí y regresamos a la oficina.

Sellers le dijo a Elsie Brand:

—¿Deja siempre la puerta abierta?

—No —respondió Elsié—. Sólo que… hacía mucho calor aquí adentro.

—¿Por qué razón? —preguntó Sellers.

Antes de que Elsie pudiera responder, dije:

—Ese condenado puro que usted siempre está mascando. Elsie es alérgica al olor del tabaco rancio.

—Ah, esto —dijo Sellers sacándose la colilla húmeda de la boca y mirándola especulativamente—. Esto no hace que huelan mal las cosas, ni siquiera está encendido.

—Usted cree que no contamina las cosas —dije—, porque ya tiene el olfato atrofiado.

—¡Bah! —dijo—. Yo masco el puro como otras personas mascan chicle. No hace ningún daño. ¿Por qué demonios dejan la puerta abierta?

—Para airear el lugar —dije.

—Bueno. Entre y siéntese. Ya sé que no voy a sacar gran cosa de usted, pero, ¿por qué estaba esperándome?

—Yo no estaba esperándole.

—Okey, enano. Anoche andaba usted merodeando por la avenida Rhoda. ¿Qué condenada idea llevaba en la cabeza?

—Estaba trabajando.

—¿En qué clase de trabajo?

—En algo que podríamos llamar una inversión.

—¿Inversión en qué?

—Está bien —dije—. Voy a hablarle con franqueza. Oí cuando tuvo lugar un accidente de tránsito en la avenida La Brea Norte, y vi a un hombre que se alejaba con su auto rápidamente. Pensé que pudiera ser un testigo presencial que no quería verse involucrado y por principio general pensé que podría ser una buena idea investigar quién era aquel individuo.

—¿Quién era?

—No lo sé.

—¿En dónde fue el accidente?

—En La Brea Norte.

—¿A qué hora?

—Un poco después de las diez.

—¿Y usted siguió a aquel testigo hasta la avenida Rhoda?

—Exactamente. Pero me mantuve muy atrás de él.

—¿Y quién era?

—No lo sé.

—¿Cuál era el número de licencia de su automóvil?

—Eso no puedo decírselo.

Sellers me miró un momento, y dijo:

—Usted no seguiría a un individuo todo ese tramo sin acercarse lo suficiente para verlo bien. ¿Qué aspecto tenía ese conductor?

—No lo sé.

—Usted les dio a los policías anoche un número de licencia.

—Sí, ya sé que se lo di. Pero ahora comprendo que se trataba de otro automóvil.

Sellers dijo:

—No estaba equivocado, era falso.

—¿Qué quiere decir con que era falso?

—Ese automóvil es en efecto un *Cadillac* negro —dijo Sellers—, pero para su información, le diré que anoche el automóvil estaba en Portland, Oregon, y su conductor anda de vacaciones.

—¡Qué diablos! —exclamé.

Sellers me miró con suspicacia.

—¿Cómo fue que no pudo ver el número?

—Yo estaba soltándole bastante la cuerda y me mantenía lejos de él. Quizá lo perdí y seguí otro *Cadillac* negro. Dio vuelta en la avenida Rhoda y fingió que iba a detenerse en una casa a la mitad de la cuadra, pero repentinamente cambió de parecer y siguió adelante dando vuelta en la esquina. Traté entonces de acortar la distancia y me hubiera acercado lo suficiente para ver la licencia, pero unos policías comenzaron a seguirme con las luces apagadas. Pensé que me iban a dar una repasada y me concentré en huir.

—Muy bien. Ahora dígame el número de las placas del automóvil que iba siguiendo —dijo Sellers.

—Ya le he dicho que no lo tengo.

—¿Qué quiere decir con que no lo tiene?

—Temía alarmar a aquel tipo y no me acerqué lo suficiente para ver el número de su licencia.

—Pero les dio un número falso a los policías.

—No quería tener que explicarles toda la situación.

—Anda usted dando muchos rodeos —dijo Sellers—, y no creo que haya seguido a ese individuo sin tomar nota del número de sus placas.

—Le digo que no quería acercarme demasiado y asustarlo. Él iba huyendo de algo.

—¿Del accidente?

—No del accidente. Él lo había presenciado y no quería ser llamado como testigo, pero iba huyendo por alguna otra cosa.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez había estado visitando a alguna damisela en una casa de apartamientos y cuando salió en su coche vio el accidente y tuvo miedo de que alguien tomara el número de su licencia y lo citara como testigo.

—Usted habla demasiado —dijo Sellers.

Yo respondí con aire de agravio:

—Eso gana uno por decirles a ustedes la verdad. Lo insultan a uno.

—Lo que le pasa a usted, Donald —añadió—, es que siempre trata de ser el cerebro maestro del juego. Trata siempre de jugar sus cartas dando a veces de arriba y otras de abajo del mazo; uno nunca sabe de dónde le vienen las cartas.

—Por lo tanto —dije—, usted permanentemente juega bajo la presunción de que estoy dando siempre las cartas de abajo.

—¿Cómo las jugaría usted si fuera yo?

—Hasta ahora nunca los he desorientado ni los he echado de cabeza —le dije.

—¡Lo ha hecho!

—Siempre que ustedes han seguido mis sugerencias, han salido avante. Y cuando no ha sido así, es porque han actuado bajo el supuesto de que yo estaba mintiendo, y no les ha ido bien.

—¡Pamplinas! —dijo Sellers—. Siga haciendo alarde. Sólo ha tenido suerte; además, es listo, tengo que admitirlo, pero no va a pasarse de listo con la policía.

—Muy bien, nunca más voy a tratar de ser más listo que la policía.

—Bueno, ahondemos un poco más en lo del accidente —dijo.

—No he tenido oportunidad todavía de examinarlo en detalle —dije—, pero tengo los números de las licencias de los autos que

participaron en él. Había un *Oldsmobile* grande, conducido por un individuo con pelo negro y ondulado. Tendría unos treinta y dos o treinta y tres años. El número de sus placas es
XDA-177
. Había también un *Ford*, al que le pegaron. También tomé el número de la licencia de ese automóvil.

—Muy bien —dijo Sellers—. Dado que usted es tan listo, ¿quién fue el responsable del accidente? ¿Hizo alto total el tipo que conducía el *Oldsmobile* al cruzar el bulevar o no?

—Preferiría no tener que contestar a esa pregunta en este momento —dije.

—¡Ah!, conque esas tenemos, enano. Bueno, pues yo preferiría obligarle a que contestara ahora mismo.

—Muy bien —respondí—. Para serle franco, no lo Sé. De veras…

—¿No lo sabe? Usted vio el accidente, ¿no es cierto?

—No. Oí el choque y llegué inmediatamente después del accidente. Entonces vi el automóvil que repentinamente se apartaba y salía a gran velocidad. Por la forma en que aquel tipo manejaba, tuve la intuición de que había visto el accidente y trataba de huir. Por lo tanto, presentí que había una oportunidad de lograr algo para nuestra sociedad investigando quién era. Traté de seguirlo pero de manera que no sospechara.

»La gente se había empezado a detener a causa del choque y tuve algunas dificultades para atravesar la aglomeración —continué —. Aquel automóvil estaba ya a dos cuadras delante de mí. Perdí tiempo por una señal de tránsito, pero estoy bastante seguro de que volví a perseguir al mismo automóvil en Sunset. Por lo menos parecía el mismo.

—¿Y no pudo tomar el número de la placa?

—No, no traté de hacerlo en ese momento. Quería averiguar adónde iba aquel individuo con tanta prisa. Para lograrlo no quise acercármele y alarmarlo. Por lo tanto, me mantuve a distancia y lo seguí al mismo paso, asegurándome de que no lo perdía de vista, pero permaneciendo lo bastante retrasado para que no entrara en sospechas. Si yo hubiera acelerado la marcha para anotar el número de su licencia, eso habría logrado. Por tal motivo decidí hacer las cosas inteligentemente y me limité a seguirlo hasta donde fuera. Yo me acercaría para tomar el número de sus placas, después de que

hubiera llegado a su destino, al que se dirigía con tanto apresuramiento.

—Esa parte de su relato es la que me suena incongruente —dijo Sellers.

Yo no hice ningún comentario.

—Usted no sería capaz de mentirme a mí, ¿verdad? —preguntó después.

—Mire —le dije—, usted me ha zarandeado tantas veces que en ocasiones he tenido que mentirle para proteger a mi cliente. Pero hay una cosa que quiero decirle con toda sinceridad… Siempre que yo me le acerque y le diga que creo que debe hacer determinada cosa o que le sería ventajoso hacer determinada jugada, tenga la seguridad de que se lo digo honradamente.

—Ya lo sé. Ése es precisamente el problema —dijo—. Que usted quiere pensar por mí.

—No estoy tratando de pensar por usted. Simplemente le digo que en cualquier momento en que yo le haga una sugerencia puede estar seguro de que soy sincero.

—Este condenado cuento suyo me huele a demonios —dijo—. Ahora quiero decirle otra cosa. Necesito que se olvide completamente del asunto.

—¿Qué quiere decir con que lo olvide?

—Exactamente lo que dije. Usted está mintiendo, pero nosotros estamos dispuestos a olvidarlo si usted se olvida de este asunto. No siga haciendo enredos con esta cosa. No profundice más. Ni trate de vender lo que sabe a esas gentes que estuvieron en el accidente. No intente hallar un cliente en ese asunto. No hable con los reporteros de los periódicos.

—¡Gran Dios! —exclamé, poniendo todo el tono de sorpresa que pude en mi voz—. ¿Quiere usted decir que un accidente automovilístico de tres al cuarto como éste va a atraer la atención de los reporteros y que…?

—Eso no es lo que yo dije —interrumpió Sellers. Extendió el índice y me lo clavó en el pecho con ligeros movimientos para dar mayor énfasis a sus palabras—. Le he dicho que se olvide de todo. Le he dicho que no diga nada a nadie. Le he dicho que no se meta con ese accidente automovilístico. En otras palabras, le estoy diciendo que no meta sus narices en esto, pues de otro modo le va a

doler tanto que jamás lo olvidará.

»Y ahora, voy a retirar mi apestoso cigarro y mi detestable presencia de su oficina, y si trata de darle más vueltas al asunto, yo personalmente haré que quede liquidado como detective privado. Nunca volverían a renovarle la licencia.

Luego salió marcialmente de la oficina.

—¡Qué diablos! —le dije a Elsie Brand—. ¿Qué cree usted que puede haberlo puesto en ese estado?

—Mientras esperaba que usted llegara —dijo Elsie—, estaba nervioso como un gato. Paseaba de un lado a otro y no dejaba quieto un momento el puro en la boca.

—¿No pidió ver a Bertha cuando vino?

—No. Quería verle a usted. Me di cuenta de que él no deseaba ver a Bertha, que no quería que ella supiera que estaba en la oficina.

—Él y Bertha se entienden bien —dije—. Yo no me llevo tan bien con él porque él…, bueno, porque cree que yo siempre trato de manipular los casos cuando nuestros caminos se cruzan.

Con una sonrisa ingenua Elsie iba a decir algo, pero se contuvo y siguió escribiendo en la máquina. Después de un momento comentó casualmente:

—Y por supuesto que usted no haría eso, ¿verdad, Donald?

—Por supuesto que no —dije—. Voy a salir, si por un acaso Bertha quiera comenzar a hacer preguntas. Regresaré después de comer.

capítulo ocho

ELSIE Brand iba saliendo de la oficina de Bertha cuando yo entraba en la sala de recepción; se dirigió en línea diagonal hacia la puerta de mi oficina privada.

Elsie midió su tiempo de modo que nos encontráramos en la puerta.

—¿Ha estado preguntando Bertha por mí? —le dije.

Elsie sacudió la cabeza.

—Quiere que llene tarjetas con los datos de las horas que utilizo en arreglar el archivo criminal de usted.

—¿Qué le dijo usted?

—Que lo haría.

—Ya hablaré de ello con Bertha —dije—. Mientras tanto, hágame un cálculo de las horas extra que ha puesto de su propio tiempo durante el mes pasado. Y olvídese de llenar esas tarjetas.

—He encontrado algo respecto al misterio de la avenida Rhoda —dijo cerrando la puerta.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Estaba oyendo la radio y por si acaso sintonicé las noticias. En cuanto me di cuenta de lo que era tomé notas en taquigrafía. ¿Quiere que se las lea?

—Primero hágame un resumen. ¿Qué fue?

—Un asesinato —dijo.

—¿En dónde?

—En el 762 de la avenida Rhodas.

—¡Ah, ah! —exclamé—. Esto puede ser serio. ¿Quién fue el asesinado?

—Una mujer llamada Jeanette Latty. Fue asesinada anoche en un *bungalow* en el 762 de la avenida Rhoda —me dijo Elsie.

—¿Hay pistas, motivo o alguna cosa? —pregunté.

—Aparentemente Jeanette Latty administraba una especie de servicio que proporcionaba chicas guapas para que acompañaran a los caballeros —dijo.

—¿Quiere decir una casa de citas?

—No, las… Bueno, Donald, me está avergonzando algo. Es difícil describir la diferencia.

—Yo podría describirla en unas cuantas palabras —dije—. Y lo haré si es necesario. Ahora, siga y dígamelo. Usted ya no es ninguna niña.

—Bueno, de hecho no son… Bueno, no son muchachas de casa de citas, pero a la policía ya le habían pedido que investigara las actividades de esa mujer.

—¿Cómo está eso?

—Un comentarista de radio que no se lleva bien con el departamento de policía y que los ha estado criticando mucho con motivo de su actitud hacia el vicio, sostiene que se le había pedido a la policía que investigara el hecho de que esa mujer tuviera un servicio de acompañantes o guías no autorizado.

—¿Qué clase de servicio?

—De acuerdo con la declaración que Jeanette Latty hizo una o dos semanas antes, las muchachas eran todas chicas excelentes y refinadas que se habían agrupado en cooperativa para hacer algún dinero adicional, aceptando servir de compañía a caballeros. No era en realidad un servicio de guías. No se anunciaba y era un asunto enteramente privado. Se daba por entendido que no habría coqueteos y que las muchachas servían de compañeras a hombres carentes de amistades en la ciudad. Los clientes eran respetables funcionarios ejecutivos de otros lugares, con las más altas referencias, que deseaban pasear y conocer la ciudad, pero no querían hacerlo solos. La señora Latty concertaba una entrevista para averiguar el tipo de individuo con quien estaba tratando, y si el caballero satisfacía los requisitos, llamaba a una de las muchachas para que se conocieran. Ella misma hacía las presentaciones y dejaba claramente establecidas las reglas en el ánimo del cliente.

»Los hombres nunca sabían en dónde vivían las muchachas —continuó—. Se les hacía pensar que la casa de Latty era la residencia de las chicas. Los caballeros las recogían en el *bungalow*,

salían a pasear durante la noche y las llevaban al mismo lugar, despidiéndose en la puerta. Suponían que allí vivía la madre de la chica. Toda la operación se hacía sobre bases elevadas y en cooperativa; las utilidades, después de descontar una tarifa básica por hora, iban a un fondo común. No se trataba de una agencia para proporcionar acompañantes o guías en los términos de la ley. Simplemente era un arreglo cooperativo entre mujeres jóvenes independientes que, por determinados honorarios, se divertían, cenaban y bailaban con los caballeros. Ellas a su vez proporcionaban a esos ejecutivos o importantes hombres de negocios de fuera de la ciudad, entretenimiento y una compañía de alta calidad. Cuando menos así fue como lo describió la señora Latty.

—¿Y cuánto cobraban? —pregunté.

—Una cuota mínima y determinada cantidad por hora. No lo hicieron notar mucho por la radio, pero las muchachas que paseaban en esta forma eran chicas bastante independientes. Se suponía que eran muchachas que sabían cuidarse a sí mismas y… Bueno, supongo que si ellas querían violar los reglamentos que había fijado la señora Latty y si el cliente también quería violarlos, no habría nada que se lo impidiera.

Elsie se sonrojó.

—¡Gran Dios! —dije con fingido asombro—, ¿cree usted que algo de eso haya acontecido efectivamente?

—Donald, no siga.

—¿Qué me dice del asesinato?

—Alguien empleó una piedra redonda metida en una media de lana para dejar sin sentido a la mujer y luego la estranguló con otra media de seda. La policía encontró su cadáver como a las nueve de la mañana y también encontraron el arma homicida. Era evidente que había sido asesinada anoche, probablemente entre las diez de la noche y las tres de la mañana de hoy.

—¿Estrangulada? —pregunté.

—Eso fue lo que ocasionó la muerte, pero antes había sido golpeada con esa macana improvisada. Alguien la golpeó, la dejó inconsciente y acabó de hacer el trabajo con la media de seda.

—Eso —dije—, explica muchas cosas.

—¿Cómo?

—La policía estaba al acecho de la casa —dije—. Lo que querían era obtener los números de las placas de los automóviles que llegaran. Estaban haciendo una lista de las personas que estaban al tanto del negocio de la señora Latty.

—¿Cómo lo sabe, Donald?

—Porque yo estuve allí —respondí—, y porque probablemente yo proporcioné el motivo por el cual la policía abandonó su tarea aproximadamente a la hora en que se cometía el asesinato.

—¿Era eso lo que quería averiguar Frank Sellers? —preguntó Elsie.

—Él quería que no dijera yo nada de lo que sabía —contesté.

—¿Por qué?

—Me imagino en qué aprieto se vería la policía estando de por medio este asunto y el comentarista de la radio, a quien le encantaría tener algo que achacarles.

»Ahora —proseguí—, ésta es la situación. Jeanette Latty administraba un servicio de acompañantes para caballeros. Ella sostenía que se trataba de un arreglo cooperativo entre muchachas no profesionales, mediante el cual las chicas salían con clientes selectos de fuera de la ciudad y no hacían nada indebido. Mientras aquella fuera la situación, la policía se vería con las manos atadas. Pero si podían encontrar a las chicas haciendo algo inmoral, entonces la situación sería diferente; si Jeanette Latty hubiera anunciado su negocio o hubiera aparecido como administradora de un servicio profesional de guías, la situación también habría sido distinta.

—¿Entonces, qué? —preguntó Elsie—. No entiendo muy bien.

—Por lo tanto —dije—, la policía decidió poner manos a la obra anoche y puso bajo vigilancia la casa. Sabían muy bien que sería endemoniadamente difícil tratar de vigilar a las muchachas cuando salieran de paseo con sus acompañantes o pescarlas haciendo alguna inmoralidad y luego probar que Jeanette Latty sabía lo que estaba pasando.

»Así pues —agregué—, decidieron atacar por el otro extremo, Por ejemplo, un don Juan Pérez, importante potentado de fuera de la ciudad, está de visita y se entera de ese delicioso servicio de acompañantes aficionadas en donde le es posible conseguir una chica que, sin ser una profesional, está sin embargo dispuesta a salir

con él para mostrarle la ciudad y divertirse, quedando el resto a sus virtudes de convencimiento.

—Siga —dijo Elsie.

—Este importante don Juan Pérez sí es vulnerable. Él no puede negarse a cooperar con la policía. La simple idea de ver su nombre mezclado en una investigación del vicio le pondría carne de gallina. Por lo tanto, la policía simplemente se sienta allí a esperar. Un automóvil se acerca, don Juan Pérez acompaña a la chica a casa, se despide muy formalmente y regresa al centro de la ciudad. Puede tratarse de un auto alquilado, o de un automóvil particular, o de un taxi. La policía anota los números de la licencia.

»La policía no tiene ninguna dificultad en localizar al individuo —añadí—. Encuentran que se trata de don Juan Pérez, un prominente hombre de negocios que está registrado en un hotel. Lo van a ver y don Juan Pérez se asusta terriblemente. Ellos le dicen:

»Mire, señor Pérez, no mezclaremos su nombre en esto siempre y cuando coopere con la policía, pero está usted metido en el ajo hasta el cuello. Estamos investigando un servicio de acompañantes administrado por Jeanette Latty en la avenida Rhoda. Usted ha patrocinado ese servicio. Queremos saber cómo se enteró de él. Queremos saber todo lo relativo a la muchacha que salió con usted. Queremos saber qué pasó, cuándo pasó y en dónde pasó, y si usted le dio dinero a la chica y en pago de qué se lo dio.

—Ah, ya entiendo —dijo Elsie.

—Por eso —dije— tenían vigilada la casa.

—Bueno, ¿y qué hay de malo en ello? ¿No es eso lo que se espera que haga la policía?

—Claro —contesté—. Pero no estaban tratando de cerrar el lugar. Estaban solamente procurando obtener informes, los números de placas y el material con que iban a trabajar después.

—¿Y cuando usted siguió aquel otro automóvil, pensaron que había algo extraño?

—El otro automóvil iba a entrar, pero ellos lo dejaron ir. Luego llegué yo, siguiendo a otro auto, y se imaginaron que había algo que debían investigar, me siguieron por eso, pero yo los pude esquivar, lo cual hizo que aumentaran sus sospechas. Por lo tanto, recorrieron los alrededores hasta que me descubrieron. Tenían la idea de que yo me había escondido por allí cerca.

—¿Y entonces lo sometieron a un interrogatorio? —preguntó Elsie.

—Sí, así fue —dije—. Pero yo tenía las respuestas apropiadas. La única cosa que cabía en aquel cuadro era un detective privado. Ellos se imaginaron que yo andaba siguiendo a alguien tratando de conseguir pruebas en un caso de divorcio. No creyeron mi historia del accidente automovilístico, y como no querían mostrar su juego, me echaron de los alrededores y regresaron a seguir vigilando la casa de la avenida Rhoda.

—¿Pero por qué tenían que estar tan ansiosos de que usted olvidara esto, Donald?

—Porque es fácil imaginar en qué papel queda la policía —le contesté sonriendo—. Estaban vigilando la casa y el crimen se cometió debajo de sus narices, probablemente durante el tiempo en que alocadamente se fueron tras un señuelo, lo cual no hace aparecer a la policía como muy eficiente.

—No —dijo Elsie pensativa—. Eso podría ser bien aprovechado por ese hostil y listo comentarista de radio que se las trae contra la policía; ésta, en efecto, haría un papel muy desairado.

—Por lo tanto —dije—, Frank Sellers, que me conoce personalmente, ha venido aquí para asustarme y decirme que olvide todo el asunto.

—¿Y usted se va a olvidar de ello? —preguntó Elsie.

—¡Diablos!, no puedo olvidarlo. El tipo que iba allá e hizo el intento de entrar en la casa de la avenida Rhoda, era nada menos que nuestro cliente, el que nos puso de niñeras a cuidar a su secretaria.

—¿Pero por qué huyó?

—Vio el auto de la policía estacionado allí y el hombre es listo. No era nadie que llevara a la casa a una chica que lo hubiera acompañado esa noche. Iba sólo en el automóvil, y cuando vio el de la policía, se asustó. Luego, mientras la policía lo estaba pensando, aparecí yo, siguiendo ostensiblemente al primer automóvil; la policía decidió echar una mirada.

—¿Y eso cómo lo deja a usted? —preguntó Elsie.

—Pues en medio de todo —respondí—. La policía quiere que yo lo olvide y eso no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque nuestro ex cliente
Jarvis C
. Archer pudo muy bien haberme esquivado y mientras yo jugaba a las escondidas con la policía, pudo haber regresado a la casa y asesinado a Jeanette Latty.

Elsie me miró con sus grandes y asombrados ojos y dijo:

—Pero la policía no quiere que usted…

—La policía quiere que yo deje todo por la paz —dije.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces no sería enteramente inconcebible que la policía dijera que durante los cuarenta y cinco minutos que anduve perdido por los alrededores regresé a la casa de la avenida Rhoda y yo mismo estrangulé a Jeanette Latty. Cosas más raras han sucedido.

—¿Usted va a seguir trabajando el caso? —preguntó Elsie.

—Voy a tratar de conocer más datos —dije—. El conocimiento es poder y, en un asunto como éste, mucho depende de lo que uno pueda descubrir.

—¿Por dónde va a empezar?

—Empezaré por usted misma —le respondí.

—¿Por mí?

—Sí.

—¿Pero qué sé yo?

—Hasta ahora nada, pero va a averiguar una cosa. Llame a la oficina de la Molybdenum Steel Research Importing Company y pida hablar con el gerente de personal.

—¿Y luego qué?

—Dígale que quiere solicitar un trabajo como secretaria.

—¿Qué nombre doy?

—No tiene que dar su nombre —dije—. Limítese a decir que desearía tener una entrevista con él para tratar lo relativo a un empleo como secretaria. Ellos le van a decir que tiene que visitar primero cierta agencia de empleos, que es la que se encarga de todas sus colocaciones.

Elsie me miró por un momento, luego cogió el directorio de teléfonos, encontró el número y, tras marcarlo, pidió que la comunicaran con el departamento de personal.

Por teléfono se mostró muy convincente.

—Soy una secretaria privada perfectamente bien preparada —

dijo—. Desearía tener una entrevista con el objeto de discutir mis méritos y la posibilidad de un empleo en su compañía.

Oí los sonidos que producía una voz chillona por el audífono y luego Elsie tomó la pluma y escribió rápidamente: «Agencia del Pacífico para Selección de Personal», edificio Ladd.

—Muchas gracias —dijo Elsie, y colgó.

Me dirigió una mirada interrogadora, y como yo asintiera con la cabeza, buscó el teléfono de la Agencia del Pacífico para Selección de Personal y les llamó.

—Habla Donald Lam —dije—, de la firma Cool y Lam. Somos una agencia privada de detectives y estoy tratando de conseguir referencias de crédito de una empleada que fue colocada en su empleo por ustedes.

—Siento que no podamos ayudarle, señor Lam. Tenemos todo lo relativo a capacidad, preparación y referencias, pero no investigamos la cuestión de crédito —me aseguró una fresca voz femenina al otro lado de la línea.

—Comprendo —dije—, pero si pudiera tener algún informe de sus referencias tal vez podría investigar por ese lado. Por supuesto que usted se da cuenta de que si se nos ayuda a establecer el crédito de un empleado, eso redunda en su beneficio.

—Así lo entiendo —contestó la mujer.

—¿A quién debo dirigirme? —pregunté.

—Probablemente al señor Frank Eckelson.

—Muchas gracias —dije—. Trataré de verlo. ¿Está en su oficina ahora?

—Estaba hasta hace poco, pero creo que en la tarde podrá localizarlo.

—Muchas gracias —dije, y a continuación colgué el aparato.

Elsie Brand me miraba con ojos aprensivos.

—Donald, si sigue jugando con esta cosa, puede verse en peligro.

—Lo sé —respondí—. Y si no lo hago, también estaré en peligro. Una vez que ese comentarista de radio comience a apretarle las clavijas al departamento de policía, éste buscará a alguien para que pague los platos rotos.

—Donald, no quisiera que usted lo hiciera —dijo Elsie.

Yo le sonreí.

—Yo quisiera no tener que hacerlo —dije, y sin más salí de la oficina.

capítulo nueve

FRANK Eckelson tendría cuarenta y dos o cuarenta y tres años. Usaba medios anteojos para leer y para otra clase de trabajo miraba por encima de los mismos. Tenía ojos azules acuosos, cejas espesas y una frente alta surcada de arrugas, las cuales eran el resultado de mirar continuamente por encima de los anteojos.

—Estoy tratando de establecer el crédito de una secretaria que ustedes colocaron —dije—. Marilyn Chelan. Esta agencia le consiguió trabajo en la Molybdenum Steel Research Importing Company. Si me pudiera usted decir algo, sobre sus antecedentes yo podría partir de esa base.

—¿Para qué quiere saberlo, señor Lam?

—En relación con un crédito.

—Nosotros no investigarnos antecedentes de crédito.

—Ya lo sé —le dije—. Pero yo sí. Eso es parte de mi negocio.

—¿De un detective privado? —preguntó.

—Sí. Hacemos esta clase de trabajo cuando tenemos tiempo libre —respondí—. Con los gastos de oficina tan elevados en estos días, tenemos que mantenernos ocupados. En nuestro negocio, o nadamos en la abundancia, o pasamos penurias. Algunas veces es tanto el trabajo que no nos damos abasto y otras tenemos que buscar en qué ocuparnos.

Bostecé con simulada indiferencia con objeto de demostrarle que aquélla era una tarea rutinaria.

Mi bostezo le dio confianza. Se acercó a un archivador, y dijo:

—Ella vino de fuera de la ciudad.

—Lo sé —le dije—, de Salt Lake City. Ya tengo un informe de allá, pero quise verificarlo personalmente. ¿Cuáles son sus referencias locales?

—Ella no tenía referencias locales… Espere un momento. Estaba

alojada con una amiga, una tal Pauline Garson, de los apartamentos Vector; nos presentó la recomendación de la señorita Garson como referencia.

—¿La investigaron ustedes? —pregunté.

—Francamente no lo hicimos —dijo—. Dio los nombres de sus últimos patrones, vimos las cartas que ellos extendieron y las comprobamos. Después la pasé a nuestro gerente del departamento de secretarias para que le hicieran unas pruebas de escritura a máquina, de taquigrafía y de su cociente intelectual.

—¿A todas las solicitantes les hacen esas pruebas?

—Ciertamente —dijo—. Nosotros no nos limitamos a ser una agencia de empleos con un montón de listas. Hacemos un cuidadoso trabajo de selección del personal. Cuando un cliente solicita un empleado con ciertas cualidades y preparación, procuramos proporcionarle uno que reúna exactamente las cualidades que necesita.

—Gracias —le dije—. Voy a pedir más informes a Salt Lake City.

Dejé la oficina del edificio Ladd y me dirigí a los apartamentos Vector. En el directorio aparecía Pauline Garson, en el número 211.

Regresé a mi oficina, abrí la puerta de la sala exterior, saludé a la recepcionista y me dirigí a mi despacho privado dando de pasada una mirada casual al individuo que tenía el rostro hundido en un ejemplar del *Wall Street Journal*, sentado en la sala de recepción.

Elsie Brand dijo:

—¿Vio usted al hombre que está esperando afuera?

—¿Me está esperando a mí? —pregunté.

Elsie hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Quién es? —inquirí.

—Se llama George Littleton Dix —dijo—. ¿Qué pasa, Donald?

—¿Cómo diablos pudo haber sabido de mí? —dije.

—¿Por qué, Donald? ¿Quién es?

—Se trata de una persona que yo quería esquivar —dije—. Es decir, no quería que supiese que yo me interesaba en él.

—¿Pero está usted interesado en él?

—Sí, lo estaba y lo estoy, y de alguna manera él se ha enterado.

El teléfono sonó.

Elsie contestó, y dijo:

—Es la recepcionista; quiere saber si ya puede ver usted al señor

Dix.

—Dígale que pase. Vamos a descubrir qué es lo que se trae ese tipo entre manos y a acabar con el asunto.

—¿De qué se trata, Donald? ¿Qué dificultades hay?

—En el momento en que se entere que yo estaba trabajando en el caso de la secretaria, habrá que poner la carne en el asador —dije —. Él probablemente no lo sabe aún, pero ya lo sabrá.

—¿Y luego qué pasará?

—Pues que me habrán cogido con las manos en la masa. Vaya y hágalo pasar, Elsie.

Un momento después, Elsie volvió, acompañando al señor Dix.

—¿Cómo está usted? —dijo Dix, con esa animada y falsa cordialidad del vendedor estrella—. Señor Lam, no quisiera que usted pensara que soy demasiado persistente. De hecho, estoy tratando de solucionar cierto misterio.

Continuaba apretándome la mano y sacudiéndomela de arriba abajo.

Decidí anticiparme a su embestida y, sonriéndole, le dije:

—Bueno, ya que está usted resolviendo misterios desearía que me dijera cómo me encontró usted, porque yo anduve buscándolo hace algunas horas.

—Eso tengo entendido —dijo.

—¡No me diga! —exclamé, dejando que mi voz y mi rostro mostraran sorpresa.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Yo tenía interés —continué— en obtener alguna propiedad en esos nuevos fraccionamientos residenciales que se están abriendo y en los que, según entiendo, usted se ha destacado como vendedor; una de mis clientes me dijo que George Littleton Dix la había atendido en la compra de un lote y que había podido comprobar que todo respondía a las descripciones. Añadió que usted es escrupulosamente honrado y que ha hecho un supremo esfuerzo para tratar de que ella obtuviera exactamente lo que deseaba.

—Bueno, bueno. ¿Quién lo habría de decir? ¿Quién es ella?

—Se llama… Pero, espere… Creo que no debí haberle dicho eso.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, no debí haberle dicho que era una cliente. Nosotros nunca damos los nombres de nuestros clientes. Es una cosa

totalmente confidencial. Si yo le hubiera dicho que había hablado con una cliente de ustedes, entonces no habría dificultad en decirle el nombre. Pero solté la lengua y le indiqué que se trataba de una cliente nuestra y eso me ata de manos.

—Comprendo su punto de vista —dijo, iluminándosele el rostro —. Me doy cuenta de la situación. Bueno, pues yo tendré mucho gusto en decirle todo lo relativo a la lotización que tenemos allá y hacer todo lo posible para que usted escoja un terreno de los mejores. Usted comprenderá, señor Lam, que todos los lotes no son igualmente deseables. Parecen ser iguales para las personas que hacen los planos: los precios son los mismos; pero nosotros, que somos veteranos en la compraventa de bienes raíces y que por lo tanto conocemos el negocio muy bien y hemos trabajado muchos fraccionamientos, contamos con la ventaja de una gran experiencia y por ello tenemos, por decirlo así, una segunda visión que nos permite apreciar las diferencias.

»Naturalmente —agregó—, yo trato de proteger a mis clientes. Escojo los lotes que considero son los más deseables y se los vendo a aquéllos a quienes atiendo personalmente; con toda seguridad fue a eso a lo que se refería su cliente.

—Estoy seguro de que era a eso —respondí.

—¿Usted fue a verme hoy en la mañana?

—Sí, así fue. Estaba trabajando y tenía muy poco tiempo disponible, por lo que no podía hacer más que conocerlo y obtener un prospecto para tener después oportunidad de tratar el asunto con mi socia.

—¡Oh!, ¿se trata de una inversión en sociedad?

—Puede ser —le dije.

—Bien. He traído conmigo un prospecto y si usted quiere echar una mirada a este mapa le puedo mostrar un par de muy deseables lotes que nos quedan. Sin embargo, si usted va a comprar para hacer una inversión en sociedad, quizá quisiera comprar varios lotes.

Me miró, esperanzado.

Yo sacudí la cabeza.

—No —dije—. No se trata de una inversión tan grande. Estaba pensando adquirir un sitio para edificar una casa y pensé que tal vez mi socia Bertha Cool quisiera construir en la misma vecindad.

Yo iba a tratar el asunto con ella.

—Comprendo —dijo Littleton.

—Pero —le hice notar— esto no explica todo su negocio conmigo. Ciertamente es una coincidencia que haya usted venido aquí.

—No es ninguna coincidencia —dijo—. Simplemente una buena práctica de negocios.

—Temo no entenderle —dije.

—Yo podría largarle el cuento acostumbrado de que había comido por los alrededores y se me había ocurrido visitarle porque sabía que usted había estado por el fraccionamiento en la mañana y no había querido esperar —me explicó.

—¿Y cómo pudo saberlo, si se me es permitido preguntar?

Se rió, y dijo:

—Es una pregunta justa. Como usted sabe, Lam, estamos promoviendo un negocio y a mí no me gusta dormirme. No tengo inconveniente en decirle que mis comisiones ascienden casi a tanto como las de todos los demás agentes del fraccionamiento juntos. Tengo mi propio sistema para operar. Reparto muchas tarjetas a los clientes en perspectiva y luego vienen y preguntan por mí. Si estoy ocupado y alguno de ellos no espera, sino que se levanta y se va, la muchacha que está en el escritorio tiene instrucciones muy precisas al respecto. Se levanta y va al cuarto de descanso para señoras, donde tenemos montado un telescopio en la ventana. Ella anota el número de la licencia del automóvil en el que se aleja la persona y luego yo investigo a nombre de quién está registrado. Entonces visito a esa persona. Me interesa particularmente descubrir qué fue lo que pasó y por qué no esperó. Si hubo algo que lo ofendiera o, como en el caso de usted, si tenía otros asuntos muy urgentes.

—Pues se toma usted demasiadas molestias —dije.

—No, no lo crea. Hay muy pocas personas que me dejen plantado. Y si lo hacen me propongo saber por qué. No puedo permitir que ninguno de mis clientes en potencia se sienta disgustado u ofendido por algo. Y yo simplemente quería estar seguro de que usted no se había sentido ofendido.

—De ningún modo —dije—. Era simplemente que estaba apurado.

—Le voy a dejar un prospecto, señor Lam, y me gustaría que

concertáramos una cita. ¿Podría verlos a usted y a su socia mañana, en la tarde? Indíqueme la hora y el lugar y yo me las arreglaré para estar allí.

—Lo siento mucho —le dije—, pero no puedo hacerlo porque mi socia está en este momento muy ocupada y me ha informado que tenemos un nuevo caso del que voy a tener que ocuparme. Pasarán varios días antes de que pueda estar libre de nuevo, pero si gusta dejarme el prospecto yo lo buscaré dentro de una semana aproximadamente.

—¡Ah!, cuánto lo siento —dijo—, porque temo que algunos de esos lotes escogidos ya se habrán vendido para entonces.

—Pues tendré que correr ese riesgo —dije.

—Mire usted lo que voy a hacer, Lam —insistió—. Hay un lote que sé que va a quedar disponible. Una persona hizo un depósito para comprarlo, pero el cheque fue devuelto por falta de fondos. Como no hemos dado por terminado el contrato todavía, voy a retenerlo unos cuatro o cinco días. Usted podría visitarme antes de que termine el plazo y pasar a verlo. Realmente es un lote de primera, mejor que el término medio. Si resulta que le gusta, entonces nos moveremos y daremos por terminado el contrato a causa de ese cheque sin fondos y haremos un nuevo contrato a nombre de usted. ¿Qué le parece?

—Magnífico —le dije—. Nada más que no deje abierta la operación porque voy a tener todo mi tiempo muy ocupado durante los próximos días y tal vez no pueda salir.

—Eso está bien. Perfectamente bien, Lam. Lo haremos con todo gusto por usted… Ahora, hay otro pequeño asunto…

Su voz se desvaneció hasta quedar en silencio.

—¿Sí? —pregunté.

—Hay una probabilidad de que usted me rasque la espalda y yo le rasque la suya —dijo.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Bueno, me he visto envuelto en un pequeño altercado en el que puedo necesitar de la ayuda de unos detectives privados, de unos buenos detectives.

—¿Qué clase de dificultad?

—Tuve un pequeño accidente de tránsito y la parte contraria alega que yo no hice alto completo en una avenida y que había

estado bebiendo. Toda esa clase de tonterías y falsedades.

—¿Hizo que le tomaran una prueba de aliento alcohólico? —pregunté.

—No. No en el momento. Pero después de pensarlo y cuando habían pasado un par de horas, fui a la estación de policía y les pedí que me hicieran una prueba del aliento.

—¿Y se la hicieron?

—Sí. Encontraron trazas, muy ligeras trazas de alcohol, algo así como del siete por ciento, según creo.

—Por supuesto —le dije— que eso no constituye necesariamente indicación de lo que pudo haber sido dos horas antes.

—En efecto, lo sé, pero demuestra que yo no estaba tan bebido como la otra parte asegura. Ahora bien, yo hice en verdad el alto antes de atravesar la avenida. Creo que la compañía de seguros va a hacer prontamente un arreglo para evitar más molestias. Pero en caso de que el arreglo no tenga éxito, quiero conseguir algún testigo que pueda declarar bajo juramento que hice el alto en la avenida.

—¿Tomó usted los nombres de algunas de las personas que estaban allí en aquel momento?

—Desgraciadamente no lo hice. Me puse a discutir con el individuo que iba manejando ese otro automóvil y supongo que los testigos tranquilamente se retiraron.

—¿Y él no anotó ningún nombre?

—Ah, sí. Eso es lo malo. Él obtuvo el nombre de dos personas que realmente no saben nada del asunto, pero que juran que yo no hice el alto en la avenida. Ahí es donde comienzan las dificultades.

—¿Qué daños hubo?

—Muy pocos, por lo menos en su automóvil. Pero el lado izquierdo de mi *Oldsmobile* quedó bastante abollado. Yo mismo pagaré la reparación, pero mientras tanto me veo obligado a manejar un automóvil alquilado. ¡Es una condenada molestia!

—Bueno —dije—, tendríamos que discutir el asunto cuando se presentara el momento en que usted necesitara contratar una agencia de detectives. Nosotros estamos muy ocupados ahora y me gustaría que usted conociera a mi socia la señora Cool. Pero puede avisarnos si el arreglo no se lleva a efecto.

—Magnífico, Lam. Ninguno de los dos ha contraído compromisos concretos; simplemente estamos charlando.

—Lo mismo digo respecto a lo del lote de terreno. Recuérdelo, no hay ningún compromiso definitivo.

—Ningún compromiso —dijo, y nos estrechamos las manos.

Me quedé en la puerta y lo observé cruzar la oficina exterior y salir rumbo al ascensor.

—¿Supone usted que él ha venido hasta acá por el simple hecho de haberse ido usted del fraccionamiento sin hablarle? —preguntó Elsie.

—No lo sé —le respondí—. Y eso es lo que me preocupa.

capítulo diez

ME dirigí a los apartamientos Vector y encontré un lugar donde estacionar el automóvil. Luego caminé hasta una cabina de teléfonos y llamé al número de Pauline Garson, pero sin obtener respuesta.

Esperé media hora y volví a llamar.

Una ronca voz femenina me contestó.

—Hola.

Hablé con todo el aplomo del mundo:

—¿Pauline?

—¿Eh, sí? —contestó.

—Ponga a Marilyn al teléfono, pronto —dije—. Es importante.

—¿Por qué? ¿Quién es usted?

—No importa, no importa —dije—. Los segundos son preciosos. Haga que Marilyn se ponga al teléfono.

—Espere un momento —respondió.

Dejó el aparato y pude oír una conversación en voz baja. Después de un momento, la voz de Marilyn llegó por el teléfono, muy tímida y falta de confianza:

—Sí…, hola.

Yo comencé a respirar agitadamente por el auricular.

Al otro extremo de la línea se oyó un grito y a continuación colgaron.

Regresé al auto y esperé.

Quince minutos más tarde un taxi se detuvo frente a la casa de apartamientos. El conductor se bajó, miró el directorio y llamó al número de Pauline Garson.

Crucé la calle y me acerqué al chófer.

—¿Sabe lo que es esto? —pregunté.

Él me miró, luego miró mi mano y sonrió.

—Parece un billete de veinte dólares —dijo.

—Exacto —le dije—. Yo soy el que ordenó el taxi. Aquí tiene estos veinte dólares. Súbase a su auto y vuélvase a su base.

—¿No quiere que vaya a ningún otro lugar?

—A ninguna otra parte. Regrese al lugar de donde vino.

Me miró con una expresión de duda, y yo agregué:

—Si quiere ganarse estos veinte dólares, súbase al taxi, eche a andar el motor, y cuando me vea llevarme la mano al sombrero, lárguese.

—¿Cuando le vea llevarse la mano al sombrero?

—Sí. Yo trataré de encontrar alguna excusa —dije—. Si por casualidad hay alguna nena cerca yo le hablaré y ella me mirará fríamente. Pero usted sólo fíjese en mi mano, y cuando vea que me la llevo al sombrero, lárguese.

—Okey —dijo metiéndose al taxi y echando a andar el motor.

Unos treinta segundos más tarde salió Marilyn Chelan, con el rostro blanco de pavor, llevando una pequeña maleta.

Yo me llevé una mano al sombrero y, quitándomelo, dije:

—Hola, Marilyn. Usted va a venir conmigo.

—¡Usted! —exclamó la muchacha.

—Exactamente —le dije.

El taxi se alejó de la acera.

—¡Oiga! —gritó Marilyn tratando de detenerlo, pero el taxi ya se había ido.

—Las cosas han tomado un sesgo que no me gusta, Marilyn —le dije—. Yo quisiera…

—Pero yo le dije que no lo necesitaba para nada. El señor Archer también le dijo que quedaba despedido. Yo no tengo dinero para emplear detectives privados.

—Si se queda ahí parada en la puerta está entregándose a ellos —le dije—. Ahora, ¿quiere venir conmigo y dejar que yo la lleve a un lugar donde nadie la pueda encontrar?

—¿Puede usted hacer eso, Donald?

—¿Para qué cree que estoy aquí?

Ella me miró, y dijo:

—No lo sé.

Con una mano la tomé del brazo y con la otra agarré la pequeña maleta.

—Venga, Marilyn. Lo primero que hay que hacer es alejarse de aquí, antes de que se den cuenta de que usted se va.

La conduje al automóvil de la agencia.

—¿Cómo supo dónde… estaba yo? —me preguntó.

—Fue fácil —le dije—. Y si yo la encontré, otros también podrían hacerlo.

—Pues ya me han encontrado.

Yo me detuve bruscamente y la miré con desaliento.

—¿Es cierto? —le pregunté.

—Sí. Hace menos de media hora sonó el teléfono y alguien le dijo a mi amiga que tenía que hablar conmigo.

—¿Y qué pasó? —inquirí.

—La misma cosa de siempre. La misma respiración anhelante y luego el silencio.

—¿Sólo hubo una llamada? —pregunté.

—El teléfono estuvo sonando cuatro o cinco veces durante la tarde, pero yo no quise contestarlo. Le había prometido a Pauline que no saldría y que no contestaría el teléfono. No quiero volver a ver un aparato telefónico en el resto de mi vida —dijo.

—Esta cosa es mucho más profunda y mucho más siniestra de lo que yo había pensado —dije—. Ahora voy a tener que cuidarla.

—¿Pero por qué? El señor Archer le dijo… Y yo no tengo dinero para pagar detectives. El que tengo lo voy a utilizar para irme lo más lejos posible de aquí.

—Ya lo sé —le dije—. Pero yo no quiero su dinero. Yo voy a trabajar esto sobre la base de una contingencia.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Cuando yo dé con las personas que están detrás de todo esto, voy a morderlas fuerte —le expliqué.

—¿Morderlas?

—Exacto. Voy a obligarlas a que den algo.

—¿Cómo? —preguntó Marilyn.

—Déjelo usted por mi cuenta —contesté—. La han estado empujando de un lado a otro y ahora ya es tiempo de que usted deje de servirles de saco para golpear. Ha llegado el momento de que empiece a contestarles.

—Donald —me dijo—, quisiera estar segura de que puedo confiar en usted. Siento que puedo hacerlo y sin embargo… hay

algo raro en usted. Es tan frío y recogido y… parece siempre tan seguro de sí mismo.

—Eso es sólo mi fachada profesional —le dije—. La que he cultivado para darles confianza a mis clientes.

—Bueno, pues a mí no me da tanta confianza…; hay algo que no me parece sincero. Usted debería estar un poco…

—¿Asustado? —sugerí.

—No precisamente asustado, pero sí más desorientado, como si buscara en la obscuridad. Usted parece saber exactamente adónde va.

—Y lo sé —le dije, abriendo la puerta del automóvil de la agencia—. Vamos, suba.

Arrojé su maletilla sobre el asiento posterior y Marilyn se colocó en el delantero, a la derecha. Yo rodeé el automóvil y me subí por el lado del conductor, echando a andar la maquina.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Primero vamos a ir a un lugar donde nadie pueda encontrarla —le dije—. No va a volver a saber nada de esas llamadas telefónicas.

—Quisiera poder creerle eso.

—Muy bien —le dije—. Eso constituirá una buena prueba. Usted cree que yo soy un individuo demasiado seguro de mí mismo. Si vuelve a recibir otra llamada telefónica, entonces sabrá que soy tan sólo un embustero.

—Si usted pudiera darme ese consuelo, si pudiera yo tener una sola noche decente de sueño sin verme obligada a tomar pastillas para dormir, sería sencillamente maravilloso. Tal como están las cosas, siempre que me duermo tengo unas horribles pesadillas y luego despierto empapada en sudor frío, esperando que ese teléfono suene.

—Olvídese de todo eso —le dije—. Ahora está usted entre amigos.

—Ojalá pudiera sentirlo así. Me encuentro tan sola e indefensa.

—¿Por qué vino usted a parar a casa de Pauline Garson? —pregunté.

—Era el único lugar adonde podía ir.

—¿Hace mucho que la conoce? —pregunté.

—Por ella dejé mi trabajo en Salt Lake City. Pauline supo de este

trabajo que ahora tengo. Parece que ella es muy amiga del gerente de personal de la Agencia Pacific para Selección de Personal, que es la agencia que proporciona los empleados a la compañía en que trabajaba. Ella supo que había uno bueno para una secretaria, un trabajo realmente bueno, y como ella conocía mi capacidad y competencia, sabía que yo podía pasar todas las pruebas arrosamente.

—¿Así que usted dejó su trabajo en Salt Lake City y vino aquí sólo con la esperanza…?

—No, no —respondió Marilyn—. Tenía derecho a dos semanas de vacaciones y por lo tanto tomé un avión y me vine. Pauline me presentó a su amigo…

—Sí, ya sé —le dije—. Frank Eckelson.

—No, no fue el señor Eckelson. Yo tenía que pasar a verlo, pero la amiga de Pauline era Donna Hendrix, que es la que hace todas las pruebas de las secretarias.

»El señor Eckelson revisó mis antecedentes y mis referencias —continuó—, y luego me tornó a Donna Hendrix, la cual me hizo las pruebas de dictado, de mecanografía, de redacción de cartas, de velocidad y de exactitud, y todo eso.

—¿Y usted las pasó?

—Por supuesto —dijo Marilyn—. Yo soy realmente competente… Donald, ¿hacia dónde vamos?

—Vamos a andar dando vueltas por un rato —le dije—, para estar absolutamente seguros de que no nos vienen siguiendo. Estoy buscando una señal de tránsito que esté a punto de cambiar y… Aquí está.

La señal de tránsito que tenía enfrente encendió la luz ámbar y yo metí el acelerador en el preciso momento en que cambiaba a rojo.

—Mire hacia atrás —le dije—, por si alguien viene siguiéndonos.

—No; fue usted el último en pasar —dijo Marilyn—. Todos los demás se detuvieron. Realmente se pasó una luz roja esta vez, Donald.

—Ya yo estaba en la intersección cuando la luz estaba en ambar —le dije.

—Sí, ya lo sé, pero cambió cuando usted iba por la mitad de la calle.

—Eso era lo que yo quería. Ahora, sujétese —le dije.

Di violentamente la vuelta, recorrimos una calle lateral y luego di vuelta a la izquierda; comencé a oprimir más el acelerador.

—Siga contándome cómo llegó a la casa de Pauline Garson —le dije.

—Yo le había telefoneado a Pauline un poco antes en la mañana y le había pedido que estuviera frente a mi casa de apartamientos a las nueve en punto y esperara a que yo saliera. No me atrevía a tomar un taxi porque estaba segura de que me descubrirían… Donald, ¿quiénes supone usted que sean? ¿Quién se toma todas estas molestias para mortificarme y qué puede ser lo que quieren?

—No lo sé —le respondí—. Eso es lo que tenemos que descubrir. Después de que tengamos las respuestas a lo que quieren y quiénes son, podremos dar los pasos para contraatacar.

—Yo quisiera —dijo la muchacha con encono—, que usted pudiera hacer que a ese hombre, quienquiera que sea, le dieran una soberana paliza.

—Mire, espere un momento —le dije—. Usted no debe hablar así, pues en algún momento pueden usar sus palabras en contra suya. Tómelo con calma y déjeme que sea yo el que se preocupe y pelee. Usted tranquilícese.

—¿Adónde vamos, Donald?

—¿A qué lugar le gustaría ir?

—No sé. Tengo que ir a algún sitio en donde no… Yo sencillamente no puedo quedarme sola. Eso es todo.

—¿Le gustaría ocultarse en el departamento de Bertha Cool?

—¡Cielos, no! Me irrita terriblemente. Ella es tan…, tan dominante.

—Tengo una secretaria que tiene un apartamiento para ella sola —dije—. Yo creo que ella le permitiría quedarse allí.

—Sería bastante incómodo vivir con una extraña.

—¿Tiene usted alguna otra amistad? —le pregunté.

—No.

—¿Nadie?

—Nadie.

—De todos modos vamos a ir un rato al apartamiento de mi secretaria —le dije—. Ustedes dos podrán intentar congeniar.

—Pero usted no va a cobrar por todo esto —protestó.

—Sí me lo van a pagar. Y recuerde esto: Archer nos dio una cantidad y yo todavía estoy trabajando a cuenta de eso.

—Donald, usted se trae algún juego entre manos.

—Sí, estoy haciendo una jugada —le respondí—. El objeto del juego es descubrir quién la trae de un lado para otro y hacer cambiar la situación para darles una dosis de su propia medicina.

—¿Por qué?

—Detesto que alguien quiera ser más vivo que yo. Odio que me hagan una mala jugada. Ahora comprendo que no trabajamos muy bien en el caso de usted. Nos llamaron para servirle de guardia y protegerla, pero las llamadas telefónicas y las cartas de entrega inmediata continuaron llegando. Usted se asustó, casi se puso histérica y huyó. Todo eso no me gusta.

—Pero todavía no me dice cómo me encontró en casa de Pauline.

—Soy un detective —le dije—. La hubiera encontrado en cualquier lugar.

—Pero no era posible.

—Sin embargo, la encontré, ¿no es cierto?

—Eso es algo que no puedo comprender.

—Mire —le dije—, vamos a ir al departamento de mi secretaria; allí podremos hablar y yo podré mirarla a los ojos sin tener que concentrarme en guiar el automóvil.

—¿Pero no será ése el primer lugar donde me buscarán?

—Ése sería el último lugar —respondí.

—¿Por qué?

—Por varias razones. Las personas que están metidas en esto creen que nuestra relación con su caso ha terminado. No pueden entender que una agencia de detectives tenga algo así como… lo que pudiera llamarse un orgullo profesional. Piensan que Cool y Lam ha desaparecido del caso. Tal vez pudieran seguirle el rastro hasta la casa de Pauline Garson, pero luego lo perderían.

—Yo…, yo quisiera que me dijera cómo logró usted seguir mis pasos hasta encontrarme.

—Veámoslo de este modo —le dije—. ¿Qué pensaba hacer al salir de la casa de Pauline? Había usted llamado un taxi. ¿Acaso ignora que es muy sencillo rastrear un taxi?

—Claro que es sencillo —dijo Marilyn—, pero había pensado ir

al aeropuerto, mezclarme con la gente y después volver a tomar otro taxi. A continuación iría a la estación de ferrocarril, me perdería entre la multitud y pediría otro taxi. Me iba a asegurar muy bien de que nadie me seguía y luego…

—¿Y luego qué? —le pregunté.

—Pues…, no sé. Ya pensaría cómo pasar el puente cuando llegara a él —dijo.

—¿Va a tratar de abandonar la ciudad?

—Tengo algunos amigos en Salt Lake City —dijo—. Algunos de ellos bastante poderosos políticamente. Creo que ellos podrían protegerme.

—¿Y tenía usted la intención de ir a Salt Lake City?

—Sí.

—¿Desde el aeropuerto?

—No. Iba a alquilar un automóvil para dirigirme a Las Vegas, entregar allá el automóvil y volar de allí a Salt Lake City.

—Usted sabe que no se puede alquilar un automóvil sin mostrar la licencia de manejo —le dije—. Ésa habría sido una de las primeras cosas que investigarían esas gentes. Tratarían de encontrar su rastro investigando en las agencias que alquilan automóviles.

—No había pensado en ello.

—Hay muchas cosas en las que no ha pensado —dije—. Ahora, manténgase tranquila porque quiero concentrarme en conducir el auto y asegurarme de que no nos sigue nadie.

Di varias complicadas vueltas e hice figuras en ocho en varias calles para convencerla de que estaba tratando de eludir cualquier persecución. Finalmente me dirigí a un lugar frente a la casa de apartamientos donde vivía Elsie Brand y estacioné el auto, apagando el motor.

—¿Cuánto tiempo permaneceré aquí? —preguntó la muchacha.

—Hasta que me diga la verdad —contesté.

—¿La verdad?

—Sí. La verdad.

—Pero si ya se la he dicho.

—No, no lo ha hecho.

—Donald, sí. Le juro que le he dicho la verdad.

—Usted no me ha dicho nada de la llamada que le hizo Pauline Garson por la mañana.

Marilyn se me quedó mirando como si fuera a decirme algo, pero luego su quijada cayó y se quedó sin hablar por unos minutos.

—Vamos, cuéntemelo —le dije—. ¿Cuántas personas más de por aquí conocen su número, entre paréntesis, privado?

—Nadie. ¿Cómo se enteró de la llamada?

—Comoquiera que sea, el caso es que me enteré.

—Pero… si yo había borrado la cinta de la registradora… Donald, ¿tienen intervenido mi teléfono?

—Ciertamente no —le dije—. No se puede intervenir un teléfono para un asunto de tan poca monta.

—¿Entonces cómo se enteró de la conversación?

—Veámoslo de esta manera —le dije—. Supongamos que yo hice uso de mi poder de deducción. Usted me informó que le había pedido a Pauline que tuviera el auto estacionado frente a la casa de apartamientos a las nueve de la mañana y que la esperara hasta que saliera. Usted no pudo llamar a Pauline, porque Bertha estaba allí. Por lo tanto, Pauline debe de haberla llamado a usted. Ésa fue la conversación que oyó Bertha y la que usted borró de la cinta. La conversación que tuvo usted cuando Bertha entró al baño.

Marilyn se me quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Adónde fue anoche, después de que le dio a Bertha la droga en el chocolate? —proseguí.

Continuó mirándome con ojos de asombro y llenos de pánico.

—Donald, ¿de qué cosa extraña está hablando? —dijo.

—Vamos, responda. Sólo está tratando de ganar tiempo.

—¿Cómo supo que yo salí?

—Se le nota a la legua.

—Donald, ¿puedo confiar en usted?

—¿Qué quiere decir?

—¿Puedo confiar en que cualquier cosa que le diga lo mantendrá en absoluto secreto?

—Puede usted contar con que haré todo lo que sea mejor para sus intereses, mientras no tenga que arriesgar mi propio cuello —le dije—. Y eso es lo máximo que puedo hacer. Usted es mi cliente. Archer nos contrató para protegerla a usted, no a él. Yo soy leal a los intereses de usted, hasta donde me sea posible. Sería mejor que confiara en mí; así todo puede resultar mejor.

—¿Ha leído los periódicos de la tarde, Donald?

—¿Qué tienen que ver con esto? —pregunté.

—Hay en ellos algo… respecto a una mujer que fue asesinada, una mujer que sospechaban que actuaba como intermediaria para conseguir muchachas que hicieran compañía a los hombres.

—¿Jeanette Latty? —pregunté.

—Sí. ¿Cómo lo ha sabido?

—Hay muchas cosas que sé —le dije—. ¿Cuáles eran sus relaciones con ella?

—Pues yo… salí con hombres un par de veces.

—¿Y esas citas las arregló ella?

—Sí.

—¿Qué clase de citas eran?

—Eran a la buena, Donald. Yo recibía cincuenta dólares y dinero para el taxi, pero creo…, bueno, me imagino que yo no hice lo que se esperaba de mí, porque después de eso la señora Latty nunca me consiguió más citas.

—¿Qué se imagina que esperaban de usted?

—¿Es necesario que le haga un diagrama?

—¿Y una de esas citas fue con Archer? —inquirí.

—¡Por Dios, no! Archer no sabe nada de eso. No tiene la menor idea. Si la tuviera…, él me soltaría como una brasa ardiente. Inmediatamente se lavaría las manos y no querría saber más de mí.

Yo me puse a pensar rápidamente.

—¿Usted llegó aquí procedente de Salt Lake City?

—Sí.

—¿Tenía usted amigos aquí?

—Solamente una amiga.

—¿Quién?

—Pauline Garson.

—¿Y cómo fue que entró en contacto con Jeanette Latty?

—A través de una muchacha que yo conocí en Salt Lake City. Esa muchacha… En fin, yo le había escrito diciéndole lo sola que me sentía y ella me contestó diciéndome que buscara a Jeanette Latty.

—¿Y usted la buscó?

—Sí.

—¿Y le dio algunas referencias?

—No. Se limitó a hablar conmigo y a preguntarme muchas cosas

respecto a si había tenido marido, si tenía amiguitos y cosas por el estilo.

—¿Y luego le consiguió las citas?

—Sí.

—¿Las dos citas con el mismo individuo?

—No, por Dios, no.

—¿Por qué dice eso?

—Porque con el primer hombre…, bueno, yo nunca hubiera vuelto a salir con él.

—¿Y el segundo?

—Era mejor, pero…, bueno, se rió de mí y me llamó anticuada. No creo que hubiera vuelto a salir conmigo.

—Así es que anoche —dije lanzando mis tiros a la ventura— usted tenía que hacer aclaraciones con Jeanette Latty. ¿Por qué?

—Porque… ¡Ay, Donald!…

—Siga, siga —le dije—. Dígalo todo.

—Porque súbitamente se me ocurrió, por algo que había sucedido, que Jeanette Latty podría estar tras todas esas llamadas telefónicas —respondió.

—¿Qué la hizo pensar así?

—La forma en cómo estaban escritos los sobres, con ese sello de hule. Recordé que había visto una de esas pequeñas imprentas portátiles en la casa de la señora Latty, la primera vez que fui a verla. Ella había estado colocando algunas letras con unas pinzas… Usted sabe lo que quiero decir. Son esas imprentitas que se compran en una juguetería. Tienen una armazón para cuatro líneas y un buen surtido de letras de hule, así como unas tenacillas y un cojín entintado. Se colocan las letras y luego se entintan en el cojín y se obtiene una impresión bastante buena.

—¿Y luego?

—Pues me puse a pensar en eso ayer en la tarde y casi iba a decírselo a usted. Pero después pensé que sería mejor no decírselo, porque temí que fuera a hablar con la señora Latty y ella le dijera algo respecto a que yo había salido con hombres… Bueno, si el señor Archer lo llegaba a saber, adiós empleo y adiós todo.

—¿Y entonces qué hizo? —pregunté.

—Me hice el propósito de ir a ver a la señora Latty yo misma —dijo.

—¿Y fue a verla?

—Sí.

—¿Por eso le puso una droga al chocolate de Bertha?

—No me gusta que use la palabra droga. Yo… pensé que la señora Cool se veía cansada y quería estar segura de que durmiera bien esa noche. Como yo tenía unas pastillas para dormir, que son inofensivas… Bueno, Donald, disolví dos pastillas en el chocolate de la señora Cool.

—¿Y esperó entonces a que se durmiera?

—¿Y luego fue en busca de su automóvil?

—Mi automóvil estaba estacionado de tal manera que no podía sacarlo. Llamé un taxi después de bajar las escaleras.

—¿Se metió al taxi y se dirigió a la casa de la señora Latty?

—Sí.

—¿Qué hora era?

—Cielos, no lo sé; serían… Fue después de que se durmió la señora Cool y comenzó a roncar… Supongo que serían alrededor de las diez y media u once. Algo así, pues no puse mucha atención en la hora.

—Muy bien. Usted fue allá y habló con la señora Latty, y luego, ¿cómo regresó? ¿Hizo que la esperara el taxi o…?

—No, no. No hablé con ella.

—¿No habló usted con ella?

—No.

—¿Por qué?

—Bien, el frente de la casa estaba a obscuras cuando yo llegué allí, pero había una luz en la parte posterior y comencé a rodear el edificio; luego vi que la luz estaba encendida en una recamara y pude oír a la señora Latty hablando con alguien, hablando muy aprisa y emocionada y pensé que quizá fuera mejor esperar un rato… Pero no estaba muy decidida y me pregunté quién sería el que estaba en la pieza con ella, cuando oí la voz de un hombre.

—¿Oyó lo que decía?

—No, sólo percibí el sonido de la voz de un hombre. Sabía que era un hombre por los tonos graves de la voz.

—¿Estaban discutiendo?

—No sé si estaban discutiendo o no, pero… ella trataba de ser convincente como si quisiera explicar o conseguir que el hombre

hiciera alguna cosa o dejara de hacerla. Verá usted, la señora Latty no quería nunca que hubiera muchos automóviles estacionados frente a su casa. Decía que sus vecinos eran entremetidos y si veían mucha actividad se les despertaría la curiosidad. Por lo tanto, yo le pedí al conductor del taxi que siguiera hasta la calle siguiente y allí me esperara.

»Ésperé un rato a que ese hombre saliera —continuó—, pero no lo hizo. Podía darme cuenta, por la forma en que hablaba la señora Latty, que ella estaba muy molesta por alguna razón y el solo pensamiento de verla cuando estaba en ese estado de ánimo me inquietaba. Supongo que soy simplemente una cobarde cuando se trata de algo serio.

»De cualquier modo, en ese momento decidí irme a algún lugar de Sudamérica o a cualquier otra parte, para alejarme de todas estas cosas. Fue entonces cuando resolví hacer que el señor Archer me diera dinero para huir.

—¿Así es que regresó usted al taxi y se dirigió a casa?

—Donald, el taxi ya se había ido. Me imagino que el chófer se cansó de esperar. Comoquiera que sea, no estaba donde le había dicho que me esperara. Tuve que caminar diez calles para poder tomar un autobús. Regresé a casa en uno de los últimos que pasan.

—Pues dejó usted un rastro de un kilómetro de ancho —dije.

—¿Qué quiere decir?

—Que el conductor del taxi leerá el periódico y recordará la dirección que usted le dio. Se lo dirá a la policía —le expliqué.

—¡Donald! —exclamó—. Él no será capaz de hacer eso. Es un tipo excelente.

—¿Qué demonios se imagina usted? —le dije—. ¿Que en la policía son unos tontos? No sea ingenua. Lo que yo estoy tratando de reconstruir es el elemento tiempo.

—¿Por qué?

—No se preocupe por eso en este momento, pero quiero descubrir exactamente a qué hora estuvo usted allí. Tendré que verificarlo.

»Por lo que respecta a la policía, va a estar usted más comprometida, más caliente que un cohete de pólvora —agregué—. No se atreva a usar un nombre falso porque eso sería prueba de que ha tratado de huir, y en este estado huir es prueba de culpabilidad.

—¿Culpabilidad de qué? —preguntó Marilyn—. Yo no hice nada malo. Supongo que ésa era precisamente la razón por la que la señora Latty no quería saber ya más de mí.

—No. Culpabilidad en el asesinato —le dije.

—¡Del asesinato! —exclamó.

Yo me limité a asentir con la cabeza.

—¡Donald, no pueden pensar eso!

—Lo pueden pensar y lo harán —dije—. Ahora dígame, ¿cuándo recibió usted la primera de esas llamadas telefónicas? ¿Cuándo llegó el primer mensaje diciéndole que se fuera?

—Nunca olvidaré ese día —dijo Marilyn—. Fue el día cinco. Recibí una carta de entrega inmediata y tenía una de esas amenazas impresas. Quince minutos después recibí la primera llamada por teléfono.

—¿A qué hora?

—Fue en la tarde. Yo acababa de regresar de mi trabajo. Me había dado una ducha y estaba preparando algo para cenar. No me había puesto vestido porque tenía que lavar los trastos y no quería que se me fuera a ensuciar.

—¿Y eso fue el día cinco?

—Sí.

—¿Y el día cuatro tuvo usted una de esas citas?

—¿Quiere decir una de las citas que arreglaba Jeanette Latty?

—Sí.

—Cielos, no. No había vuelto a salir con ningún hombre de su casa desde hacía diez días o dos semanas. Yo sólo concurrí a dos de aquellas citas, Donald.

—¿Muy retiradas una de la otra?

—Veamos…, la primera fue un miércoles y la otra fue el viernes siguiente.

—¿La señora Latty le dio instrucciones de lo que tenía que hacer?

—Ah, sí. Había instrucciones impresas, un reglamento impreso. Y se me advirtió que si violaba aquellas reglas me vería metida en dificultades y no me volverían a conseguir citas.

—¿Y usted no violó las reglas?

—No. Las cumplí escrupulosamente.

—Muy bien —dije—. Las llamadas misteriosas dieron principio

el día cinco. Ahora, vamos a hacer un poco de memoria. ¿Qué hizo usted el día cuatro?

—¿El día cuatro? Nada. Lo de rutina.

—¿Y qué me dice del día tres?

Marilyn frunció el ceño, y dijo:

—No puedo hacer memoria así, como si conectara y desconectara un interruptor, Donald; pero creo…, aunque no estoy muy segura, que el día tres también fue un día de rutina.

—¿Qué clase de rutina? —pregunté.

—Pues desayunarme con un jugo de toronja, café, unas tostadas. Esto, por supuesto, después de haberme dado una ducha. Luego ir a la oficina, tomar una taza de café a media jornada, y una hora para el almuerzo.

—¿Qué acostumbra comer en el almuerzo?

—Suelo hacerlo bien, aunque me pongo a resolver crucigramas mientras como. Me encantan las palabras cruzadas.

—¿Entonces a la hora del almuerzo hizo un crucigrama?

—Sí.

—¿El día tres?

—Sí.

—¿Y el cuatro?

—También. Por lo menos supongo que debo de haberlo hecho, aunque ahora mismo no puedo recordarlo muy claramente.

—¿Y qué hizo en la noche?

—Una de esas noches fui a ver una película. Yo misma me invité a un coctel, una buena cena y luego me fui al cine.

—¿Y fue sola a tomar el coctel y a cenar?

—Así es. No querían dejarme entrar sola al bar. Al principio tuve cierta dificultad, pero yo había estado allí antes y el camarero me conocía. Le dije que estaba esperando a mi acompañante porque había llegado yo un poco adelantada.

—¿Pero aquello no era cierto?

—No, no era cierto. Dije aquella mentira para que me dejaran entrar al bar, porque no quería sentarme a la mesa y que la camarera me sirviera un coctel por el cual tendría que pagar un precio mayor, más una buena propina.

—¿Había alguien que usted conociera en el bar?

—Yo… —dijo Marilyn y luego calló abruptamente.

—¿Sí? —pregunté.

—Sí. Vi a algunas muchachas que conocía.

—¿Amigas?

—No, muchachas que había visto antes y que trabajaban por intermedio de la señora Latty. Creo que eran muchachas suyas.

En ese momento, Elsie Brand entró a la calle lateral y comenzó a buscar un lugar donde estacionar el automóvil.

Yo abrí la puerta del auto.

—Venga —le dije a Marilyn—. Aquí está Elsie. Quiero que la conozca.

capítulo once

ELSIE Brand no nos vio hasta que yo toqué la bocina; me reconoció entonces, y su rostro se iluminó.

Se detuvo junto a la acera.

Yo ayudé a Marilyn a salir de nuestro automóvil.

—¿De qué se trata, Donald? —preguntó Elsie mirando con curiosidad a Marilyn.

—Es un favor que quiero pedirle.

—Okey. Lo que usted quiera —dijo.

Yo hice las presentaciones.

—Marilyn Chelan —repitió Elsie pensativamente—. ¿No he oído su nombre o lo he visto en los expedientes de la oficina? Como usted sabe, yo soy la secretaria personal de Donald Lam.

—Nosotros estuvimos escoltando a la señorita Chelan —dije.

—¡Ah! —exclamó Elsie.

—Voy a hablar con ella. Necesito que haya un testigo presente, pues voy a tratar de explorar su pensamiento para descubrir algo que ella sabe, pero que ignora que sabe. Usted me va a ayudar.

—¿En este momento? —preguntó Elsie—. ¿Antes de que comamos algo? Puedo batir unos huevos si no tienen demasiada hambre; tengo también carne en casa. Yo iba a cenar huevos revueltos con tocino.

—Primero vamos a hablar y después cenaremos —le dije—. Saldremos a cenar después.

—No, no —dijo Marilyn—. Yo sólo quiero ir a donde nadie me vea. Quiero estar lejos de esas horribles llamadas telefónicas.

Yo sabía que a Elsie le encantaba comer bien y, por lo tanto, dije:

—Okey. Hablaremos un poco y luego saldremos a comprar unos buenos filetes para asarlos. Los haremos a la parrilla, y mientras

tanto, Elsie puede meter unas patatas al horno. Cuando estén listas las sacamos, las abrimos, les ponemos mantequilla y queso y las volvemos a meter un rato al horno. Traeré una lata de cebollitas en vinagre, un poco de pan francés y una botella de vino tinto. ¿Qué les parece?

—Eso suena maravilloso —dijo Elsie.

—No creo tener mucho apetito —dijo Marilyn—, pero me parece… En fin, esas palabras abren el apetito a cualquiera.

Nos dirigimos al apartamiento de Elsie.

—Discúlpenme mientras me quito la suciedad y el polvo de un día de trabajo; inmediatamente estaré con ustedes —dijo Elsie.

Marilyn me preguntó, mirándome a los ojos:

—¿Dónde voy a quedarme esta noche, Donald?

—Ya cruzaremos el río al llegar —respondí.

—¿Qué quiso decir con eso de que quería descubrir algo que yo sé, pero que ignoro saber?

—Exactamente eso —le dije—. Yo creo que algo sucedió el día cuatro que usted ha olvidado y que puede tener alguna significación.

Repentinamente sus ojos vacilaron ante la fijeza de mi mirada.

—¿Ya recordó lo que era? —le pregunté.

—No —respondió.

—Siéntese y póngase cómoda —le dije.

Elsie salió del baño; estaba fresca como una lechuga y estudió a Marilyn Chelan en esa forma en que se estudian las chicas unas a otras, haciendo ese inventario visual que toma nota de todo, desde la cabeza hasta los pies y demás puntos intermedios.

—Para principiar —dije—, quiero que las dos entiendan que nuestra firma ha sido contratada para proteger a Marilyn de cosas que la han estado molestando. Marilyn se dejó llevar por la impaciencia cuando creyó que no estábamos obteniendo resultados e hizo que Jarvis Archer, que había estado respondiendo por la cuenta, nos despidiera.

»Yo me imagino que Marilyn ha estado huyendo de alguna cosa —proseguí—, aunque ella probablemente no sepa de qué. Es decir, solamente tiene una vaga idea. Yo creo, sin embargo, que Marilyn sabe algo más de la forma en que Jeanette Latty realizaba sus negocios, de lo que nos ha dicho.

—No, no —dijo Marilyn—. Ya le he dicho todo, Donald.
—¿Le dieron a usted las reglas? —le pregunté.
—Sí.
—¿Impresas?
—Sí.
—No guardó usted una copia, ¿verdad?
—Creo que tengo una.

Abrió el bolso y comenzó a buscar entre el acostumbrado surtido de cosas que se encuentran en un bolso de mujer. Sacó una pequeña libreta y extrajo dos pedazos de papel. Uno de ellos era un crucigrama parcialmente lleno y el otro un papel impreso. Desdobló el papel impreso y me lo entregó.

El reglamento era una verdadera fachada blanqueada para despistar en cualquier momento en que la policía iniciara una investigación; Jeanette Latty había arreglado las cosas para sacar a relucir aquellas reglas y aparecer como una blanca paloma. Las reglas impresas decían:

> «Éste es un servicio en cooperativa de acompañantes para caballeros. Usted es un miembro del cuerpo de mujeres jóvenes que se han agrupado para derivar distracción, compensación y compañía agradable por medio de su trabajo en la noche.
>
> »No habrá ningún intento de escudriñar la vida personal de la persona que la acompaña.
>
> »Bajo ninguna circunstancia permitirá usted familiaridades que no correspondan a una mujer de excelente conducta.
>
> »No aceptará propinas o gratificaciones ni ninguna otra clase de dinero. El caballero que ha pedido su compañía ha pagado una cuota de cincuenta dólares al fondo cooperativo. El veinte por ciento de esa cuota se retiene para cubrir costos de administración y para los ejecutivos del negocio. Los cuarenta dólares restantes le corresponden a usted.
>
> »Bajo ninguna circunstancia permitirá usted al caballero que la acompañe hasta el lugar de su residencia, ni le dará usted su número de teléfono ni ninguna otra información de carácter personal. Usted le dirá que vive conmigo. Usted regresará a las oficinas del Servicio Social Bajo Fianza, en el 762 de la avenida Rhoda, a la terminación de su cita. Le dirá al caballero que usted vive allí con su madre. El caballero entonces seguirá su camino y solamente hasta entonces

quedará usted en libertad de tomar un taxi y dirigirse a su casa. El costo del taxi en ambos casos es parte de los gastos que se pide al caballero que pague, además de los cincuenta dólares que ha dado por la compañía de usted. Él no sabe que se trata del pasaje en taxi. El servicio de acompañantes pagará el taxi.

»El caballero pagará, por supuesto, todos los gastos de diversión durante la noche. Y está permitido aceptarle, en efectivo, dinero para las propinas de las encargadas del tocador para damas y podrá, si quiere, obsequiar a su compañera un *corsage* o dar dinero para flores.

»Usted debe tener siempre muy presente que cualquier violación a estas reglas puede ocasionar graves problemas al Servicio Social Bajo Fianza o a las otras jóvenes que participan en la organización.

»Es necesario que usted regrese a más tardar a la
1:30
de la mañana y hará toda clase de esfuerzos para que el caballero que la acompañe la traiga a la dirección de la Avenida Rhoda y a esa hora.

»Las intimidades personales quedan limitadas a no más de uno o dos besos de despedida. El permanecer dentro de automóviles estacionados, los besuqueos y tener períodos de intimidad en privado, son cosas contrarias a las reglas. Queda entendido que cuando un caballero la invita a salir, busca compañía para asistir a algún club nocturno, al teatro, o para bailar o diversiones semejantes. Deberá usted tener presente esto en todo momento y cortésmente, pero con toda firmeza, rechazar cualquier intento de manoseos, abrazos apasionados o familiaridades semejantes».

—¿Usted se apegó a este reglamento? —le pregunté a Marilyn.

—Al pie de la letra —respondió.

—¿Y usted supone que los caballeros que la acompañaron quedaron descontentos?

—Yo opino que uno de los hombres con quienes salí había empleado con anterioridad el servicio que proporcionaba la Latty y creo que él pensaba que las reglas estaban hechas para ser violadas.

—¿Cuál de los dos? —le pregunté—. ¿El que la sacó la primera vez o el que la sacó la segunda vez?

—Bueno…, los dos, pero el segundo en particular.

—¿Qué es esto? —le dije recogiendo el crucigrama.

—Ya le he dicho que tengo una hora libre a mediodía —

respondió—. No me gusta tomar apresuradamente mi almuerzo y luego regresar a la oficina, ni me gusta salir a caminar por las calles. Hay una cafetería cerca de la oficina en donde escojo una mesa que no esté muy llena, recorto el crucigrama del periódico de la mañana y, aunque no me empeño mayormente en resolverlo, tengo algo en que entretenerme mientras como. Tomo un bocado y trato de encontrar una palabra. Luego, a los diez para la una, me retiro. Algunas veces he terminado el crucigrama, otras no.

—¿Y por qué guardó éste?

—Porque había un par de palabras que sencillamente no podía encontrar y quería ver el resultado al día siguiente. Usted sabe cómo lo hacen los periódicos. Publican un crucigrama un día y al siguiente publican la respuesta.

—Muy bien. ¿De qué día fue éste? —le pregunté.

Frunció la frente, y respondió:

—Éste fue… Déjeme ver…, del día cinco.

—¿Entonces por qué no vio la respuesta el día seis y lo tiró después? —le pregunté.

—Algo pasó con el periódico del día seis. Yo estaba por cierto muy molesta, ya que siempre recibo el periódico que llega a la oficina. Pues bien, alguien había quitado la parte en que estaba el crucigrama, la sección deportiva y cosas por el estilo.

—¿Y usted no estaba tan interesada en el crucigrama como para comprar otro periódico después de que salió de su trabajo en la tarde?

—Así es. Esa noche fui a ver una película.

—¿Fue ésa la noche en que se tomó el coctel y cenó en el restaurante?

—No, eso fue la noche anterior. Lo de la copa fue el cuatro. Me tomé una copa, cené y me dediqué a ver bailar a las gentes y a empaparme un poco de la luz de los reflectores. No me quedé mucho tiempo porque había mentido respecto a que mi acompañante iba a llegar, y como no aparecía, el jefe de los camareros levantó las cejas muy significativamente cuando le dije que mi acompañante se había demorado y que yo empezaría a cenar sola.

—¿Y el día cinco fue cuando comenzaron las llamadas telefónicas? —pregunté.

—Sí —dijo Marilyn—. Yo…

El timbre de la puerta sonó.

Fruncí las cejas, y dije:

—Si le parece bien, Elsie, creo que sería conveniente que Marilyn pasara al baño a refrescarse un poco. No quiero que nadie sepa que está ella aquí.

—¿Quiere usted que se quede aquí conmigo, Donald?

—Todavía no lo sé —contesté.

Hice una seña a Marilyn y ésta se deslizó hacia el baño en el momento en que el timbre de la puerta volvía a sonar; un momento después alguien tocó perentoriamente con los nudillos. Se oyó la voz de Bertha Cool decir:

—Vamos, abran, que tengo prisa.

Elsie me miró atemorizada.

Yo me acerqué a la puerta y la abrí.

Una indignada Bertha Cool entró como un bólido a la sala.

—He estado tratando de encontrarte toda la tarde —me dijo—. Es asombroso que no se te ocurra llamar de vez en cuando a la oficina para hacer saber a la gente dónde se te puede encontrar. Esto importa.

—Siéntate, Bertha —le dije.

Bertha dirigió una mirada beligerante a Elsie y luego, volviéndose hacia mí, dijo:

—Estoy llegando a la conclusión de que siempre que tengo que localizarte, tengo que buscar a Elsie. Tuve la corazonada de que podrías estar aquí y, por lo tanto, me vine en el auto. Allí afuera vi el automóvil de Elsie junto a la acera y el tuyo, naturalmente, pegado al de ella, como si fuera la temporada de celo para los autos.

Bertha echaba chispas.

—¿Qué traes en la cabeza, Bertha? —pregunté.

—A la descocada que ha tratado de convertirme en su pantalla —dijo Bertha.

—¿Qué pasa con ella?

—¡Espérame un momento y voy a contarte todo!

Bertha caminó pesadamente hacia el teléfono, lo levantó, marcó un número y dijo:

—¿Despachador?

Después de un momento, añadió:

—Habla Bertha Cool. Llame al sargento Sellers por el aparato de intercomunicación y dígale que he encontrado a Donald Lam en el apartamiento de Elsie Brand, donde me encuentro ahora.

Bertha dio la dirección y colgó. Luego regresó y se acomodó en una silla.

—Nadie va a utilizar nuestra agencia para sus correrías, mientras yo tenga algo que ver en el asunto —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso, Bertha?

—Tú sabes perfectamente bien lo que quiero decir. Que el caso era fingido.

—¿En qué forma?

—Las llamadas telefónicas, los jadeos y todo ese teatrito. Ha sido un trabajo interno, arreglado para darle una coartada para aquella noche a esa mujerzuela. En cualquier momento en que la interroguen respecto a dónde estaba, dirá: «Yo estaba en casa durmiendo». Y si alguien le pregunta: «¿Puede probarlo?», simplemente dirá: «Ciertamente que puedo. Había estado sometida a muchas molestias ocasionadas por llamadas telefónicas anónimas y cartas de entrega inmediata, por lo que contrate una agencia de detectives para que me sirvieran de guardia. La señora Cool, de la firma Cool y Lam, estuvo precisamente en mi recamara toda la noche haciéndome compañía. Yo no hubiera podido salir sin despertarla».

Y Bertha continuó, con los ojos echando chispas:

—Probablemente se extenderá añadiendo muchos detalles de cómo no podía dormir oyendo mis ronquidos o cosas por el estilo.

—Creo que te estás portando demasiado suspicaz, Bertha —dije.

—Muy bien —respondió—, puedes pensar que estoy sospechando indebidamente. Yo soy detective. Cuando empiezo algo, trato de encontrar las respuestas apropiadas. Cuando una mujerzuela se burla de mí, trato de descubrir por qué.

—¿Y has encontrado las respuestas en este caso? —pregunté.

—Claro que las tengo —dijo Bertha.

—¿Cuáles son?

—Ya te conté que el chocolate estaba drogado. Tú te limitaste a reír, pero cuando me levanté esta mañana las tazas estaban junto al fregadero. Reconocí mi taza porque tenía una desportilladura junto

al asa. Todavía quedaba un poco de chocolate en ella. Cogí un pedazo de papel secante, lo mojé en el chocolate y lo hice analizar. No me pudieron decir la cantidad exacta, pero el análisis demostró que había barbitúricos en el chocolate.

—Aun así eso no prueba nada —dije—. Tal vez Marilyn quería estar segura de poder dormir y haya querido que tú…

—Cállate ya —dijo Bertha—. ¡Siempre que hay una mujer en un caso, basta que te muestre un poco de nilón, te entorne los ojos, deje escapar uno o dos suspiros, mueva las caderas, te suelte unas cuantas lágrimas y acabe dándote un beso apasionado, para que no valgas maldita la cosa desde ese momento!

—Muy bien —dije—. Sigue contándome, Bertha. ¿Qué más hiciste?

—Llamé a la compañía de taxis y les pregunté si habían enviado uno a los apartamientos Neddler Arms anoche entre las diez y las doce. ¡Gran Dios!, por la forma en que esa mujerzuela quería verme muerta en la cama para el mundo, debí haberlo sospechado de inmediato.

—¿Y qué dijeron en la compañía de taxis? —pregunté.

—Nada extraño —dijo Bertha—. Que ella había pedido un taxi por teléfono. El conductor llegó allí como a las diez y media y Marilyn ya estaba esperándolo.

—¿Y qué participación tiene Frank Sellers en esto? —quise saber.

—Pues Frank Sellers entra en el cuadro porque esa mujerzuela hizo que el chófer la llevara al 762 de la avenida Rhoda, y, en caso de que no lo sepas, una tal Jeanette Latty, alcahuete o alcahueta, comoquiera que se diga, fue asesinada en esa dirección, y la policía ha fijado la hora del asesinato entre las diez de la noche y las tres de la mañana.

»Por lo tanto, Donald Lam, comienza a buscar excusas para ella en ese asuntito.

Yo iba a contestar, pero el timbre de la puerta volvió a sonar y se oyó la voz de Sellers:

—Abran.

Bertha le abrió.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Sellers.

—Claro que he encontrado algo —dijo Bertha—. Esa

sinvergüenza pidió un taxi que llegó allí como a las diez y treinta y la llevó al 762 de la avenida Rhoda.

»Fui en el auto a averiguar qué había allí que fuera tan atractivo y me encontré que esta madama había sido asesinada anoche —añadió—. Entonces fue cuando decidí comunicarme con usted.

—Buen trabajo, Bertha —dijo Sellers mirándome con ojos encendidos—. ¿Y de qué manera está Donald mezclado en esto?

—No lo sé todavía —respondió Bertha—. Pero vamos a averiguarlo. A menos que esté equivocada, Donald ha andado tonteando con esa nena. Pensó que ella era sincera. ¡Y ese infundio olía a la legua! Todo era una confabulación desde el principio hasta el fin. Las llamadas telefónicas, las cartas por entrega especial, todos esos jadeos, ¡todo el condenado teatro! Era una confabulación que tenía por objeto proporcionarle a ella una coartada para esa noche.

—Eso hace que el delito sea asesinato en primer grado —dijo Sellers.

—¿Y me lo dice a mí? —preguntó Bertha.

—Estás yendo muy lejos basándote en la única prueba de un viaje en taxi —intervine—. ¿Está seguro el chófer de recordarla suficientemente bien como para identificarla?

—Pues será mejor que lo esté, si es que quiere seguir manejando taxis en esta ciudad —dijo Sellers hoscamente—. Y ahora, ¿cómo diablos va a hacer para dar con esa chica, Bertha?

Bertha me miró y se encogió de hombros.

Sellers también fijó sus ojos en mí, y dijo:

—El asesinato de la Latty es un asunto caliente. Nos encontramos en un compromiso porque habíamos estado vigilando el lugar. No esperábamos que sucediera nada hasta cerca de la una o dos de la madrugada, que sería cuando los acompañantes de las muchachas empezarían a llevarlas de regreso. Queríamos seguir a uno o dos de ellos y amenazarlos para obligarlos a que nos hicieran una declaración.

—¿Y por qué a los hombres? —pregunté.

—Porque las muchachas mentirían endemoniadamente con tal de protegerse —dijo Sellers—. Los hombres mentirían al principio, pero una vez que los amenazáramos con exponerlos a la prensa si no cooperaban y les prometiéramos ocultar sus nombres si nos

explicaban el asunto, esos tipos se derrumbarían. Ya otras veces lo hemos hecho. Eso es cuento viejo para nosotros.

—Bueno —dijo Bertha—, usted puede… ¿Qué demonios es eso?

—¿Qué? —preguntó Sellers.

Bertha señaló dos bolsos de mano.

—Uno de ellos es de Elsie —dijo—. ¿De quién es el otro?

Sellers se abalanzó al bolso de mano de Marilyn.

—Vaya, me lleva el demonio —dijo Bertha mirándome con ojos encendidos de cólera—. Ya te ablandaron y te estás portando como el mismo primo de siempre.

Bertha se levantó pesadamente del sillón y caminó hacia la puerta del baño, tratando de hacer girar la perilla; luego tocó con los nudillos.

—Bueno, Marilyn, salga pronto de ahí…; tiene visitas —dijo.

Nada ocurrió durante un minuto.

Bertha insistió:

—¿Quiere que tire la puerta y la saque a empellones?

Se oyó el sonido del pestillo y Marilyn abrió la puerta.

—¿Es ésta la chica? —preguntó Sellers.

—Ella es —respondió Bertha.

—Okey —dijo Sellers—. Vamos a hacer que el chófer del taxi la identifique. Venga, la llevaremos de paseo.

»Por lo general podemos manejar las cosas sin la ayuda de aficionados —continuó, volviéndose hacia Bertha—, pero esta vez usted nos ha dado una buena ayuda. No lo vamos a olvidar —y dirigiendo hacia mí sus ojos escrutadores, dijo—: Y tampoco vamos a olvidar la parte que usted ha tenido en esto, enano.

—¿Quiere decir que yo también les he dado una mano? —pregunté.

Sellers se pasó el dedo índice extendido por la garganta haciendo un ademán como si se la rebanara, y dijo:

—Ah, sí. Como siempre, nos estaba dando su cooperación habitual.

—Si ustedes no se hubieran disgustado, yo habría podido ayudarles mucho más.

—Sí, ya sé, ya sé —dijo Sellers. Y volviéndose hacia Marilyn, añadió—: Vamos, muchacha; somos de la policía.

—¿Trae una orden de aprehensión? —pregunté.

—Usted sabe muy bien que no traemos una orden de aprehensión —contestó Sellers—. Nos la vamos a llevar para interrogarla. La vamos a carear con el conductor del taxi.

Yo dije:

—¡Pamplinas! No tienen absolutamente nada en contra de ella, a excepción de la declaración de un conductor de taxi de que llevó a una mujer de los apartamientos Neddler Arms al 762 de la avenida Rhoda en la noche en que se cometió el asesinato. Llevar un pasajero hasta aquel lugar no quiere decir maldita la cosa. Aun cuando la pudiera identificar, un abogado medianamente inteligente haría pedazos la declaración de ese chófer.

—Eso dice usted —respondió Sellers.

—Cuídese —dijo Bertha—. Él no le está hablando a usted, Sellers. Está tratando de aconsejar a la muchacha. Ella ya lo tiene entre sus garras. ¡Gran Dios, lo que pueden hacer las mujeres con este tipo!

Marilyn permanecía de pie, temblando y con el rostro blanco.

—Vamos, no lo tome así, monada —dijo Sellers—. Nosotros estamos tan ansiosos de aclarar este asunto como usted misma. Queremos descubrir al culpable. Si usted lo es, eso es otra cosa. Si cometió el asesinato, estamos en contra suya. Pero si no lo hizo, estamos de su parte. Usted nos cuenta todo, nos dice toda la verdad, pone sus cartas sobre la mesa y nosotros le daremos el beneficio de una investigación imparcial.

Marilyn me miró y yo sacudí la cabeza.

—Vamos —dijo Sellers.

—¿Tengo que ir, Donald? —me preguntó la chica.

—Claro que tiene que ir —dijo Sellers—. Usted está metida profundamente en este caso y queremos que nos conteste algunas preguntas, necesitamos investigar un poco su pasado y que el chófer del taxi la mire y nos diga si usted fue la mujer que pidió un taxi para que la llevara a la casa de Jeanette Latty.

—El asesino difícilmente hablaría a la compañía de taxis para pedir uno e ir en él a cometer el asesinato y luego regresar a su domicilio dejando un ancho rastro para que lo descubriera la policía —hice notar yo.

—¿Cómo sabe usted lo que haría un asesino? —preguntó Sellers —. Yo he estado en este negocio toda mi vida y sé que algunas

veces los asesinos hacen las cosas más extrañas que puedan verse. Vamos, nena, caminemos rápidamente.

Bertha me miró y luego miró a Elsie.

—Supongo —dijo con mala intención— que tú has de querer quedarte aquí.

Sellers condujo a la chica hacía afuera y Bertha Cool salió tras ellos contoneándose.

La puerta fue cerrada.

—Donald, ¿cree usted que ella pudo haber cometido ese crimen? —preguntó Elsie.

—A esta altura del juego no lo sabría decir —contesté—. Pero hay muchas cosas que yo quisiera descubrir. ¿Cómo podría conseguir un periódico del día seis, el que tiene la respuesta al crucigrama que se publicó el día cinco?

—Aquí mismo —dijo Elsie—. Yo guardo los periódicos viejos y los junto luego con los de las muchachas de los otros apartamientos para venderlos como papel de desperdicio. Así nos resulta mejor que tener que pagar porque los lleven a tirar.

—Quiero la sección que contiene el crucigrama, los deportes y…; supongo que también traerá la sección financiera y las listas de defunciones.

—¿Y qué es lo que vamos a buscar?

Pensé por un momento, y dije:

—Fotografías.

—¿Fotografías? —preguntó Elsie.

—Exacto —respondí—. Alguien no quería que Marilyn viera algo que apareció en ese periódico. La noticia en sí probablemente no significaría nada, porque las noticias financieras o deportivas no entran en el asunto. Pero la chica tiene una memoria fotográfica para nombres y rostros y no me sorprendería nada que en ese periódico hubiera una fotografía que pudiera tener significado para ella.

—¿Qué clase de fotografía? —preguntó Elsie.

—Voy a tratar de adivinar —dije—. Voy a tirar un tajo en la obscuridad. Apostaría que la fotografía es un retrato de George Littleton Dix, con un anuncio al pie diciendo que ha sido promovido a gerente de ventas de un nuevo fraccionamiento y con un sinfín de alabanzas de su trabajo.

—¿Y si Marilyn hubiera visto aquel retrato? —dijo Elsie.

—Entonces Marilyn lo hubiera reconocido como el hombre con quien ella había tenido una cita arreglada por Jeanette Latty.

—Muy bien —dijo Elsie—. Vamos a buscar el periódico y veremos. Si usted dice que eso puede ser, Donald, yo estoy dispuesta a apostar que así va a ser.

Encontró el periódico, pero no había absolutamente nada acerca de Dix.

El crucigrama estaba en la sección que contenía las noticias deportivas, los informes de la bolsa de valores y noticias financieras, pronósticos del tiempo y las listas de defunciones.

Según Marilyn, aquello era todo lo que había faltado del periódico, aquella sola sección.

Yo desplegué la sección sobre la mesa en el apartamiento de Elsie y la revisé una y otra vez, fijándome en las fotografías. La foto de un comentarista deportivo aparecía a la cabeza de su columna, pero aquel retrato salía todos los días. Lo mismo podía decirse de un comentarista de las cuestiones financieras y del mercado. Había unas instantáneas de un jugador de béisbol sorprendido robándose la segunda base; otra de un jugador atrapando con una sola mano una pelota junto a la cerca del jardín izquierdo. Pero ninguna de esas fotografías era lo suficientemente clara para tener significación.

Había también varias fotos pequeñas en la columna de obituarios, así como una grande de
Baxter C
. Gillett, el conocido financiero que había salido de vacaciones con su esposa, sólo para sufrir un ataque cardíaco en un motel de Santa Mónica. Su mujer había estado junto a él en el momento de su muerte.

Había casi media página dedicada a describir las actividades y participaciones financieras de
Baxter C
. Gillett, que era presidente de un banco en Santa Ana y jefe de numerosas empresas afiliadas.

Doblé el periódico por última vez, me quedé pensando un momento y luego volví a examinar la fotografía de Gillett.

—¿Ha dado con algo? —preguntó Elsie Brand.

—¡Diablos!, tiene que ser esta fotografía. Es la única de toda la

sección lo suficientemente grande para tener algún significado.

—Pero, Donald, ¿qué posible conexión puede haber entre un financiero de Santa Ana y Marilyn Chelan?

—Probablemente ninguna, si se piensa desde ese punto de vista —dije—. Pero si lo vemos desde el punto de vista de que está en la sección que se quitó del periódico y de que no hay ninguna otra cosa que llame la atención… Pero aquí hay algo extraño. Vamos a verlo desde otro ángulo. Este tipo iba a salir de vacaciones. Él y su esposa habían planeado un viaje a través de la región noroeste del Pacífico.

—¿Y qué hay de malo en ello? —preguntó Elsie.

—Pues que cuando se sale en un viaje en automóvil para dirigirse hacia la costa noroeste del Pacífico y se vive en Santa Ana, por lo general se sale temprano por la mañana. Se dirige uno a San Francisco o a Sacramento y se pasa allí la primera noche. No se va uno a un motel en Santa Mónica para hacer allí la primera parada.

—¿Pero qué posible conexión podría haber entre él y Marilyn Chelan? —volvió a preguntar Elsie—. ¡Por Dios!, él era un financiero de alta posición, según lo dice el periódico. Dejó dos hijos, un muchacho de diecinueve años y una muchacha de diecisiete. Estaba relacionado activamente con obras de la iglesia, era presidente de la Cámara de Comercio y su esposa era la presidenta del club femenino de la localidad.

—Ya lo sé —dije—. No tiene sentido. Pero de todas maneras présteme unas tijeras, Elsie, que voy a guardar este recorte.

Tomé las tijeras que me daba Elsie, recorté la descripción que hacía el periódico de la inesperada muerte de Gillett y la doblé poniéndola en mi cartera. Luego llamé a la compañía de los taxis amarillos.

—Habla Humperhill, del periódico *La Crónica*, de Ventura —dije —. Vamos a sacar un reportaje del asesinato de Jeanette Latty. Tenemos entendido que uno de sus chóferes llevó a la sospechosa en su taxi a la residencia de la Latty más o menos a la hora en que se cometió el crimen. Queremos que nos dé el nombre del conductor, el número de su taxi y, si fuera posible, una fotografía.

La mujer que estaba tomando las llamadas estaba aburrida y cansada de todo aquel asunto.

—Quisiera que ustedes los de los periódicos se dieran cuenta de

que ésta no es una oficina de infor…

—Calma, guapa, calma —le dije—. Ustedes necesitan una buena publicidad. Después de todo, ese negocio requiere de buenas relaciones públicas. ¿Cómo se llama el tipo y qué número tiene?

—Se llama Hermann Oakley —dijo—. El taxi es el número 687-J. Se estaciona frente a los apartamientos Pickerell. La policía lo detuvo hace unos cuantos minutos y lo llevó a la jefatura para entrevistarlo. Dejó su taxi en el estacionamiento de dichos apartamientos y dijo que se comunicaría con nosotros tan pronto reanudara su trabajo. Hasta este momento no hemos sabido nada de él. Ahora dígame, ¿les sirve eso para hacernos buena publicidad?

—De lo mejor —le dije—. Haremos un comentario acerca de la eficiencia de su organización, de la manera en que se mantienen al tanto del trabajo de toda su red de taxis que patrullan constantemente la ciudad dando un servicio de primera clase a las personas que tienen necesidad de trasladarse con premura de un lugar a otro.

—Lo creeré cuando lo vea —dijo la muchacha—. ¿En qué periódico va a aparecer eso?

—Bueno —le dije—. En este momento estoy trabajando fuera de Ventura, pero mandaré la información al telégrafo y… Un minuto, Bill, espérame. En dos segundos estoy contigo… Muchas gracias, chiquilla. Adiós.

Colgué rápidamente el teléfono.

capítulo doce

Esperé casi una hora en el sitio de taxis frente a los apartamientos Pickerell, hasta que se acercó un automóvil de la policía.

El sargento Sellers y el chófer de taxi en el asiento de atrás.

Sellers abrió la puerta.

—Muy bien —le oí decir—. Vamos a hacer que esto no le ocasione tantas molestias. Usted va a tener que hablar también con el fiscal del distrito, pero eso no le llevará mucho tiempo.

El chófer dijo algo que no pude oír y luego Sellers partió en su automóvil. El chófer abrió su taxi, subió a él, cogió el micrófono y dio aviso a su cuartel general de que estaba de regreso a su trabajo.

Le di dos minutos, antes de acercarme despreocupadamente hasta donde estaba.

Me subí al taxi y le di una dirección a la cual tardaríamos quince minutos en llegar.

—Caray —le dije—, bien vale la pena tomarse de vez en cuando un descanso para el café. Me acerqué a su taxi hace un rato y lo encontré cerrado y vacío. Decidí, por lo tanto, ir a tomar una taza de café yo también.

—¿Sabe usted dónde estaba yo? —me dijo.

—Claro —le contesté—. Se fue a tomar una taza de café y unos huevos con jamón y tal vez hasta a descabezar un sueño.

—¡Sueño, ni de mentiras! —dijo—. La policía me detuvo.

—¡Demonios!

—Exacto.

—¿Qué es lo que ha hecho usted? —inquirí.

—Yo no he hecho nada que no sea manejar el taxi. Pero cierta muñeca me hizo que la llevara al lugar donde una mujer fue asesinada, y la policía quería que yo la identificara.

—¿Y pudo hacerlo? —le pregunté.

—Por supuesto.

—¿Puesta en fila?

—Ah, como de costumbre —dijo sonriendo—. La colocaron en una fila con otras mujeres, pero se dieron maña para que yo pudiera verla antes de que la pusieran con las otras. Son muy listos en esas cosas. Lo dejan ver momentáneamente a la persona que se supone va uno a identificar y después ve a la misma persona en la fila, con lo cual se logra plenamente la identificación.

—Evidentemente que usted ha pasado por eso antes.

—Media docena de veces —dijo—. Tal vez no tanto, pero a mí me parece como si lo fuera. Nosotros los conductores de taxis que tenemos el turno de noche nos vemos en muchas aventuras. A mí me han asaltado un par de veces y he tenido que identificar a los tipos que me asaltaron. En otra ocasión tuve que identificar a un individuo que me puso una pistola en la espalda y me obligó a correr como el demonio, ya que trataba de huir. Pero los autos de los policías eran más veloces y nos alcanzaron sin ninguna dificultad.

—¿Usted está seguro en cuanto a la muchacha de esta noche? —le pregunté.

—Por supuesto —dijo—. No necesitaban haberla puesto en fila. Vaya, si ella misma me pidió por mi nombre.

—¿Cómo es eso?

—Sí. Conocemos bien a varias de estas muchachas clandestinas y a ellas les gusta un chófer que sea discreto. Se conversan unas a otras cuáles chóferes son seguros. Esta muchacha llamó y pidió que fuera Hermann por ella; preguntó si andaba yo por ahí cerca y libre para el servicio. Con eso me mermó el importe de la dejada.

—¿Usted ya la había llevado antes?

—Claro —dijo—. Yo la había llevado a aquella misma dirección antes. Oiga, ¿qué diablos pasa?

Un automóvil de la policía se nos acercó velozmente y la luz de un faro rojo inundó el lado izquierdo del taxi. Hermann Oakley hizo alto pegándose a la acera.

—¿Ahora qué quieren? —preguntó.

El tipo que manejaba el auto de la policía se nos acercó y Frank Sellers salió de él.

—Vaya, vaya —dijo—. El enano en persona tratando de hacer

una de sus jugarretas. ¿Sabe una cosa? Me vino la idea de que usted pudiera andar por aquí tratando de echar a rodar las cosas. Salga.

—¿Qué pasa? Yo he tomado este taxi y…

—¡He dicho que salga! —repitió Sellers.

—Mire —le dije—. Yo…

Sellers abrió violentamente la puerta y me agarró por la solapa de la americana; a tirones me hizo salir del taxi.

—¿Cuánto marca el taxímetro, Hermann? —preguntó.

—Hasta este momento solamente un dólar con diez centavos.

—El viaje redondo serían dos veinte —dijo Sellers—, y con una propina de treinta centavos serían dos cincuenta. Dele a este tipo dos cincuenta, enano.

—Mire —le dije—, usted no tiene derecho…

Con la mano abierta Sellers me dio un sopapo en la cabeza.

—Páguele a este tipo dos dólares y medio —repitió.

No tuve más remedio que darle el dinero al conductor del taxi.

—Ahora, váyase —le dijo Sellers a Oakley—, y no vuelva a hablar con este individuo porque es veneno puro.

Sellers esperó a que el taxi se fuera y luego me examinó de pies a cabeza; dijo:

—Le debía dar una buena tunda. Usted siempre anda metiendo la nariz en los asuntos de otras gentes.

Sellers miró a ambos lados de la calle desierta. Yo sabía lo que iba a seguir y comencé a hablar rápidamente para evitar que empezara a golpearme.

—Si de vez en cuando me dejara decirle lo que yo sé o quisiera oírme, tal vez pudiera resolver mejor los casos de asesinato.

—¿Oír qué? —preguntó.

—Oírme a mí.

Por un momento Sellers titubeó y luego dijo:

—Muy bien, enano, comience a hablar. Y más vale que sea algo bueno porque cuando haya terminado empezaré a darle una lección respecto a interferir las investigaciones de la policía.

—A nosotros se nos encargó servir de guardias a Marilyn Chelan. Ella era nuestra cliente. El tipo solamente pagaba los gastos.

—Eso ya lo sé.

—A Bertha la narcotizaron y…

—Por Dios, enano, dígame algo nuevo. No trate de embaucarme

con un montón de cosas que ya sé.

—El hombre que nos contrató era un individuo llamado Jarvis G. Archer —dije—. Él es uno de los ejecutivos de la compañía de investigaciones siderúrgicas en la que trabaja Marilyn.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Sellers.

—Muy bien, pero esto no lo sabe. Archer era el que hacía esas llamadas amenazadoras por teléfono y el que enviaba esas cartas de entrega inmediata.

—Por supuesto que era él —convino Sellers—. Tenía que ser él. Él estaba en el asunto para que esta nena pudiera tener una coartada. Yo lo sé, pero no puedo probarlo.

—Conmigo puede usted probarlo.

—¿Cómo? —preguntó.

—Yo seguí a Archer cuando salió de la casa anoche —respondí —. Se metió en dos cabinas telefónicas e hizo las llamadas. Yo tenía mi reloj sincronizado con la hora oficial del teléfono y anoté la hora. Después de que se recibieron las llamadas telefónicas, Bertha habló al servicio que da la hora por teléfono y grabó la hora exacta en la cinta. Las horas coinciden exactamente, al segundo.

—¿No pudo usted ver los números que Archer estaba marcando?

—No, pero no tenía para qué hacerlo. Las dos llamadas se recibieron en el momento exacto que yo marqué cuando él las hizo desde cabinas distintas de teléfono.

—¿Y usted andaba siguiendo a Archer?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque pensé que probablemente se trataba de una confabulación, por la forma en que él actuaba y porque cambiaba el número privado del teléfono; sin embargo, tan pronto les daban un nuevo número, que no aparecía en la lista, las llamadas volvían a llegar inmediatamente. Ella debe de haberle dado a Archer el nuevo número cada vez y…

—Ésas no son noticias frescas —dijo Sellers—. Ella y Archer eran como uña y carne. Antes de que terminemos con ella se dará por vencida y lo complicará en el asesinato. Ella no estaba preocupada en lo más mínimo por esas llamadas telefónicas ni por las cartas. Todo era puro teatro para impresionar a Bertha y a usted, y poder contar con una coartada perfecta.

—No lo creo así —le dije—. Yo…

—Bueno, pero yo sí lo creo —respondió Sellers—. Y…, espere un momento. ¿Usted iba siguiendo a Archer?

—Así es.

—¿Y se topó usted con la patrulla policíaca en la avenida Rhoda?

—Más bien ellos se toparon conmigo.

—Luego era Archer el tipo que lo precedía —dijo Sellers—. Archer iba en el auto que pasó por allí para ver si la costa estaba libre.

—No podría jurarlo. Perdí el automóvil que iba siguiendo y entonces…

—No quiera tomarme el pelo —dijo Sellers—. Usted iba siguiendo aquel auto y seguramente no iba a dejar que se le escapara… Vamos, enano, ya ha hablado lo suficiente como para que no le dé la tunda prometida, pero todavía no me ha convencido de nada. Sin embargo, si usted puede testificar con respecto a la hora de esas llamadas y confrontarlas con las registradas en la cinta, me habrá dado algo que estoy necesitando… Vamos, suba.

—¿Adónde vamos a ir? —le pregunté.

—Adivínelo.

—¿A ver a Archer? —dije.

Sellers se limitó a sonreír.

Abrió la puerta del auto y casi me empujó para que entrara; subiendo tras de mí, se sentó a mi lado y cerró la puerta de golpe.

—En marcha —le dijo al conductor.

capítulo trece

FRANK Sellers se comunicó por la radio del auto con la oficina del despachador y por su conducto obtuvo la dirección de Jarvis G. Archer.

El domicilio estaba en un moderno distrito residencial y la casa de Archer era una mansión diseñada para vivir a la moderna. Había grandes cristales, grandes ventanas corredizas y el diseño indicaba que cada pulgada de la casa había sido aprovechada funcionalmente.

Las luces estaban encendidas.

—Venga, enano —dijo—, usted es el que invita a esta fiesta. Y si no logro salir bien, que el cielo lo ayude.

Subimos unos escalones y oprimimos el timbre.

La mujer que abrió la puerta andaría alrededor de los treinta años y era de una belleza arrebatadora. Tenía grandes ojos con largas y rizadas pestañas, hoyuelos en las mejillas y unos labios carnosos que le daban a la boca una expresión sensual.

Estaba ataviada como para pasar la noche en casa, con ajustado pantalón torero de terciopelo negro que acentuaba sus curvas, una blusa de lamé dorado, zapatillas doradas de tacones altos y unos exóticos y largos aretes que le acariciaban la garganta al moverse.

—¿Sí? —preguntó, parada en medio de la puerta, muy compuesta y completamente segura de sí misma.

—Somos de la policía, señora —le dijo Sellers—. Queremos hablar con Jarvis G. Archer. ¿Vive aquí?

—Sí.

—¿Es su casa?

—Sí.

—¿Es usted la señora Archer?

La mujer sonrió haciendo aún más profundos sus hoyuelos.

—Sí, soy la señora Archer.

—Muy bien, pero permítame darle un consejo —dijo Sellers sacándose el cigarro de la boca y usando el extremo húmedo para marcar sus palabras y darles mayor énfasis—. Nunca abra la puerta cuando llamen después de anochecer, quedándose ahí de pie. Mande poner una cadena de seguridad en esa puerta; ábrala teniendo la cadena puesta hasta saber quién es el que llama y qué es lo que quiere. Si es alguien que le dice que se le ha descompuesto el automóvil y que desea usar su teléfono, dígale que le dé el número al que quiere llamar y sea usted misma la que haga la llamada, cerrando la puerta tras de sí y dejándole frente a ella hasta que haya hecho usted la llamada.

La señora Archer rió de buena gana y dijo:

—Supongo que no debería ser tan temeraria, ¿no es esa la palabra?, y que no debería ser tan poco aprensiva. Pero sírvanse pasar. ¿Dice usted que son de la policía?

—Éstas son mis credenciales —dijo Sellers abriendo la cartera de piel que sacó del bolsillo—. Soy el sargento Frank Sellers. Y éste es el señor Donald Lam, detective privado.

—Por aquí, por favor —dijo la señora Archer.

Nos condujo a través de un pequeño vestíbulo de recibir y pasamos a una sala amueblada muy bien, con televisión, con un aparato de alta fidelidad, sillas muy cómodas y una mesita para jugar a las cartas, sobre la que estaban dos barajas.

Archer estaba viendo la televisión. Evidentemente no nos había oído entrar.

—Querido —dijo la señora Archer—, estas personas desean verte.

Archer volvió la cabeza con sorpresa, me vio y frunció el ceño ostensiblemente. Luego se puso en pie de un salto, y dijo:

—¡Lam, qué demonios es esto!

Sellers se adelantó, sacó la raída cartera de piel con la estrella de la policía y su tarjeta de identificación.

—La policía —dijo—. Soy el sargento Frank Sellers. Queremos hablar con usted.

—Bueno, pues adelante y diga lo que quiere —dijo Archer irritado—. ¿No podía haber esperado hasta mañana?

—No.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

Sellers miró significativamente a la señora Archer y tosió.

—Hable sin preámbulos —dijo Archer—. Yo no tengo secretos para mi esposa.

—Se trata de un asunto muy personal —dijo Sellers—. Pensamos que tal vez…

—Bueno, pues deje de pensarlo —dijo Archer—. Acabemos de una vez. Estoy viendo un programa que me interesa y hasta donde sé no tengo ninguna información que pudiera ser de valor para la policía en relación con ningún asunto.

—Escuche —le dijo Sellers—. Si se trata de una fanfarronada voy a hacer que la haga buena, pero no vaya después a elevar el grito al cielo cuando yo desembuche todo.

Archer respondió:

—Ya le he dicho que diga lo que quiera.

—Muy bien —dijo Sellers—. Usted contrató al señor Donald Lam y a su socia Bertha Cool para que cuidaran a una muchacha que tenía empleada como secretaria en su oficina.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Usted les dijo que quería que le sirvieran de guardaespaldas, quería que la protegieran.

—Así es.

La señora Archer sonrió a Sellers mostrando sus hoyuelos.

—Sé todo el asunto, sargento —le dijo.

Sellers pareció sorprendido.

—Muy bien —añadió Sellers—; continuaré. Esta muchacha estaba recibiendo amenazas anónimas por correo, cartas formadas con palabras recortadas del periódico y pegadas en un papel. También estaba recibiendo llamadas telefónicas. Algunas personas la llamaban por teléfono y cuando ella descolgaba el audífono y decía «¿Hola?», quienquiera que estuviera al otro extremo de la línea no decía nada sino que solamente permanecía al teléfono respirando agitadamente.

—Okey, okey —dijo Archer—. Usted ya lo sabe y también lo sé yo. ¿Por qué perder tiempo hablando de ello? Dígame por qué está usted aquí.

—Usted les dijo a Lam y a Bertha Cool que pagaría personalmente la cuenta por sus servicios.

—Y ciertamente lo hice —respondió Archer—. Tengo la intención de pasar la cuenta a la compañía, pero lo haré en el momento y en la forma que lo juzgue oportuno, de tal manera que no aparezca que he estado pagándole a una agencia de detectives para proteger a una empleada favorita y evitar que todo el departamento de contabilidad me mire de reojo cuando pase junto a ellos.

»Después de todo, sargento, soy un hombre casado y mi matrimonio es feliz —continuó—. Soy un ejecutivo de la compañía y no tengo que dar cuenta a todos los empleados de lo que hago, ni me importa que murmuren respecto de mis asuntos.

Sellers me miró y era evidente que estaba perplejo.

—Los números del teléfono se cambiaban de tiempo en tiempo —dije—. Y aunque se le daba a la señorita Chelan un número privado que no aparecía en el directorio, eso no parecía tener el más ligero efecto en las llamadas telefónicas. Continuaban llegando igual que antes.

—Exactamente —dijo Archer—. Y para su información, Lam, no me gusta nada la idea de que acepte un trabajo como detective privado y luego vaya a la policía para contarle sus penas.

»Usted fue contratado para que descubriera quién era el que estaba haciendo aquello y hacer que cesara —añadió—. Su agencia no hizo en realidad un trabajo brillante, si es que quiere que le dé mi opinión. De cualquier manera, la señorita Chelan no creyó que ustedes estuvieran haciendo nada de provecho. La estaban obligando a vivir como un pez dorado en una pecera y me pidió que los despidiera, como en efecto lo hice.

—Okey —dije—. Para su información, le diré que yo no fui a la policía, ellos fueron los que se acercaron a mí.

—Eso sí que es cuento —dijo Archer—. ¿Cómo demonios podrían saber nada del asunto y acercársele a usted? Usted es el que fue a verlos.

Sellers dijo:

—Lam le está diciendo la verdad, Archer. Nosotros lo buscamos.

—¿Por qué? —preguntó Archer.

—Deje que él se lo diga —intervino Sellers—. Vamos, enano, ahora usted es el que dirige la fiesta. Empiece su discurso.

—Pues comenzaré por el principio, Archer. Anoche, cuando

usted abandonó el apartamiento de Marilyn Chelan como a las nueve y veinticinco… ¿Correcto?

—Supongo que así sería. No me fijé en la hora —dijo Archer—. Hablé con Marilyn y con Bertha Cool, que estaba allí, le di algunas instrucciones a la señora Cool y traté de animar un poco a Marilyn.

—Y entonces —continué yo— usted se dirigió en su automóvil hacia un coctel bar y conversó con un amigo y se tomó un par de copas.

—Solamente una copa —dijo Archer—. Así que era usted, ¿eh?

—¿Era yo qué?

—El tipo que estaba tratando de seguirme.

—Así es. Y luego entró en una cabina de teléfono e hizo una llamada que terminó a las diez y siete minutos. Luego fue a otra cabina de teléfonos e hizo otra llamada que terminó a las diez y dieciséis minutos. Ahora bien, aquellas llamadas fueron ambas al número privado de Marilyn Chelan que no aparece en el directorio, y cuando ella estuvo en la línea, usted no dijo una sola palabra y tan sólo se limitó a respirar agitadamente.

Archer echó hacia atrás la cabeza y rió ruidosamente.

—¿Quiere negarlo? —le pregunté.

—Diablos, no —dijo—. ¿Por qué habría de negarlo? Estaba poniendo a prueba mi nuevo servicio. Cuando se compra una cinta grabadora, se prueba. Cuando se hace instalar un nuevo teléfono, se llama a un amigo para ver qué tal funciona. Yo había puesto a trabajar una agencia de detectives y pensé que sería bueno ponerlos un poco a prueba para ver cuál era su técnica.

—¿Entonces usted afirma que no es la persona que había estado enviando las cartas por entrega inmediata y haciendo las otras llamadas telefónicas?

—Yo fui el que envió las dos últimas cartas de entrega inmediata —dijo—. Recorté las palabras de un periódico y pegué las palabras yo mismo. Ése fue otro esfuerzo de mi parte por averiguar la eficiencia de ustedes. Compré una pequeña prensa con tipos de hule y compuse la dirección. Y permítaseme decir que nada de lo que ustedes hicieron me impresionó por su brillantez en lo que concierne a su agencia de detectives, aunque debo admitir que la idea de seguirme fue bastante buena… ¿Debo suponer que usted quería ver si se trataba de lo que suele llamarse un trabajo interno?

—Así es —respondí.

—Bueno, pues yo estaba haciendo mis pruebas. Quería averiguar algunas cosas yo mismo. Por lo tanto, muy bien, ambos teníamos ligeras sospechas uno del otro.

—Y entonces —dije— usted se fue en su automóvil dirigiéndose a la avenida Rhoda e hizo el intento de dar vuelta en el 762, pero entonces vio algo que lo hizo cambiar de idea y se alejó de allí rápidamente y luego recurrió a tácticas evasivas para asegurarse de que no lo podían seguir.

Archer me miró con expresión de desnuda sorpresa.

—¿Setecientos sesenta y dos de la avenida Rhoda? ¿De qué demonios está hablando?

—Del lugar adonde fue después de las llamadas telefónicas.

—Pues trate de acertar de nuevo —dijo—. Después de la segunda llamada telefónica, me puse a pensar mucho. Tenía la sensación de que alguien me iba siguiendo y me convencí de ello cuando iba por el bulevar. No dejé de mirar por el espejo retrovisor y finalmente descubrí el automóvil. Por lo tanto, me metí entre un grupo de autos que se habían amontonado, los dejé atrás y pude ver que uno de ellos era un automóvil muy semejante al auto que yo iba manejando, me le adelanté y luego repentinamente di vuelta a la derecha, sin siquiera hacer una señal con la luz direccional y sin meter el freno para nada.

—¿Y después qué hizo? —le pregunté.

—Pues entonces —dijo— di la vuelta en redondo a toda la cuadra y esperé a ver si alguien pasaba. Pensé que tal vez las gentes que estaban ocasionando tanta mortificación a Marilyn tratarían de hacer algo respecto a mí y decidí averiguarlo de una vez por todas.

—Usted solo, en contra de un número indeterminado de personas.

—Así es —dijo—. Yo llevaba conmigo lo que se conoce como un igualador de fuerzas.

—¿Tiene permiso para ello? —preguntó Sellers.

—Claro —respondió Archer—. Yo soy un hombre de negocios y algunas veces llevo encima grandes sumas de dinero, por lo que la policía con todo gusto me extendió un permiso. Encontraron que yo sé manejar una pistola, y cuando el oficial me la dio, me dijo que esperaba que me asaltaran y que yo tuviera las agallas y la

habilidad suficientes para librar a la ciudad de un bandido más.

—¿Usted conoce a una tal Jeanette Latty? —preguntó Sellers.

—Latty…, Latty… —repitió Archer—. He oído ese nombre o lo he leído, pero maldita sea si me acuerdo dónde.

—Yo la conozco —dijo la señora Archer.

—¡Usted la conoce! —exclamó Sellers sorprendido.

—Pues ciertamente que sí. Y creo que tú también la conoces, Jarvis. Una noche te la presenté en un coctel-bar.

—¿Desde cuándo la conoce usted? —preguntó Sellers a la señora Archer.

—Desde hace bastante tiempo. Ella es una vieja amiga —dijo ésta—. Ella trabajó en la misma oficina en que trabajaba yo, mucho antes de que me casara. Y se nos metió la idea de venir a Hollywood para abrirnos camino en las películas, juntamos nuestros recursos y llegamos aquí por autobús.

—¿Y después qué pasó? —preguntó Sellers.

—Bueno, pues por un tiempo nos mantuvimos unidas, pero yo calculé la situación y decidí que se necesitaba algo más que una buena figura, una personalidad y otras cuantas cosas para abrirse las puertas de los estudios con ventaja y por lo tanto empecé a buscar trabajo y así fue como conocí a Jarvis. Durante dos o tres meses nos tratamos y luego nos casamos.

—¿Pero no salían para nada con Jeanette Latty y algún acompañante, usted y su marido, para divertirse?

—¡Cielos, no! Jeanette es… Bueno, es una muchacha encantadora, pero es diferente. Ella…; no quiero decir nada que parezca desleal, pero no puedo decir lo que quiero sin que suene un poco desleal. Ella no es el tipo de mujer que Jarvis prefiriera. De hecho, creo que se sentiría un poco incómodo si ella participara de la reunión.

—¿Cuándo fue la última vez que usted la vio? —preguntó Sellers.

—¿Por qué? ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—Ella vive en la avenida Rhoda —contestó Sellers.

—Así es, allí vive —dijo la señora Archer—. Ahora recuerdo que ésa es su nueva dirección. Ya hace tiempo que vive allí. No la he visto por años, pero es encantadora hablando por teléfono. Nos llamamos con mayor o menor frecuencia. Ella sabe bien que no le

simpatizaría mucho a mi marido y por lo tanto sólo me llama por teléfono.

—¿Y Jeanette no consiguió trabajo? —preguntó Selers.

—No. Jeanette quería triunfar. No quería volver a ser del montón. Por lo tanto, consiguió un trabajo de camarera en los lugares en donde comían los talentos de Hollywood, pero pronto descubrió que camareras guapas las hay por docenas.

»Honradamente creo —continuó—, que se podría tomar a la estrella más destacada del momento, la que se considere como el mejor exponente del atractivo sexual femenino en Hollywood y, poniéndole un uniforme y llevándola a servir mesas en alguno de los restaurantes de Hollywood, nadie se fijaría en ella. Los directores, los productores, los buscadores de talentos, todos se sentarían a su mesa y conversarían de alguna muchacha que ganó un concurso de belleza en Joplin, Missouri, o en Kalamazoo, Michigan, y ninguno se daría por enterado de la muchacha que les estaba sirviendo, como no fuera para regañarla por no mantenerles las tazas llenas de café.

—¿Y qué pasó? —inquirió Sellers.

—Bueno, Jeanette y yo nos separamos. Ella se metió a varias cosas.

—¿A tener citas con hombres? —preguntó Sellers.

—¡Cielos, no! ¡Jeanette no! Pero tuvo la idea de organizar una especie de servicio de anfitrionas y creo que soñaba en entrar al negocio de las agencias de viajes, de giras dirigidas personalmente y cosas por el estilo. Yo no me he mantenido mucho al tanto de lo que hace.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Gran Dios. No sé. Fue hace mucho.

—Realmente, sargento —dijo Archer—, esta inquisición suya está saliéndose de los límites. Me parece que está usted escudriñando innecesariamente la vida íntima de mi esposa y sus antecedentes.

—Pues para su información —contestó Sellers—, su amiga Jeanette Latty fue asesinada anoche entre las diez y las tres de la mañana.

La señora Archer lo miró con ojos muy abiertos por un momento, y luego dijo:

—¡No, ay, no!

—Pues sucede que yo me estoy encargando de los hechos —dijo Sellers—. De ahí mi interés. Ahora, pues, dígame, ¿cuándo fue la última vez que vio usted a Jeanette Latty?

La señora Archer cerró una mano y se llevó los blancos nudillos a la boca, apretándose fuertemente el labio inferior.

Si estaba haciendo teatro, era sin lugar a dudas una magnífica actuación.

—La última vez que la vio usted —insistió Sellers.

—La vi… hace dos o tres noches —dijo con voz débil—. Me la encontré accidentalmente y tomamos una copa juntas.

—¿Ésa fue la última vez que la vio?

—Sí.

—¿Dónde estuvo usted anoche?

—En casa.

—¿Hay alguna manera de que lo pruebe?

—Depende de la parte de la noche de la que usted esté hablando. Mi esposo estuvo fuera hasta bastante tarde, y después de que una mujer se casa, es su marido virtualmente la única persona a quien ella puede recurrir para decir dónde ha pasado las primeras horas de la noche y también las restantes.

—¿A qué hora llegó usted a casa? —le preguntó Sellers a Archer.

—Fue después de medianoche. No vi mi reloj.

—¿Dónde estaba su esposa?

—En su cama, dormida.

—¿Le preguntó usted dónde había estado? —inquirió Sellers dirigiéndose a la señora Archer.

—No. Yo nunca le pregunto dónde ha estado. Jamás le pido que me dé cuenta de cómo emplea su tiempo ni de sus amistades.

—¿Suele estar ausente mucho tiempo? —preguntó Sellers.

—Por supuesto. Tiene clientes a quienes agasajar, y cuando los está agasajando, sargento, doy por supuesto que hay convivialidad y que habrá mujeres en la reunión. Simplemente yo jamás hago preguntas.

—¿Quiere usted decir que no le importa?

—Yo creo que el matrimonio es lo que una quiere que sea. Toda esposa continúa en competencia con todas las mujeres del mundo. En cualquier momento en que yo no pueda dar a mi esposo más de

lo que cualquiera otra mujer pueda ofrecerle, debo esperar perderlo. Eso no quiere decir que él no busque a su alrededor y pruebe la mercancía. Y tampoco quiere decir que vaya a ocultar sus habilidades de buen comerciante cuando una chica bien parecida se le acerca y se le insinúa.

»Pero hay cosas que no me agradan de la vida de negocios de mi marido —agregó—. Como el verse expuesto a las tentaciones y a tener que agasajar a sus clientes, pero eso es parte de su vida, es parte de su carrera. Yo me acomodo a la situación. No hago preguntas y no tengo especial interés en que usted las haga en mi presencia. Por lo tanto, si usted va a seguir interrogándole al respecto, abandonaré la sala, siempre y cuando, desde luego, haya usted terminado conmigo.

Sellers estaba pensativo.

—Supongo que he terminado con ambos. Lamento haber tenido que llegar ante ustedes de improviso, pero después de todo estamos investigando un asesinato. Y el hecho de que su marido haya empleado una agencia privada de detectives para tratar de descubrir quién ha venido amenazando a su secretaria…

—Eso no tiene nada que ver con el caso que están ustedes investigando —interpoló Archer.

—Probablemente no —dijo Sellers.

—¿En dónde está Marilyn ahora? —preguntó Archer.

—No puedo decírselo en este momento —respondió Sellers—. La interrogamos al principiar la noche y tal vez tengamos que volver a hacerlo.

—Bueno, pero yo desearía verla —dijo Archer—. No me agrada la idea de que se dé publicidad alguna a lo que yo hice. Cuento con usted, sargento, para que mi nombre no se vea ligado a ninguna publicidad, especialmente aquella que pudiera involucrar a la compañía en que trabajo. Eso ocasionaría muy graves repercusiones, muy graves repercusiones ciertamente, sargento… Creo que usted verá la conveniencia de tomar en consideración mis deseos. Tengo amigos muy poderosos.

—Por ahora sólo estoy haciendo algunas preguntas —dijo Sellers —. Habrá notado que no traigo conmigo ningún reportero y que he llegado a su casa para hacer esas preguntas en lugar de pedirle que fuera a la jefatura, donde posiblemente pudiera haber algunos

reporteros que anotarían el número de las placas de su automóvil y le harían preguntas respecto a qué está pasando. Ahora bien, quisiera usar su teléfono antes de irme.

—Por aquí, por favor —dijo la señora Archer, conduciéndolo a una pequeña mesilla de teléfono que había en el vestíbulo.

—¿Puedo comunicarme hacia afuera por este aparato? —preguntó.

—Sí, está conectado.

Sellers marcó un número, y dijo:

—Hola, habla Frank Sellers. Déjeme hablar con el departamento de claves, por favor.

Un momento después, dijo:

—Habla Sellers. ¿Qué han descubierto?

Hubo un silencio y en seguida continuó:

—Léamelas, ¿quiere?

Sellers sacó un cuadernillo de notas del bolsillo y comenzó a hacer apuntes.

Pasaron dos o tres minutos incómodos y finalmente Archer dijo:

—Tal vez juzgué mal la situación después de todo, Lam. Espero poder confiar en su discreción.

—Siempre tratamos de ser discretos —le dije—. Pero en un caso de esta naturaleza no podemos dar información falsa a la policía ni podemos retener información que pudiera llevar a la solución de un asesinato.

La señora Archer dijo:

—Bueno, quienquiera que haya sido el que asesinó a la pobre de Jeanette, espero que lo pesquen y le hagan pagar por ello. ¿Dónde está Marilyn ahora, Jarvis? —preguntó, volviéndose hacia su marido.

—No lo sé —respondió éste.

—No necesitas tener reservas conmigo, Jarvis. Tú lo sabes.

—Lo sé, Dawn querida, pero estoy diciendo la verdad. Ella no se ha comunicado conmigo. Tengo la esperanza de que me llame pronto; quiero saber dónde está y tengo que hacer algún arreglo con la compañía. No puedo continuar dándole licencia indefinida por enfermedad.

Sellers terminó su conversación telefónica, regresó y dijo:

—Bien, muchas gracias. Siento mucho haberles molestado, pero

quería aclarar esta situación. Vamos, Lam, vámonos.

—¿No hay nada que podamos hacer? ¿Ninguna información adicional? —preguntó Archer.

—Eso depende —dijo Sellers mirándolo estrechamente—. Si usted tiene alguna información adicional, claro que me la puede dar.

—No tengo ninguna.

—¿Ya me ha dicho todo lo que sabe?

—Sí.

—¿Y usted? —le preguntó a la señora Archer.

Ella se limitó a mover la cabeza.

—Pues no hay más información que podamos obtener aquí —dijo Sellers sonriendo amigablemente—. Muchas gracias por todo.

Archer nos acompañó hasta la puerta.

—No hay resquemores, ¿verdad? —inquirió.

—Por supuesto que no —convino Sellers.

Archer me miró, y dijo:

—No queda ningún resentimiento, Lam.

—Ninguno —le respondí.

Nos metimos al auto de la policía y le dije a Sellers:

—Ciertamente se escapó usted hábilmente de meter la pata.

Sellers arrojó la colilla mojada del puro por la ventanilla, escupió explosivamente y dijo:

—Maldita sea, Lam; me metió usted en un nido de avispas.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—¡Que qué quiero decir! —explotó Sellers—. Que estamos dando en el nervio y no podemos dejarlos que se enteren.

—¿Cree que Archer la haya matado? —pregunté.

—Probablemente su mujer —dijo Sellers—. ¡Por los pelos de Satanás! ¿No se da cuenta de todo el cuadro?

—Será que soy un poco tonto —le dije.

—Como siempre —respondió Sellers y guardó silencio por un momento.

—¿Adónde vamos? —preguntó el conductor.

—A llevar a Lam. Lo dejaremos por ahí —dijo Sellers.

Por un rato viajamos en silencio y luego Sellers dijo:

—Ahora bien, enano. Tengo que decirle esto porque no quiero que usted eche a perder las cosas. Dawn Archer era una de las

chicas acompañantes de Jeanette Latty.

—¿Está seguro?

—Naturalmente que estoy seguro. Tenemos un cuaderno de notas que encontramos en el tocador de Jeanette Latty, que contiene una serie de números. No podíamos descifrar lo que significaban esos números y, por lo tanto, los pasamos al departamento de claves. El departamento ensayó diversas combinaciones y finalmente encontraron la solución.

—¿Qué solución?

—Que eran números de teléfonos.

—¿Y no podían saberlo sin tener que pasarlos al departamento de claves?

—Diablos, no —dijo Sellers—. En primer lugar, ella había escrito los números hacia atrás; luego había puesto dos números ciegos adelante y dos atrás, de modo que los siete números de en medio eran los únicos que contaban. Había columnas de once números. Allí fue donde el departamento de claves empezó a vislumbrar la solución. Encontraron que todos los números tenían 11 cifras y que el séptimo, octavo y noveno números tenían cierta similitud y por eso el departamento de claves pensó que pudieran tener cierta relación. Empezaron a experimentar y finalmente decidieron que podrían ser números de teléfonos que habían sido escritos con dos números para despistar antes y después de los números efectivos. Lo probaron y dio resultado.

»Ahora bien, el número de Dawn Archer estaba entre esos números —añadió—. Cuando yo estaba telefoneando anoté el número de su teléfono y coincidía con uno de los de la libreta.

—La señora Archer nos dijo que Jeanette Latty le telefoneaba de vez en cuando —le hice notar.

—Muy cierto —observó Sellers secamente.

—La señora Archer no podía correr el riesgo de verse atrapada en esa forma —añadí.

—Correcto —dijo Sellers—. Ella no podía correr el riesgo de verse atrapada. Probablemente asistía a reuniones de tipo especial.

—¿Por qué? Es obvio que no necesitaba el dinero.

—No necesitaba el dinero —respondió Sellers—, pero necesitaba las emociones, necesitaba la compañía. Las mujeres hacen cosas extrañas cuando comienzan a sentirse frustradas.

—¿Usted cree que comenzaba a sentirse frustrada?

—¡Qué demonios! —dijo Sellers—. Abra los ojos y las orejas. Tenemos a un Archer que permanece mucho tiempo alejado de su hogar, divirtiéndose, y su esposa mostrándose muy liberal y comprensiva y diciéndole que no tenía por qué darle cuenta de lo que hacía ni de cómo empleaba su tiempo, y sin turbarse lo más mínimo cuando supo que él estaba contratando detectives para proteger a su guapa secretaria de unas misteriosas llamadas telefónicas… ¡Qué diablos!

—¿Y ahora qué va usted a hacer? —pregunté.

—Lo que vayamos a hacer —respondió Sellers— no tiene relación con lo que usted haga.

—Muy bien. ¿Entonces qué voy a hacer? —pregunté.

—Nada —respondió.

—Y respecto a Hermann Oakley, el chófer del taxi, ¿cree usted que pudiera estar equivocado?

—Tenga la seguridad de que creo que pudiera estar equivocado —dijo Sellers—. Para su información, le diré que tenemos dos o tres cosillas contra Oakley y él está tratando de ganarse el favor del departamento. Pensó que necesitábamos que identificara a Marilyn Chelan y por lo tanto lo hizo plenamente. Pero ahora no estoy muy seguro. Voy a tener una conversación confidencial con él para ver qué pasa.

—¿Y respecto a Marilyn Chelan?

—La vamos a dejar ir y trataremos de mantenerla fuera de las candilejas lo más posible —dijo Sellers—. Creo que podremos aprovecharla antes de que terminemos.

—¿Qué le digo?

—No le diga nada —respondió. Después de un momento, añadió —: ¿Por qué sigue pegado a ella? Usted ya hizo su trabajo, le pagaron por hacerlo y eso es todo. No puedo echarle en cara que trate de buscar algún provecho adicional, pero en este momento eso es como patinar sobre hielo muy delgado.

—Yo no estaba tratando de obtener ningún provecho —dije—. Simplemente estaba tratando de hacer el trabajo que nos encomendaron.

—Pero si ya lo despidieron.

—Sí, antes de que quedara terminado el trabajo —contesté—. Yo

todavía tenía tiempo que dedicarle.

—Pues ese tiempo ya se ha terminado —dijo Sellers—. Limítese a sacar la nariz de este asunto y no me presione.

—Muy bien —dije—. Esta criatura es obra de usted, pero creo que está creciendo demasiado aprisa.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que no estoy enteramente convencido.

—Diablos, yo no estoy tratando de convencerlo —dijo Sellers—. Solamente estoy tratando de que se retire de esto y me deje que yo lo conduzca como quiera.

El chófer se acercó al lugar en que les había dicho que tenía estacionado el auto de la agencia.

—¿Aquí está bien? —preguntó.

—Aquí está bien —dijo Sellers—. Ahora, salga y siga su camino, enano, y no vaya a decir nada de esto.

capítulo catorce

Esperé hasta que el automóvil de policía dobló la esquina y luego eché a andar el mío, dirigiéndome a Santa Ana.

La casa de los Gillett era una verdadera mansión. Había varios automóviles estacionados alrededor de ella.

Presioné el timbre y una doncella abrió la puerta.

—Lamento mucho tener que molestarla —le dije—, pero tengo que ver a la señora Gillett sobre un asunto de la más grande importancia.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre no tendría ninguna significación para ella, pero sí puede decirle que el asunto que traigo tiene que ver con las vacaciones que ella y su marido iban a tomarse; creo que ella entenderá.

—Espere un momento —dijo la doncella, cerrando la puerta y dejándome afuera mientras se adentraba en la casa.

Momentos después se abrió la puerta y un individuo grande, de ojos acerados y espesas cejas, tomó el asunto en sus manos.

—Muy bien —dijo—. ¿De qué se trata?

—¿Puedo preguntarle quién es usted?

—Soy un amigo de la familia y soy ahora el que hace las preguntas. ¿Quién es usted?

—Tengo un mensaje para la señora Gillett —le dije.

—Usted debe saber que ella no puede ver a nadie —dijo aquel hombre.

—Sería mucho mejor si ella pudiera verme —insistí—. Únicamente dígale que mi asunto tiene que ver con las vacaciones que ella y su marido iban a tomarse y que estoy tratando de ahorrarle dinero, notoriedad y gran angustia mental.

—Deme su nombre —dijo.

—Le daré mi nombre si me promete guardarlo en secreto —le respondí.

—Pues no le puedo prometer nada —contestó.

—¿Es usted amigo de la familia? —inquirí.

—Sí.

Le di una de mis tarjetas y le dije:

—Me llamo Donald Lam. Soy detective privado y estoy haciendo esto por mi cuenta. Estoy tratando de ayudar, no de estorbar. Pero a menos que se haga algo dentro de las próximas veinticuatro horas, será muy tarde.

—¿Muy tarde para qué?

—Muy tarde para tomar un antídoto contra el veneno —dije.

—¿Qué veneno?

—El que se está viendo la señora Gillett obligada a tomar.

—Habla usted en círculos —dijo.

—Un círculo tiene una característica distintiva. La de que todas sus partes son equidistantes al centro.

—Pase —me invitó.

Me introdujo a la silenciosa casa y me hizo pasar a una sala.

—Siéntese aquí —me dijo.

Salió de la sala y regresó como a los dos minutos.

—Venga conmigo —dijo.

Me mostró el camino hasta una *suite* en el piso superior. Había un salón de descanso dotado de confortables sillones, un escritorio, un teléfono y una puerta que aparentemente conducía a las recamaras.

—Siéntese, señor Lam —me dijo.

Unos cuantos momentos después, la puerta que llevaba a los dormitorios se abrió y una atractiva mujer, llena de dignidad, entró en la sala.

Llevaba puesto un saco de casa y zapatillas. Su rostro carecía de expresión, como si hubiera sido esculpido en piedra.

El hombre dijo:

—Soy Norman Clinton, amigo de la familia. Ésta es la señora Gillett. Ahora bien, usted ha hablado en criptogramas respecto a los círculos. Ahora yo le voy a pedir que vaya directamente al centro.

—Quisiera ver a la señora Gillett a solas.

—No puede ser —dijo—. Cualquier asunto que tenga con ella lo

comparto yo. Para su información, le diré que soy el albacea nombrado en el testamento de Baxter Gillett.

Yo miré a la señora.

—¿Ha pagado usted ya algún dinero por chantaje? —pregunté.

Su rostro permaneció completamente inexpresivo.

Clinton frunció el ceño, y dijo:

—Vaya, ése es exactamente el tipo de gambito que yo temía que fuera usted a emplear. Supongo que querrá que le demos trabajo a su agencia de detectives. Bueno, pues puedo decirle aquí y en este momento que no tiene suerte y que lamento haber molestado a la señora Gillett basándome en sus un tanto crípticas palabras.

—Pues si no ha pagado por ahora ningún dinero por chantaje, lo va a tener que hacer, a menos que haga ciertas cosas —dije.

—¿Qué cosas? —preguntó Clinton.

—Pues decir la verdad o arreglar las cosas de modo que nunca se descubra la verdad —dije.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Este asunto de las vacaciones es completamente, totalmente, absolutamente incongruente —expliqué—. Cuando la gente sale de vacaciones, empaca un montón de maletas, carga el automóvil con palos de golf, aparejos de pescar o de cualquier cosa que sea su diversión favorita. Sale en la mañana temprano y conduce su automóvil…

—Éstas eran unas vacaciones diferentes —dijo Clinton—. Baxter Gillett era un hombre muy ocupado. Se vio retenido hasta el momento en que cerró la bolsa de valores; luego tuvo que atender algún asunto y, por lo tanto, no pudo salir antes de que se hiciera de noche.

—Magnífico, ésa es su historia y ustedes quieren apegarse a ella. Eso está bien. Pero si no han pagado por chantaje todavía, se verán obligados a pagarlo más adelante.

»Baxter Gillett estaba pasando la noche en la ciudad. Estaba en un motel con una mujer. Sufrió un ataque al corazón y murió —agregué—. La mujer se escabulló, pero fue lo suficientemente íntegra como para telefonear a la familia y decirles lo que realmente había pasado. Ustedes tuvieron un rápido cambio de impresiones y decidieron que la familia no podía aceptar aquella clase de escándalo, especialmente por vivir en una comunidad tan

pequeña como Santa Ana y tomando en consideración el temperamento y los antecedentes de las personas con quienes Baxter Gillett se había asociado durante su vida. Por lo tanto, un amigo de la familia, probablemente usted, entró en acción rápidamente haciendo que la señora Gillett fuera al motel e informara de la muerte de su marido a la mañana siguiente.

Clinton se levantó de su silla, y dijo:

—Debería aplastarle la cara por esa mentalidad tan podrida que tiene.

—Espera un momento, Norman —dijo la señora Gillett, hablando por primera vez; se volvió hacia mí, y preguntó—: ¿Qué le hace pensar que todo esto sea cierto?

—Porque creo que su marido conocía a una mujer llamada Jeanette Latty, que administraba un mal llamado servicio de acompañantes que proporcionaba muchachas para hombres de negocios de fuera de la ciudad que querían divertirse.

»Para su información —continué—, Jeanette Latty fue asesinada anoche entre las diez de la noche y las tres de la madrugada. Si comienza a pagar por chantaje, nunca dejará de pagarlo. Si la están chantajeando o si alguien lo intenta, sólo hay una manera de resolverlo.

—¿De qué manera? —preguntó Clinton.

—Dejando atados de pies y manos a los chantajistas.

—¿Y cómo puede hacerse eso?

—Hay varias maneras.

—Fuera de acudir a la policía, no conozco ninguna —dijo Clinton.

—Tal vez usted no, pero yo sí —dije.

—¿Cómo sé que no es usted el que está tratando o ha estado tratando de chantajear?

—Desde luego no puede saberlo, pero yo he venido aquí abiertamente, le he dado mi nombre y he puesto en juego mi reputación y mi licencia de detective.

—¿Por qué ha venido?

—Porque admiro el valor, porque quiero ayudar y porque creo que la única manera que tengo de evitar que un inocente sea dolosamente inculpado del asesinato de Jeanette Latty es logrando su ayuda.

—Y a cambio de nuestra ayuda, ¿qué puede usted darnos?

—Mi propia ayuda.

—Eso es algo muy dudoso —dijo.

—Muy bien —respondí—. Pero no podía dejar de hacerles mi ofrecimiento.

Me levanté, preparándome para marcharme.

Clinton cambió una mirada con la señora Gillett.

—Siéntese un momento.

Lo dijo con el tono de voz de quien está acostumbrado a dar órdenes y espera que se le obedezca.

Me senté sin decir palabra.

Clinton añadió:

—Espere aquí.

Hizo una inclinación de cabeza a la señora Gillett y ambos salieron por la puerta hacia la recamara. Estuvieron allí como diez minutos y luego regresaron. Clinton dijo:

—Tuve que hacer averiguaciones respecto a usted. La policía dice que usted es honrado, pero audaz y no muy apegado a los métodos convencionales y que algunas veces se ve metido en aprietos.

—Es evidente que usted tiene buenas conexiones.

—Así es —respondió Clinton secamente.

Miró a la señora Gillett y ésta dijo:

—Señor Lam, voy a poner las cartas sobre la mesa y voy a confiar en usted. El paso que voy a dar es resultado de mi propia decisión, basada en la impresión que usted me ha causado… Llámelo, si quiere, intuición de mujer.

Yo me limité a asentir con la cabeza.

—Y —añadió— permítame decirle que lo hago en contra de la opinión de Norman Clinton, que cree que yo debiera esperar, antes de hacer nada. Pero algo me da la sensación de que usted es un hombre honrado y que juega limpio. No sé cuáles serán sus motivos, pero no creo que se aproxime a mí en esta forma para luego traicionar mis intereses.

—Yo estoy tratando de obtener datos de ciertos hechos —dije.

—Muy bien —respondió la señora—, le referiré los hechos en síntesis. Mi marido y yo tenemos dos hijos. Uno es un joven de diecinueve años y la otra es una muchacha de diecisiete. Dada la

situación de mi marido en la comunidad, nuestros hijos tienen cierta posición social. Es inconcebible inmiscuir a nuestros hijos en un escándalo en estos momentos. La joven en particular, está dando sus primeros pasos en una vida social que naturalmente tiene gran importancia para ella.

»Desde hace mucho yo tenía conocimiento de que mi marido no era ningún santo —añadió—. Dudo que muchos maridos lo sean. Sé que hacía viajes de negocios y tengo razones para sospechar que en algunos de esos viajes se dejaba arrastrar por diversiones extramaritales.

»No pienso que lo hiciera porque me quisiera menos o no amara a su familia, sino simplemente porque era un hombre fuerte y viril que gozaba disfrutando de la vida cuando estaba ausente del hogar, cuando él y sus amigos se veían arrastrados, por decirlo así, por una ola de despreocupación en la que lo principal era divertirse.

»En esas circunstancias, cuando un hombre viril y bien parecido se encuentra con una chica que por razones propias está dispuesta a sometérsele y lo anima con palabras y gestos que halagan su ego masculino, creo que el resultado es más o menos inevitable.

»Probablemente ésta sea una manera no muy convencional de expresarse para una esposa y hasta chocante en una viuda, pero quiero que usted sepa los hechos.

Yo moví una vez más la cabeza.

—En la noche del día cuatro —continuó la señora Gillett—, a las once y quince recibí un telefonema. La persona que llamaba era una mujer, simplemente una voz femenina Era una voz bastante seductora, no particularmente ruda o gruesa, pero bastante eficiente y práctica, dadas las circunstancias.

»Aquella mujer me preguntó si yo era la señora de
Baxter C
. Gillett y yo le dije que sí. Luego dijo:

»“Escuche con cuidado porque no puedo repetirlo. Estoy en el motel Skyview de Santa Mónica. Llegué aquí con su marido hará una media hora. Con gran sorpresa mía, su marido dio su verdadero nombre en el registro de huéspedes, probablemente porque iba manejando su propio automóvil y el hombre que administra el motel insistió en ver el número de la licencia y anotarlo. Nos tomamos unas copas y luego nos fuimos a la cama. Su marido sufrió

un ataque cardíaco y ha muerto. He escuchado cuidadosamente para ver si le latía el corazón y le he tomado el pulso; está muerto, no me cabe duda. Yo me voy a ir de aquí para evitarme líos. Se lo aviso para que haga lo que sea necesario para proteger su buen nombre y el de la familia. Comprendo, por lo que sé de su marido, que ustedes tienen una posición social que deben cuidar y puede usted contar con mi discreción si quiere hacer algo para protegerse. La alcoba del motel donde está es la número catorce. Voy a salir y a dejar cerrada la puerta, pero dejaré la llave bajo la alfombra que hay a la entrada. La puede encontrar allí en caso de que quiera hacer algo antes de que sean notificadas las autoridades". Y terminando de decir eso la mujer colgó.

—¿Y qué hizo usted? —pregunté.

—Llamé a Norman Clinton y le conté toda la historia —respondió—. Él decidió que lo mejor que podríamos hacer era investigar si era cierta y, en caso afirmativo, que diéramos los pasos necesarios para proteger el buen nombre de la familia. Por lo tanto, empacamos unas maletas como si fuéramos a salir de vacaciones. Norman me llevó en su automóvil al motel, encontré la llave debajo de la alfombra y entramos a la cabaña. Mi esposo estaba allí, acostado en la cama, desnudo y muerto.

—Siga —dije.

—Comprendí que tenía una doble responsabilidad, como esposa y madre. Estaba obligada a hacer algo, por lo que pasé allí la noche y en la mañana me puse un pijama y una bata y frenéticamente llamé a la oficina del motel, pidiendo un doctor.

»El gerente del motel llegó a ver qué pasaba y afortunadamente dio crédito a lo que le conté. Aparentemente mi marido había firmado el registro y el gerente no había tenido ninguna razón particular para fijarse en su acompañante.

»Le dije que íbamos de vacaciones —continuó—, habiendo salido en la noche para no vernos detenidos por emergencias matutinas o llamadas telefónicas y que como yo había estado bastante nerviosa por los problemas de empacar las cosas y la salida, me había tomado una pastilla y me había dormido pesadamente hasta las siete de la mañana… Se llamó a un doctor y declaró que mi marido estaba muerto. Se dio aviso a la oficina del médico forense, quien, después de oír mi historia, decidió que no

había necesidad de investigación y que la muerte había ocurrido indudablemente por causa de un ataque cardíaco. Regresé luego a casa y seguí la comedia.

»Ayer por la mañana recibí la misteriosa llamada telefónica de una mujer. No tengo idea de quién podría ser. Sin embargo, estoy bastante segura de que no era la misma que me llamó para decirme que mi esposo estaba muerto. Aquella mujer tenía una voz grave, bastante agradable. La que me llamó ayer por la mañana tenía una voz cortante, formal y directa. Una voz un tanto áspera. Me dijo: "Siento tener que hacer esto, pero no me queda otra alternativa. Estoy necesitando desesperadamente quinientos dólares en efectivo. Estoy enterada de los verdaderos hechos en relación con la muerte de su marido. Sé quién es la mujer involucrada en el caso y a menos que reciba quinientos dólares en efectivo antes de las dos de la tarde de hoy, tendré que conseguir el dinero que necesito contando lo que sé a los periódicos. Puedo conseguir cuando menos el doble de esa cantidad vendiéndole mi historia a un periodista que conozco, al que le encantaría publicar la noticia con grandes titulares de escándalo".

»La mujer siguió diciéndome que debería oírla atentamente porque no iba a volver a llamarme —prosiguió la señora Gillett—. Que yo tenía que llevar los quinientos dólares en un sobre sencillo, en mi automóvil, hasta cierto cruce del camino, dar vuelta a la izquierda y que, exactamente a cuatrocientos metros de la intersección, encontraría una huerta de naranjos y un buzón de correo al lado del camino. Que debería dejar el sobre con el dinero encima del buzón y retirarme de allí sin volver la cabeza. Agregó que si cumplía con sus instrucciones, ella respondería a mi confianza y que los quinientos dólares eran todo lo que necesitaba para salir de apuros, que sentía mucho tener que hacerlo, pero que estaba desesperada y que si no recibía los quinientos dólares sería para ella una gran tragedia personal. Luego colgó.

—¿Usted consiguió los quinientos dólares e hizo lo que le pedía? —pregunté.

—Sí.

—¿No hizo usted ningún intento de descubrir quién era la mujer ni cuándo tomó el dinero?

—No. Ella me advirtió que cualquier intento de hacerlo daría

por resultado la publicidad que precisamente yo trataba de evitar. Me hizo notar que si lograba ser más lista que ella y la arrestaban, acusándola de extorsión, su misma detención tendría por consecuencia la publicidad que yo no quería.

La señora Gillett dejó de hablar y miró a Clinton, como si pidiera su aprobación a la forma en que había puesto las cartas sobre la mesa. Pero Clinton, pensativo, miraba fijamente la alfombra.

—Muy bien —dije—. Ésa será su primera tajada.

—¿Cree usted que habrá otras?

—Por supuesto que las habrá —dije—. Esa primera tajada fue simplemente con el objeto de ablandarla a usted. Probablemente seguirá pidiendo abonos de quinientos dólares por algún tiempo y luego aumentará su exigencia. Entonces le dirán a usted que necesitan un gran pago para poder adquirir un negocio que los haga independientes y abandonar todo este chantaje que les es tan desagradable como a usted misma… Una vez que estas cosas comienzan, no terminan nunca.

—Yo había previsto que algo como eso iba a suceder —dijo la señora Gillett—, pero también creía que con el paso del tiempo le seríaa difícil a esta mujer tener un garrote que esgrimir en contra mía. La historia dejaría ya de tener actualidad y no habría pruebas que presentar.

—Hay otra cosa más —dije—. Tengo entendido que su esposo tenía grandes intereses económicos.

—Sí, bastantes.

—¿Era un financiero?

—Sí.

—¿Tenía acciones de la Molybdenum Steel Research Importing Company?

Fue Clinton el que respondió a mi pregunta.

—Creo que él contaba con la mayoría de las acciones de la compañía. Estaba empeñado en una lucha por obtener el control de la misma. ¿Qué sabe usted de eso? Dígame…

—No mucho —dije—. ¿Tenía intereses en bienes raíces? ¿En financiamiento de lotizaciones?

—Muchos —dijo Clinton.

—¿Conoce usted a un hombre llamado George Littleton Dix?

Clinton pensó por un momento y luego sacudió la cabeza negativamente.

—¿Y a un tal Jarvis G. Archer?

—Nunca he oído hablar de él.

Me puse de pie y dije, dirigiéndome a la señora Gillett:

—Le agradezco mucho su confianza. Voy a tratar de que no se arrepienta de haber confiado en mí.

—¿Pero qué hago? —preguntó ella—. ¿Qué hago si siguen pidiéndome dinero?

—Póngase inmediatamente en contacto conmigo. No hable con nadie de mi oficina que no sea yo. Aquí tiene una de mis tarjetas.

La señora tomó mi tarjeta; le di otra a Clinton.

—¿Habló usted largamente con el gerente del motel? —pregunté.

Ella sacudió la cabeza.

—Evité hablar con él lo más que pude —dijo—. Él dio por hecho que yo era la mujer que había llegado con Baxter y yo quería que la situación siguiera sobre esas bases.

—Okey —dije—. Veré qué es lo que puedo hacer para ayudarla.

—¿Cuánto cobra usted? —preguntó Clinton—. ¿Qué arreglo podemos hacer con usted en un caso de esta naturaleza?

—Todavía ninguno —le dije—. Estoy trabajando por mi cuenta ahora. Estoy interesado en el caso por ciertas actividades en relación con otro cliente.

—¿Habría algún conflicto de intereses? —quiso saber Clinton—. ¿Algo que le prohíba representamos?

—Ningún conflicto de intereses —le respondí—. En el otro caso me despidieron, pero no me gusta andar mendigando negocios. Simplemente sigo empeñado en este asunto para satisfacer mi propia curiosidad, si no tienen ustedes inconveniente.

—Si necesita usted dinero para gastos, podríamos…

—En caso de que llegara a necesitar algo se lo haré saber —le dije—. Pero en estos momentos estoy dando la fiesta por mi cuenta.

capítulo quince

CUANDO me dirigí a mi apartamiento en el automóvil de la agencia y lo estacioné frente a la casa, había allí un auto de la policía esperando.

Uno de los policías salió y se acercó a mí.

—¿Lam? —preguntó.

—Soy yo.

—El sargento Sellers quiere verlo.

—Ya lo he visto.

—Pues quiere verlo de nuevo.

—Tengo algunas cosas que hacer y…

—Eche a andar su auto y síganos.

Regresé al automóvil de la agencia.

El policía que estaba al volante de la patrulla echó a andar el motor. El otro cogió el micrófono y le avisó al despachador que Lam estaba en camino.

—Síganos y no trate de hacer nada —dijo el oficial.

Yo los seguí.

Fuimos hacia la avenida Rhoda. Como a dos terceras partes del camino, otro automóvil de la policía se nos unió. Había dos oficiales en el asiento delantero y el sargento Sellers iba en el asiento de atrás.

Me hicieron señas de que me acercara a la acera.

Sellers salió de su auto y subió al mío sentándose junto a mí.

—Continúe manejando —dijo—. Siga al auto de la policía que va adelante.

—¿Qué idea fenomenal trae usted ahora? —pregunté.

—Su propia idea tratando de hacerme creer que Archer está mezclado en este asunto —dijo.

—¿Fue idea mía?

—Usted sabe perfectamente bien que la idea fue suya y apesta a la legua.

—¿Por qué apesta?

—Archer es amigo íntimo de uno de los miembros del consejo de la policía. Y vaya si me jalaron las orejas. No solamente por hacer preguntas de tipo personal, sino por llevarlo a usted en una investigación oficial.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Nada de que vamos a hacer, maldita sea. Yo soy el que va a hacer las cosas ahora.

—¿Pero qué?

—Hemos vuelto a charlar con ese chófer de taxi —dijo Sellers—. Nos dijo muchas cosas que había estado tratando de ocultarnos.

—¿Cosas que se le ocurrieron sin más? —pregunté.

—Algunas cosas que no le van a gustar a usted —dijo Sellers—. Él vio el automóvil de su agencia estacionado por allí. Dice que usted estaba haciéndole señales a Marilyn Chelan. Cree que usted la recogió y la llevó a su casa en el auto.

—Está loco —dije—. ¿Por qué no esperó?

—¿Esperar qué cosa?

—A Marilyn o quienquiera que fuera su pasajero.

—Porque ella lo despistó completamente. Tengo que admitir que no me simpatiza nada ese tipo. Trató de retener información y eso no me agrada, pero ahora está completamente domado. Jeanette Latty trataba siempre que todas sus chicas usaran su taxi. Él tenía bien fundadas sospechas de lo que estaba pasando. Trató de hacerse el inocente cuando identificó a Marilyn la primera vez. Todo esto se lo sacamos casi a la fuerza, pero ahora sí está diciéndonos la verdad.

—¿Por segunda vez, eh? —pregunté.

—Siga manejando —dijo Sellers—. Yo seré el que piense.

Viajamos un rato en silencio y luego Sellers dijo:

—Usted me contó que se había metido en la calzada de una casa, se ocultó allí unos minutos y luego salió, tratando de huir, pero tropezó con la patrulla de la policía.

—Así fue.

—¿En qué sitio se ocultó?

—La primera vez fue en la entrada de una casa, aunque no sé si

puedo darle la dirección. Probablemente reconocería el lugar si llegáramos a él.

—No se preocupe, ya llegaremos a él —dijo Sellers. Luego añadió—: ¿Lo vio alguien cuando estaba allí?

—Cuando me escondí en aquella calzada, un hombre salió de la casa y yo simulé que andaba buscando a una persona. Él entró en sospechas y me alejé de allí, estacionándome calle abajo.

—¿A qué distancia de la casa de Jeanette Latty?

—Como a unas seis cuadras, creo.

—¿No fue en la boca de algún callejón desde donde podía ver la casa de Latty?

—Caray, no.

—Dé vuelta aquí —ordenó Sellers.

Dimos vuelta y entramos a la avenida Rhoda.

—Ahora, muéstreme en qué lugar se escondió cuando estacionó el auto —dijo Sellers.

Di vuelta a la derecha, fuera de la avenida Rhoda, me metí por una calle transversal y dije:

—No estoy muy seguro, pero creo que fue en esta calle, como a la mitad… Ahí está el lugar, precisamente en esa entrada.

—¿Es ése el lugar del que lo echaron?

—Así es.

—¿Y de ahí adónde fue?

—Déjeme ver —dije—. Caminé como media cuadra y…

—Siga adelante con el auto —dijo Sellers.

Avancé media cuadra y dije:

—Creo que fue aquí donde me estacioné.

—Siga conduciendo —volvió a decir Sellers.

Avancé hasta que regresamos a la avenida Rhoda.

—Dé vuelta a la derecha —me indicó.

Di vuelta a la derecha.

—Ahora, métase en este callejón.

Entré al callejón que me indicaba.

—Dé una vuelta en U y regrese hasta quedar mirando hacia la avenida Rhoda, pero no llegue hasta el borde de la misma.

Hice lo que me decía.

—Ahora apague las luces y el motor —ordenó.

Nos quedamos allí un momento, en completo silencio.

Sellers salió del auto y dijo:

—Quédese aquí hasta que yo le diga.

Caminó calle abajo y atravesó hacia la casa 762, donde se había cometido el asesinato. Yo podía verla desde donde estaba estacionado. Habló con los policías que estaban en los autos oficiales y luego aquéllos se perdieron de vista en sus automóviles.

Pasó un taxi muy despacio. Dio la vuelta a la manzana y volvió a pasar junto a mí.

La segunda vez que rodeó la manzana, Sellers iba en él. El taxi hizo alto en la boca del callejón.

Sellers salió del taxi y el conductor también, para unírsele, pero dejando el motor en marcha y las luces encendidas. Ambos se acercaron a mi automóvil.

—¿Es éste? —preguntó Sellers.

El chófer del taxi me examinó con mirada penetrante e insolente. Era Hermann Oakley.

—El auto es del mismo modelo y marca —dijo—, y creo que éste es el individuo que iba con él.

—Espere un minuto —le dije—. Está usted chiflado. Yo…

—Cállese —dijo Sellers—. Yo soy el que habla. ¿Qué pasó? —añadió, volviéndose hacia el chófer.

El taxista dijo:

—Ella salió del auto y llegó hasta la puerta de entrada. No tocó el timbre. Ella…, es decir, no creo que lo hiciera. Luego la mujer titubeó… y entonces comenzó a rodear la casa.

—¿Y después qué pasó?

—Pude ver su sombra frente a la puerta lateral. Ésta se abrió y vi su figura contra la luz del interior.

—¿Entró a la casa?

—Sí, entró.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Ella me había dicho que fuera hasta la siguiente calle y esperara allí.

—¿Y usted lo hizo?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo esperó?

—Me había dicho que esperara diez minutos.

—¿Y esperó ese tiempo?

—Esperé bastante rato, más de quince minutos.

—Pero se retiró de allí sin ella. ¿Por qué?

—Ella vino hasta el taxi y me dijo que ya no me necesitaba, liquidándome el importe.

—¿Sabe usted cómo regresó ella?

—Este hombre la recogió. Lo vi haciéndole señales.

—¿Cómo?

—Encendiendo fósforos o un encendedor de cigarrillos o… algo así…

—¿Cuántas veces?

—No las conté, pero por lo menos cuatro o cinco veces.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Antes de que yo me alejara la vi subir al automóvil con él.

—¿Y luego?

—Los dos se alejaron.

—Cuando nos dio su versión antes nos dijo que no le había pagado y que usted se había cansado de esperar. ¿Por qué?

—Ya he hablado de eso con usted, sargento. El asunto era un buen negocio para un conductor de taxis y yo me estaba aprovechando. Esta nena era una de las que frecuentaban con regularidad el lugar. Yo no sabía que se había cometido un asesinato. Yo sólo estaba tratando de protegerla.

—Exactamente como está usted tratando de protegerse ahora —dije.

—¡Cállese! —volvió a decirme Sellers.

—No puedo estar muy seguro respecto a este tipo, pero estoy segurísimo de la marca y el modelo del automóvil que estaba estacionado aquí en el callejón y estoy condenadamente seguro de haber visto las señales. Y sé que cuando la muchacha salió de la casa se fue en este automóvil.

—Mire, Sellers —dije—. Yo no me estacioné aquí. Yo no hice ninguna señal. Yo no recogí a Marilyn Chelan ni a ninguna otra persona. Pero sí vi un automóvil de la misma marca, del mismo color y del mismo modelo, pasar muy despacio. Y también vi un taxi.

Fue como si Sellers no me hubiera oído.

—Mire bien a este individuo —le dijo al taxista.

—Ya lo he visto bien. Es el mismo que me interrogó hace poco.

—¿Usted cree que es el conductor de aquel auto?

—Voy a ser franco. No podría jurar que es él. Estoy seguro de que el automóvil era de la misma marca y del mismo modelo que éste. Y pienso por lo tanto que pudiera ser el mismo automóvil.

—Okey —dijo Sellers—, eso es todo. Ya puede irse.

Sellers subió al automóvil conmigo.

—Muy bien, enano. Vamos a su apartamiento y en el camino puede contarme lo que tenga que decirme —dijo.

—Ese chófer de taxi está más loco que una cabra.

—Lo sé —admitió Sellers.

—Y ésa es una endemoniada manera de efectuar una identificación —dije—. Si se quiere identificar a una persona, se le pone en una fila y…

—Gracias, muchas gracias —dijo Sellers—. Siempre me agrada que los aficionados brillantes nos digan cómo debemos atender nuestro negocio.

»Pero ahora, enano —agregó—, le voy a dar una oportunidad. Usted está tratando de proteger a esta tipa, aunque no sé por qué lo hace. No voy a decir que ella fue la que cometió el asesinato ni voy a decir que usted lo hizo. Pero sí digo que ella le ha de haber dicho a usted algo de sus negocios con Jeanette Latty y usted sin duda le ha indicado la forma en que debe protegerse. Ustedes vinieron aquí para poner su plan en operación. Ella se vino en taxi tan pronto como Bertha se quedó dormida por efectos del narcótico. Recorrió los alrededores de la casa, exploró el lugar, se aseguró de que todo estaba bien, que la costa estaba libre y le dio la señal. Usted, a su vez, le hizo señales y entonces ella despidió al taxi. Ahora bien, ¿qué estuvieron haciendo ustedes dos?

—Anda usted por las nubes —dije.

—Pues se lo digo sin rodeos —dijo Sellers—. Está usted metido en este asunto hasta las orejas y se trata de un asesinato, enano. Ahora bien, no creo que usted sea ningún asesino, pero ciertamente que pierde los estribos cuando hay faldas de por medio. Esta muchacha le dijo cómo se había enredado con Jeanette Latty y usted planeó la manera de desembrollar las cosas y quitarla del gancho y que quedara bien con Archer. Pero entonces algo salió mal a medio camino y Jeanette Latty fue liquidada.

»No estoy diciendo que usted lo haya hecho —subrayó—,

cuando menos no lo he dicho todavía. Sin embargo, digo que Marilyn Chelan exploró el lugar y luego usted y ella comenzaron a poner en operación algún plan. Ahora bien, nosotros queremos saber cuál es ese plan y necesitamos saberlo rápidamente.

—Ya le he dicho que está completamente equivocado. Yo no me estacioné allí para nada.

—Hermann Oakley, el conductor del taxi, dice que usted estaba allí. Usted mismo lo oyó.

—Sí, lo oí —dije.

—Luego usted nos vino con todo ese cuento chino de que Archer, por alguna razón, quería que Marilyn Chelan se fuera del pueblo y toda esa complicada historia de llamadas telefónicas anónimas y cartas amenazadoras y todo lo demás —me espetó Sellers.

—Usted tiene trastornada la cabeza —le dije—. Ese chófer de taxi le dice lo que usted quiere que le digan y naturalmente lo escucha. Hay diez mil automóviles como éste en la ciudad. ¿Cómo demonios puede un chófer de taxi que transita por la avenida Rhoda, ver un auto estacionado en un callejón y reconocer al conductor? Eso es una locura. Yo le he contado los hechos exactos, pero usted ha sabido que Archer es amigo de uno de los comisionados de la policía y ahora anda buscando un primo a quien colgarle el milagro. Pero no me lo va a colgar a mí.

—Yo no le estoy colgando nada a nadie —dijo Sellers—. Yo estoy llevando a cabo una investigación. Pero no voy a dejar de golpear duro simplemente porque le conozco de hace tiempo. Yo sé muy bien que usted es rápido, hábil y listo y muy poco apegado a convencionalismos. Pero si me lo pregunta, yo le diría que sólo era cuestión de tiempo antes de que se viera involucrado en algún asesinato.

—Pues no voy a preguntárselo —dije.

—Está bien. Pero déjeme que le diga que le estoy dando la oportunidad de que se conduzca con honradez.

—Ya lo he hecho —dije.

—Pues bien —dijo Sellers—, usted es el que se ha preparado su propia cama. Y es usted el que va a tener que acostarse en ella. No me diga después que no le di su oportunidad. Y le voy a decir ahora mismo, Lam, que si me dice la verdad, haré todo lo que pueda para

comprobar su dicho. Si resulta que me ha dicho la verdad, yo lo respaldaré de todo a todo.

—Pues ya le he dicho la verdad. Vaya y compruébelo.

—Okey —dijo Sellers—. Si así quiere que sea, así será. Pero no trate de irse de la ciudad. Voy a querer interrogarlo mañana. En este momento está metido en este asesinato hasta las orejas. Vamos, acérquese a la acera.

Sellers hizo seña a uno de los autos de la policía que nos seguían y se subió en él. El auto se puso en movimiento y se alejó rápidamente.

Hasta donde podía yo saberlo, me habían dejado solo y nadie me seguía. Tenía que hacer muchas cosas antes de que amaneciera y muy poco tiempo por delante.

capítulo dieciséis

EL motel Skyview estaba por Santa Mónica.

A esa hora de la noche había muy poco tránsito. Las luces estaban apagadas en su mayoría. El motel tenía un gran anuncio rojo que decía

SKYVIEW

, y debajo uno más pequeño que indicaba que había

VACANTES

.

Detuve el auto y me dirigí al edificio que tenía un letrero en la puerta que decía «Oficina».

Oprimí el timbre.

Durante veinte o treinta segundos nada aconteció.

Volví a oprimir el timbre.

Dentro de la oficina se encendió una luz y se oyó la voz soñolienta de un hombre que decía:

—Bueno, bueno.

Después de un momento vi una sombra que se movía y luego a un hombre que se acomodaba los tirantes sobre los hombros. Se subió el cierre del pantalón y apareció bamboleándose bajo la luz de la puerta.

—¿Tiene un sencillo? —pregunté.

—Queda uno —respondió.

—¿Cuánto?

—Seis dólares.

Le di los seis dólares. Él me tendió una tarjeta para registrarme y yo llené los datos y puse mi firma.

—¿Cuál es el número de la licencia de su auto? —preguntó.

—Ah, anote cualquiera —dije.

—Nada de eso —respondió—. Yo siempre anoto los números de

las placas. Tuvimos una dificultad hace unas cuantas noches y fue una fortuna que lo hiciera.

—Se me ha olvidado el número —dije—. Espere un momento, voy a ver.

—Voy a comprobarlo yo mismo —dijo el hombre.

Salió tras de mí y anotó el número de las placas del automóvil de la agencia.

—¿Qué dificultad ha habido? —pregunté.

—Ah, no mucha —contestó.

—¿Se refiere usted acaso al hombre que le dio un ataque cardiaco aquí? —dije.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Yo estoy investigándolo.

—Qué demonios, yo creí que usted quería una cabaña.

—Sí, quería una cabaña —dije—. Por eso estoy aquí y ya le he dado el dinero. Ahora deme la llave. Eso es todo. Y también le estoy haciendo algunas preguntas acerca de lo que sucedió.

—Mire, amigo, yo ya he dicho lo que sucedió.

—Ya lo sé, pero quiero que me lo repita.

—¿Quién es usted?

Abrí una libreta de piel y le mostré rápidamente mi tarjeta de identificación.

—Estoy investigando el asunto —repetí.

—Okey, okey. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

—Dígame exactamente qué fue lo que pasó.

—No hay mucho que decir —dijo—. Este individuo llegó aquí y se registró…

—¿Como a qué horas?

—No lo sé. Alrededor de las nueve de la noche…, tal vez a las nueve y treinta.

—Muy bien, se registró… ¿Cómo se registró?

—Bajo su propio nombre, por supuesto. Era un individuo respetable:

Baxter C

. Gillett y señora.

—¿Y el automóvil que guiaba?

—Traía un *Cadillac*. Yo salí al pórtico para comprobar el número de las placas, como acostumbro hacerlo.

—¿Vio usted a la mujer?

—Muy vagamente… Bueno, en verdad, apenas la vi. No pude verla bien. Solamente vi a alguien en el automóvil con él. Mi negocio es un lugar respetable y no soy entremetido. No se puede administrar un motel si va uno a pedir el certificado de matrimonio a cuanta pareja se registra.

—¿Cuándo exactamente se dio usted cuenta de que algo andaba mal?

—Cuando la esposa me llamó en la mañana.

—¿A qué hora?

—Serían las siete.

—¿Y luego qué pasó?

—La mujer estaba casi histérica y quería que viniera un médico. Dijo que su marido estaba enfermo y añadió que creía que había muerto mientras dormía; que cuando ella despertó estaba a su lado, muerto.

—¿Usted qué hizo?

—Fui a la cabaña para echar una mirada. Pude darme cuenta de que el individuo estaba muerto tan pronto como lo vi, pero ayudé a la mujer a llamar al médico. Después, el médico sugirió que llamáramos a la funeraria y a la oficina del médico forense; yo traté de acallar la cosa lo más que pude. Esa clase de acontecimientos no le hacen ningún bien a mi motel.

—¿Y qué más? —pregunté.

—Eso es todo.

—¿Eso pasó la noche del día cuatro?

—Así es. Supongo que fue esa noche cuando murió. La mujer me llamó en la mañana del día cinco.

—¿Después de haber alquilado la última cabaña, se duerme usted?

—Me duermo antes. Algunas veces no las alquilo todas. Por lo general me acuesto como a las diez o diez y media, pero casi todo el tiempo duermo con un ojo abierto.

—¿Notó algo extraño esa noche? —pregunté—. ¿Pasó algo fuera de lo ordinario?

—No, nada. ¿Por qué?

—Sólo estaba pensando —dije—. ¿No oyó ningún taxi? ¿No llegó nadie en un taxi?

Él me miró con curiosidad.

—¿Por qué me hace esa pregunta? —quiso saber.

—Porque estoy tratando de poner las cosas en orden dentro de mi propia cabeza.

—Es curioso que usted haya hecho esa pregunta —dijo.

—¿Por qué?

—Porque… Bueno, como ya le dije, por lo general duermo con un ojo alerta. Es decir, la primera parte de la noche. Algunas veces a altas horas de la noche duermo profundamente.

—¿Y en aquel momento en particular? —pregunté.

—Bueno —dijo—. Yo estaba durmiendo con ojo avizor. Entró un automóvil y yo, aunque soñoliento, esperé a que tocara el timbre, pero no tocó. Volví a dormirme y luego desperté intrigado de por qué no había sonado el timbre, pero volví a dormirme…, más bien a medio dormir. Usted sabe bien esa sensación que tiene uno. Tal vez dormí unos veinte o treinta segundos intermitentemente, esperando que algo sucediera.

—Perfectamente. Pero, ¿qué sucedió?

—Ésa es la parte extraña. No pasó nada. Por eso me tranquilicé, pero después de unos cuatro o cinco minutos desperté plenamente y pensé que era muy curioso que llegara un automóvil y nadie tocara el timbre, porque antes de acostarme había revisado las cabañas ocupadas y todos los automóviles estaban estacionados frente a ellas. Por lo tanto, me levanté, pero el automóvil se iba ya… Es decir, supongo que era el mismo automóvil, y era un taxi.

—¿No se detuvo?

—No, siguió de frente.

—¿Y no investigó usted dónde había estado?

—No había manera de hacerlo. Me asomé y todas las cabañas estaban a obscuras, y…

—¿A qué hora fue eso?

—Alrededor de las once, supongo. Yo había estado en la cama como una hora. Aunque no miré el reloj.

—¿Y luego qué pasó?

—Bueno, me metí de nuevo a la cama y dormí profundamente. Había alquilado todas las cabañas esa noche y no tenía por qué permanecer despierto.

—¿Pudo haber entrado otro automóvil sin que usted lo oyera?

—Claro que sí. Podían haber entrado una docena. Cuando ya tengo todo alquilado duermo más profundamente que cuando estoy esperando una eventual llamada para alquilar una cabaña.

—Supongo que usted leyó los periódicos en los que venía la noticia de que Gillett había sido encontrado muerto en su cama.

—Por supuesto —dijo—, por supuesto que sí. ¿Por qué no había de hacerlo? Cuando pasa algo que le concierne a uno, naturalmente está uno pendiente de las noticias del periódico.

—¿Vio usted las fotografías?

—Sí.

—¿Había un buen parecido?

—Diablos, no lo sé —dijo—. No puedo acordarme de todas las diferentes gentes a las que les alquilo las cabañas. Cada noche ve uno toda una procesión de nuevos rostros. Por lo general las fotografías que ponen en las columnas de defunciones son de las que le hacen mucho favor al desaparecido. Pero esta fotografía no lo favorecía, lo hacía aparecer un poco más viejo, supongo.

—¿Usted le vio la cara después de muerto?

—Solamente lo vi de perfil. No puse mucha atención en sus rasgos. Tenía un brazo extendido y traté de sentirle el pulso, pero tan pronto como lo toqué me di cuenta de que tenía rato de estar muerto. Estaba tieso y bastante frío al tacto.

»Mire, Lam —añadió—, ya le he dicho todo lo que sé. Lo he repetido una docena de veces. ¿Qué es lo que se propone?

—Sólo estoy haciendo comprobaciones —dije—. Muchas gracias, señor… ¿Cómo se llama usted?

—Fallon —dijo—. Herbie Fallon.

—¿Trabaja su esposa aquí?

—No. Mi mujer murió hace un año y he estado administrando esto yo solo.

—Okey —dije—. Muchas gracias.

Fui luego a la cabaña y me metí a la cama, pero pasó una hora antes de que me durmiera. Sin embargo, aquel motel era el lugar más seguro para hacerlo.

capítulo diecisiete

ME levanté con la primera luz de la aurora. Me dirigí a un restaurante de los que permanecen abiertos toda la noche y me desayuné con tres tazas de café. Luego llamé a Bertha Cool por teléfono.

—¿Para qué demonios me hablas a estas horas de la mañana? —preguntó.

—Porque necesito que me ayudes.

—Mira, Donald —dijo Bertha—. Tú andas metido en…

—Ya sé que ando metido en aprietos.

—Sellers supone que estás mezclado en ese asesinato. Él todavía no se lanza de lleno porque no quiere correr el riesgo de tener que retractarse, pero está convencido, eso sí, de que estás metido en un enredo del demonio. ¿Qué diablos estabas haciendo allí, metido en el auto de la agencia y haciendo señales a esa mujerzuela?

—Quiero hablarte de eso y necesito que me ayudes —dije.

—Muy bien, necesitas que yo te ayude —dijo Bertha—. Ya que me has levantado a esta hora tan impropia, termina rápido. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que te encuentres conmigo frente a los apartamientos Vector.

—¿A qué hora?

—Dentro de media hora.

—Por Dios, Donald, no tienes compasión. Necesito una taza de café y…

—Tómate la taza de café, pero no te pongas a almorzar. Puede ser que no tengamos tiempo.

—¿Qué quieres que haga cuando llegue allá?

—Te necesito de testigo —contesté.

—¿Testigo de qué?

—De algo muy importante —le dije—. ¿Irás?

Bertha gruñó y por fin dijo:

—Muy bien. Iré.

Bertha Cool me encontró puntualmente a las siete y media frente a los apartamientos Vector.

—Buenos días, Bertha.

Ella me miró con ojos beligerantes y me dijo:

—¡Buenos días, Narciso! Tú sabes condenadamente bien que soy una inútil mientras no me tomo tres tazas de café.

—¿No te las tomaste antes de venir aquí?

—Apenas pude tomarme una taza a la carrera y me siento con ganas de decapitar a cualquiera.

—Magnífico —dije—. Así es como quiero que te sientas.

—¿Qué quieres que haga?

—Voy a hablar con una mujer —dije—. Creo que es una mujer muy hermosa y que tratará de emplear sus encantos y atractivos femeninos y todos los artificios de que sea capaz.

—Bueno, pues si trata de hacerlo conmigo, la pondré a dormir a bofetadas —dijo Bertha.

—Eso es precisamente lo importante —dije—. Quiero que te mantengas apartada, fuera de la línea de fuego, por así decirlo, simplemente a la expectativa. Y si llegas a la conclusión de que está mintiendo y está empleando sus encantos femeninos para recubrir de azúcar un montón de mentiras, entonces puedes ponerte a trabajar. Pero si crees que está diciendo la verdad, pues simplemente continúas allí, sirviendo de testigo.

—Muy bien —contestó Bertha—, acabemos de una vez. Me hacen falta unos huevos fritos, unas papas bien doraditas, salchichas y un buen litro de café.

—Okey —dije—. Recuerda que debes mantenerte a la expectativa hasta que hayas llegado a una conclusión.

Subimos por un ascensor y llamamos a la puerta del apartamiento de Pauline Garson.

Tocamos tres veces antes de que alguien contestara.

Luego una voz soñolienta dijo:

—¿Sí, quién es?

—Se trata de algo muy importante. Tenemos que verla inmediatamente —dije.

—¿Quiénes son ustedes?

—Soy Donald Lam, detective privado, y…

—Ah, sí. Marilyn ya me habló de usted. Dice que es usted muy simpático. ¿Qué se le ofrece, señor Lam?

—Simplemente quiero hablar con usted inmediatamente —respondí.

—Bueno…, no estoy presentable y el apartamiento es un revoltillo.

—Yo podría esperar aquí unos cuantos minutos, pero no mucho —dije—. Es un asunto que no admite esperas.

—Muy bien —dijo la muchacha—. Deme cinco minutos.

Esperamos en el corredor cerca de siete minutos.

Bertha no dejaba de consultar su reloj de pulsera cuajado de diamantes y de mirarme con ojos tan duros como aquéllos.

Por fin la joven abrió la puerta, ataviada con una bata de casa provista de un enorme cierre. Se había puesto medias y zapatos y peinado cuidadosamente; se había sombreado los ojos y se había pintado la boca con todo cuidado.

Sus largas pestañas abanicaron el aire y sus ojos me miraron, acogedores.

—Buenos días, señor Lam. Siento haberlo tenido… ¿Quién es esta persona?

—Es Bertha Cool, mi socia —dije—. Ésta es la señorita Pauline Garson, Bertha.

Bertha gruñó algo.

—Pasen ustedes —dijo Pauline.

Bertha, siguiendo mis instrucciones, se situó en una esquina del cuarto y se hizo lo menos notoria posible.

Pauline se sentó en una silla de respaldo recto y me indicó un acojinado sillón para que yo lo hiciera.

La luz matinal se filtraba por las cortinas color rosa y le daban a su rostro una apariencia ingenua e infantil. Se ajustó cuidadosamente la bata, pero poco después ésta resbaló sobre la suave seda de la media y sus piernas quedaron al descubierto.

—Muy bien, Donald —dijo—. Después de todo, me siento como si lo conociera perfectamente. Marilyn opina que es usted maravilloso. ¿De qué se trata?

—Quiero que recuerde la noche del día cuatro —le dije.

—El cuatro…, el cuatro —contestó frunciendo el ceño; luego rió roncamente y agregó—: Realmente, Donald, no soy muy buena para recordar mis actividades nocturnas, y no llevo ningún diario.

—No le será difícil recordar esa noche —dije—, porque esa noche conoció a un hombre de Santa Ana llamado
Baxter C
. Gillett.

—¿Yo lo conocí? —dijo marcando los hoyuelos de sus mejillas.

—Así fue.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó.

—Fueron a cenar y alguien más iba con ustedes, probablemente otra pareja. Uno de ellos sugirió que fueran a bailar y a beber, pero algo sucedió que hizo que Gillett quisiera dar por terminada la anoche y sus relaciones con ustedes, para irse a casa.

—Por Dios, Donald, usted está hablando de algo que me es completamente desconocido. ¿Quién es ese Baxter Gillett de quien usted me habla?

—No sé exactamente cuál haya sido la secuela de los acontecimientos —respondí—. Pero después Gilett fue narcotizado y llevado a un motel en Santa Mónica, llamado Skyview. Alguien vino por usted y la llevó a ese lugar. Usted entró en la cabaña con Gillett, se desvistió y se metió a la cama, y…

Pauline se incorporó, indignada.

—¿Que yo me desvestí con un desconocido en la pieza?

La miré directamente a los ojos.

—Sí, usted se desvistió con un hombre desconocido en el cuarto.

Ella se irguió con dignidad y tiró de la bata para cubrir sus piernas.

—Donald, yo creí que usted era un caballero —me dijo—. Pero me ha desilusionado. Ha lanzado una acusación que es injusta y falsa. Voy a tener que pedirle que se vaya.

—Usted ha estado asociada con Jeanette Latty —le dije—. No sé hasta qué grado, pero usted ha concurrido a citas con hombres, arregladas por ella.

—¿Es eso acaso un delito? —preguntó.

—Depende —advertí.

—Si va a tratar de inculparme de algo —dijo—, va a tener que probarlo.

—Y cuando Marilyn Chelan apareció por acá, usted se acordó de su amistad en Salt Lake City y le consiguió a Marilyn un par de citas. Pero resultó que Marilyn no entró en el espíritu de las cosas como se suponía que lo haría, y se ajustó estrictamente a las reglas que se habían impreso y que sólo eran una fachada para dar a todas las actividades un aura de respetabilidad.

Pauline titubeó por un momento, pero luego echó atrás repentinamente la cabeza y rió sonoramente. La bata se abrió nuevamente y pude ver más allá de donde terminaba la media.

—Donald, yo debería estar furiosa contra usted —dijo—, pero hay algo en la forma como hace las cosas que es encantador. Y hasta voy a decirle esto, Donald. Yo he estado casada y divorciada y sabía de lo que se trataba; en efecto, acepté algunas citas por conducto de Jeanette Latty. Ahora bien, no sé qué harían las otras chicas, pero yo sí violaba las reglas —me miró entrecerrando los ojos—. Después de todo, soy un ser humano, Donald, soy una mujer que tiene emociones. Si hay una persona que me simpatice… —y aquí volvió a mirarme acariciadoramente—, pues me inclino a ser afectuosa. Pero es todo lo que sé. Este asunto de Gillett es completamente nuevo para mí.

»Sin embargo, voy a tratar de ayudarlo en todo lo que pueda, Donald, porque, francamente, usted me simpatiza —continuó—. Usted tiene algo que me hace… Bueno, sé que se enojaría si le dijera que es guapo, pero es algo que me… Bueno, usted me gusta. En efecto, salí la noche del día cuatro y éramos dos parejas…

—¿Y usted vio a Marilyn esa noche? —pregunté.

—Así fue. Marilyn estaba cenando en el lugar en donde nosotros cenamos también. Luego salimos a tomarnos una copa en un club nocturno, y mi pareja tuvo algún remordimiento de conciencia o algo así y quiso dar por terminada la noche e irse a casa, y… Bueno, se fue.

—¿Se fue?

—Sí. Me llevó de regreso a la casa de Jeanette Latty y se despidió de mí.

—¿Y usted regresó a la casa de Jeanette Latty?

—Siempre regresábamos allí —dijo Pauline—. Así estaba estipulado, para que todos creyeran que vivíamos en la casa de Jeanette Latty, en la avenida Rhoda. Allí llegaban a recogernos y

allí nos dejaban después. Nunca los invitábamos a que pasaran, excepto en muy, pero muy raras ocasiones. Jeanette Latty tenía una pieza en el frente, reservada para esas ocasiones. Pero la mayoría de las veces nosotras… Bueno, la noche había terminado antes de que llegáramos allí… A nuestros acompañantes les decíamos que vivíamos allí en un *bungalow* con nuestra madre, y que ella estaba delicada de salud y se acostaba temprano.

—¿Por qué razón? —pregunté.

—Haga uso de su imaginación —dijo—. Jeanette cuidaba su negocio. Ella quería estar segura de lo que hacíamos, y no quería que nosotras tuviéramos otras citas por nuestra cuenta.

—¿Cómo se llamaba el hombre con el que usted salió la noche del cuatro?

—Cielos, Donald, no lo sé. Siempre nos tratábamos por nuestro nombre de pila. No creo que se llamara Baxter, pero eso es un poco difícil de decir. Nunca averiguábamos apellidos. Puede ser que yo lo llamara con algún diminutivo o algún sobrenombre, pero no me acuerdo.

—¿Y él cómo le decía?

—Todos me dicen lo mismo. Les digo que soy Polly.

—¿Está absolutamente segura de que no volvió a salir aquella noche, después de que él la llevó a la casa de Jeanette Latty? —le pregunté.

—Por supuesto que estoy segura —dijo Pauline, mostrándome sus hoyuelos—. Donald, siento haber hecho la comedia que hice. Después de todo, no soy un dechado de virtud y… Bueno, usted es un hombre y probablemente se dé cuenta de lo que siento por los hombres… Sencillamente me gustan los hombres.

Yo le lancé una mirada a Bertha.

Bertha Cool suspiró, se levantó de su silla, se acercó al centro de la pieza y miró desde arriba a Pauline.

—¿Así es que le gustan los hombres? —le preguntó.

—Sí.

—Usted es una condenada embustera y lo que le gusta es el dinero.

Pauline la miró y su rostro se fue poniendo pálido; la quijada se le soltó.

—Para su información, Pauline —dije—, a su amigo Baxter

Gillett le administraron algún narcótico. Le dieron una dosis excesiva que lo mató. Usted entró en la conspiración y eso la mezcla en un asesinato de primer grado, a menos que usted lo diga todo sin reservas. A Gillett, o le dieron una dosis excesiva de narcótico, o le fallaba el corazón y la droga le ocasionó un ataque cardíaco.

—No sé una palabra de todo ello —dijo Pauline, tratando de revestirse de cierta dignidad—, y voy a pedirles a los dos que se vayan. Y otra cosa, señora Cool. Voy a demandarla por difamación. Ha hecho usted comentarios que son denigrantes en cuanto a mí y no voy a quedarme tranquilamente oyéndolos.

—Pues no se ande por las ramas y demándeme —contestó Bertha—, y así tendré la oportunidad de ponerla al desnudo frente al jurado. Usted ha estado haciéndole a Donald la comedia de ser una chica decente. Pero por lo que a mí concierne, usted no es más que una cualquiera que se hace pagar demasiado caros sus favores; si cree que va a poder ocultar información en un caso de asesinato, anda muy equivocada.

»Soy yo la que le está hablando ahora, pero dentro de quince minutos estará hablando con la poli; y déjese de estarme enseñando las piernas. Comience a hablar y hágalo con la verdad.

—Ya les he dicho la verdad —dijo Pauline—. Les exijo que se vayan, y si no lo hacen los obligaré a salir por la fuerza.

—¿Sacarme por la fuerza? —rió Bertha—. Trate de hacerlo.

Pauline hizo un inefectivo intento de tomar a Bertha por el hombro.

Bertha la agarró por la bata y la arrojó tambaleándose hasta media sala. La bata se le quedó en la mano y Pauline quedó allí con su sostén, su pantaleta y sus medias.

—Usted quería que Donald le admirara las piernas y por eso no se puso zapatillas sino zapatos de tacón alto. Pero ahora déjeme decirle algo. Usted ha venido explotando un bonito negocio. Tiene una figura agradable y le está sacando todo el provecho posible. Su clientela es muy selecta y se siente en la cumbre. Tiene aquí un hermoso apartamiento, se divierte, bebe y come; le está yendo muy bien.

»Pero ahora dígame, ¿cómo se va a sentir en prisión, donde tendrá que usar una bata informe y sandalias sin tacones, donde cada día es tan triste y tedioso como todos los demás, y viendo su

juventud y su belleza y su hermoso cuerpo marchitarse paulatinamente, de modo que cuando salga será una vieja de cuerpo maltrecho, sin ningún porvenir, pero con un pasado que se le aparecerá una y otra vez para darle en el rostro cuando trate de conseguirse un trabajo honrado?

»Y allí le darán a comer almidones en lugar de proteínas. Se pondrá gorda y fofa. Y como hay que comer, comerá papas y pan blanco y toda clase de porquerías.

»Yo le estoy hablando de asesinato y de prisiones y de la policía, porque no sé quién demonios le puede estar diciendo que se calle, pero quienquiera que sea le está dorando la píldora y usted está arriesgando su futuro…

Pauline se abalanzó repentinamente sobre Bertha.

Ésta describió un arco con la mano derecha y le plantó a Pauline una cachetada que la mandó hacia atrás. Completó la faena con una izquierda.

—Anda, preciosa —le dijo—, ponte bronca. Me encanta que la fiesta se anime. No eres más que una mujerzuela embustera y te voy a ablandar a bofetadas.

Pauline se quedó encogida en un rincón.

—Comienza a hablar —le ordenó Bertha con los ojos llameantes —. Tú crees ser muy lista. Pero solamente estás haciendo el primo y vas a ser el chivo expiatorio. Las gentes que están metidas en este negocio sí son listas. Te han usado de carnada para aprovechar tu mercancía. Eso es todo. Cuando llegue la hora de rendir cuentas, no te van a respaldar ni a darte la mano. Te van a arrojar a los lobos para salvar su propio pellejo. Para ellos no eres más que un cuerpo y pueden conseguir muchos en donde te encontraron a ti. Por amor de Cristo, ¿no has visto suficiente mundo para saber cómo son las cosas?

La muchacha intentó decir algo, pero Bertha dio un paso hacia ella.

Pauline levantó las manos para protegerse.

—No, por favor, no —dijo.

—Pues comienza a hablar —contestó Bertha—. Y di algo que tenga sentido.

—Es…, es cierto —dijo Pauline.

—Así está mejor —aprobó Bertha—. Ahora, danos los detalles y

que sea rápido porque tenemos muy poco tiempo.

Pauline dijo:

—Me dieron a mí la tarea de animar, de poner a punto a este Baxter Gillett, como se suponía que teníamos que hacerlo con los clientes… Bueno, las gentes que manejan la cosa querían tener algo en contra de él.

—¿Quiénes son esas gentes?

—No puedo decirles sus nombres; me matarían.

—¿Quiere que le diga sus nombres? —intervine—. ¿Qué le parece George Dix?

—¿Usted lo sabe? —preguntó Pauline.

—Claro que lo sabe, muñeca —dijo Bertha—. Métete en la cabeza que Donald Lam conoce todo el condenado negocio, sabe todo lo que pasó y todo el enjuague. Por lo tanto, suelta tu parte.

Pauline se sentó y comenzó a llorar.

—Por amor de Dios —dijo Bertha—. Cierra el pico. Las lágrimas no me hacen mayor efecto que el nilón. Quiero hechos.

—Bueno, pues ustedes se lo habían imaginado más o menos bien —dijo Pauline—. Ellos querían sacarle algo a Gillett. Yo tenía que tratar de ablandarlo, pues querían ponerlo en una situación comprometida. Pero él no se tragó el anzuelo y entonces nos despedimos. Gillett se fue en automóvil con George Dix. George iba manejando el automóvil de Gillett y una muchacha iba con ellos, la amiguita de George. Me dejaron en la casa de Jeanette. Lo primero que supe después fue que me llamaban por teléfono. Me dijeron que me alistara para ir a pasear y pasar fuera toda la noche.

—¿En dónde estabas en ese momento?

—Estaba sentada, charlando con Jeanette Latty. Ella estaba un tanto amoscada porque la reunión se había deshecho tan temprano y se inclinaba a creer que yo no había cooperado satisfactoriamente.

—¿Y tú que hiciste entonces?

—Jeanette llamó un taxi para mí y…

—Un momento —le interrumpí—. ¿Sabe usted quién era el conductor del taxi?

—Por supuesto. Era Hermann. Hermann hacía casi todo el trabajo que necesitaba Jeanette.

—Muy bien. ¿Y qué pasó?

—Bueno, el taxi me llevó al motel Skyview y me dijeron que fuera a la cabaña número catorce, que el hombre de mi cita estaba bastante borracho, pero que había cambiado de parecer y se sentía solo y que quería compañía para cuando despertara.

—¿Eso fue todo lo que le dijeron?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Me metí en la cama con aquel tipo. Estaba borracho perdido; yo comenzaba a dormitar cuando lo oí ahogarse y removerse, tratando de respirar; lo siguiente que supe fue que se quedó completamente inmóvil. Pensé que se había desmayado y traté de oírle el corazón, pero no le latía. Le tomé el pulso y no lo había. Comprendí que estaba muerto. Busqué en sus bolsillos y encontré una tarjeta con los nombres de las personas a quienes notificar en caso de accidente e hice lo que pensé que era correcto. Llamé a su esposa y le dije francamente que su marido estaba en el motel conmigo, que había muerto y que me iba a alejar de allí.

—¿Y ella qué hizo?

—Yo lo leí en el periódico. Se portó a la altura de las circunstancias. Fue allá en un automóvil, se metió en la cama con el cadáver y luego simuló que a la mañana siguiente había descubierto que estaba muerto.

—¿Le dijo usted dónde iba a dejar la llave?

—Sí, debajo de la alfombra.

—Muy bien —intervino Bertha—. Ahora vístete, querida. Siento mucho haber tenido que darte duro, pero si te pones unas compresas frías en la cara quedarás bien.

Yo me acerqué al teléfono, lo levanté y dije:

—Quiero hablar con el sargento Frank Sellers en la jefatura de policía. Es algo importante.

capítulo dieciocho

AL principio, Frank Sellers se mostró escéptico, pero oyó la versión que dio Pauline mirándola con los ojos entrecerrados pensativamente, hasta que parecieron delgadas hendiduras. Mascaba sin cesar su puro y lo hacía rodar de un lado a otro de la boca, quitando ocasionalmente los ojos de Pauline para mirarnos a Bertha o a mí.

—Bien, enano —dijo—, usted está dirigiendo la orquesta. Yo no me inclino por nada todavía. ¿Qué idea tiene de lo que debe hacerse a continuación?

—Interrogar de nuevo a Hermann Oakley, el chófer de taxi —dije.

—Oakley está en claro. No hay dudas respecto a él —respondió Sellers—. Ha estado cooperando con la policía. Yo sé todo respecto a Oakley.

—Veamos si lo sabe —dije.

—Le digo que ya me contó todo —insistió Sellers—. Él astutamente se había dado cuenta de lo que estaba pasando en la casa de Jeanette, pero como estaba aprovechando pasajes y propinas, mantenía cerrado el pico.

—¿Le contó él del viaje que hizo al motel en Santa Mónica? —pregunté.

—No —respondió Sellers—, no me lo dijo.

Después de un momento añadió:

—Pero yo no se lo había preguntado. Por supuesto que fue idea de usted el que Gillett habia sido narcotizado y que podía haber un asesinato en el asunto. Mi idea es que él estuvo pensando las cosas y decidió que se había mostrado muy puritano, se tomó un par de copas y pidió que regresara la muchacha para pasar la noche con él.

—Muy bien —dije—, pero vamos a preguntarle a Hermann

Oakley. Si él ha estado cooperando de tan buena gana con la policía, podrá corroborar la historia de Pauline.

—Y suponiendo que no lo haga, ¿qué pasa?

—Pues, ya veremos —contesté.

—Maldita sea, Donald —dijo Sellers—. Usted siempre está tratando de quedarse con una parte del pastel. Ahora está mezclado en esto hasta el pescuezo. Estoy en la luna respecto a este asunto de Gillett. ¿Cómo demonios va nadie a poder probar que fue asesinado? Usted dice que al tipo ése le dieron gotas para narcotizarlo. El médico forense afirmó que su muerte se debió a una falla del corazón. El cuerpo ha sido incinerado. Nadie podrá probar nunca nada.

—Oakley mintió —dije—. Yo no le hice señales a Marilyn Chelan ni estaba estacionado allí cuando ella llegó en el taxi. Oakley ha embrollado totalmente su elemento tiempo.

—El tipo podría estar equivocado —dijo Sellers—. Usted mismo dijo que anduvo rondando por allí otro automóvil de la misma marca y modelo que el suyo. Oakley pudo haber visto ese automóvil.

—Eso es, pudo haber visto otro automóvil.

—Y puede ser que esté usted mintiendo —dijo Sellers.

—También puede ser —contesté—, pero debemos hablar con Oakley.

Sellers suspiró y se puso en pie, diciendo:

—Okey —volviéndose hacia Pauline, dijo—: Usted estese aquí y no se mueva. No hable con nadie. No hable con los periodistas. No llame por teléfono al tal Dix. Si suena el teléfono, no conteste. Si alguien llama a la puerta, no la abra. Estese quieta y no trate de hacer ningún movimiento. Simule que no está en casa. Y estese aquí hasta que yo regrese. Cuando yo venga, tocaré el timbre tres veces, luego esperaré un minuto, en seguida llamaré dos veces más, esperaré otro minuto y tocaré otra vez. Cuando oiga esa señal, abra la puerta. Pero hasta que oiga la señal, estese quieta y no haga ningún movimiento.

Sellers se dirigió cansadamente hacia la puerta.

—Venga, enano.

—¿No me necesitan? —dijo Bertha—. Estoy muerta de hambre. Quiero desayunarme y…

—La necesitamos aquí —dijo Sellers—. No se vaya.

—¿Tiene la dirección de Oakley? —pregunté—. Creo que trabaja de noche.

—Por supuesto que tengo su dirección —dijo Sellers—. Eso es lo malo con ustedes los condenados aficionados. Creen que la policía embrolla todo. Vamos, salgamos de aquí y acabemos con este asunto de una vez.

Sellers tenía una patrulla de la policía esperándolo y en ella fuimos a la casa de Oakley.

El lugar era una zona de edificios de apartamientos de mala muerte y Oakley tenía una habitación en una pequeña casa que tenía una fachada bien presentada, pero que por dentro olía a rancios olores de cocina.

Sellers encontró el apartamiento y llamó con fuerza a la puerta.

Después de un momento una soñolienta voz masculina dijo:

—¿Qué demonios pasa?

—Soy el sargento Sellers, de la policía. Abra.

—¡Ay, Dios! —dijo la voz—. Ya le he dicho todo lo que sé una docena de veces.

—Digo que abra —respondió Sellers.

Se notaba que Oakley estaba ya completamente despierto.

—Mire —protestó—, no me conviene que entre usted ahora, sargento. Vaya a su automóvil y espéreme. Me visto y bajaré en dos minutos.

—¡Abra! —gritó Sellers.

—Es que yo… no estoy solo —protestó Oakley.

—Diablos —dijo Sellers—, he dicho que abra.

Después de un momento la puerta se abrió.

Oakley apareció, con el pelo alborotado, en pantalón y camisa. En la cama había una chica de buen ver, que se había cubierto con las sábanas hasta el cuello y miraba toda muerta de miedo.

Sellers hizo caso omiso de la muchacha. Caminó hasta la cama y se sentó en el borde. Yo permanecí junto al tocador.

—Vamos a hablar de la noche del día cuatro —dijo Sellers—. ¿Qué hay de eso de que usted llevó a una muchacha a un motel en Santa Mónica?

—¿Yo? —preguntó Oakley con aspecto de dignidad ultrajada.

—Sí, usted —dijo Sellers.

—No recuerdo claramente, sargento —dijo Oakley, dirigiendo su mirada hacia mí—. ¿Qué está tratando de hacer este tipo? ¿Trata de librarse de apuros poniéndome en mal predicamento con la policía?

—Yo soy el que hace aquí las preguntas —contestó Sellers—. ¿Llevó a esa muñeca al motel Skyview?

—Tendré que ver mis registros de trabajo para estar seguro, pero… —trató de escurrirse Oakley.

—Un asunto como ése no se le iba a olvidar —dijo Sellers—. Conteste. ¿La llevó?

—Bueno…, pues yo diría que puede ser…

—¿Por qué no me lo dijo?

—¿Decírselo? —preguntó Oakley—. ¿Qué demonios tiene que ver eso con el caso que está investigando?

—No lo sé —admitió Sellers—. Pero yo necesitaba saber todo lo que usted supiera de las actividades de Jeanette Latty y de las chicas que empleaba.

—Bueno, yo se lo dije.

—Pero no me dijo una palabra de Pauline Garson —dijo Sellers.

—¿Pauline…? Yo no conozco a ninguna Pauline… ¡Ah!, ¿se refiere a Polly?

—Tal vez. Pero tampoco me dijo nada de Polly.

—Yo no veía a Polly con mucha frecuencia —dijo Oakley—. Había muchas otras muchachas que…, bueno, que pedían que yo fuera. Vea usted, es como ya se lo dije. Jeanette no quería que su casa llamara mucho la atención, o que se dieran cuenta del negocio que ella administraba y por lo tanto trataba de concentrar en un solo chófer todos los viajes que se hicieran. Ellas siempre preguntaban por mí y si yo estaba libre, pues el despachador me mandaba. Si yo no estaba disponible, usaban algún otro taxi.

Sellers se pasó el puro de un lado a otro de la boca, miró a la muchacha que estaba en la cama y preguntó:

—¿Quién es?

—Una amiga —respondió Oakley.

Se me ocurrió abrir el cajón del tocador y curiosear lo que había.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sellers a la muchacha.

—Dolly —respondió.

—¿Es usted una de las chicas de Jeanette Latty? —preguntó

Sellers.

La muchacha titubeó un momento y luego asintió con un movimiento de cabeza.

—Tampoco me dijo nada de Dolly —le dijo Sellers a Oakley.

—Dolly es una amiga personal mía. Yo estaba tratando de protegerla.

—En otras palabras, me ocultó información.

—Por lo que hace a Dolly, sí.

—Y a Polly —añadió Sellers.

—Muy bien, también respecto a Polly —admitió Oakley—. Puede habérseme pasado algún pequeño detalle, pero en la mayor parte le dije todo lo que sabía.

Yo busqué en el cajón del tocador y saqué una media de lana de mujer y se la arrojé a Sellers.

—¿Tiene eso algún significado para usted? —le pregunté.

Sellers la vio por un momento y comenzó a sacudir la cabeza negativamente, pero repentinamente su atención se fijó en el peculiar dibujo de la media.

—¡Vaya, me lleva el diablo! —exclamó—. Es la compañera de la media que tenía la piedra con que le rompieron el cráneo a Jeanette Letty.

Hermann Oakley se lanzó alocadamente hacia la puerta.

Frank Sellers se movió con la precisión de una máquina bien aceitada. En la mano izquierda tenía la media, y con la derecha le dio un soberbio puñetazo que lo dejó tendido cuan largo era.

Sellers examinó una vez más la media, me miró y luego sacó las esposas del bolsillo, volteó el cuerpo inanimado de Hermann Oakley y se las colocó en las muñecas. Después le dijo a Dolly:

—Vamos, muñeca, vístase.

—¿Delante de ustedes? —protestó la muchacha.

Sellers la miró sardónicamente y dijo:

—No me haga reír.

Dolly, emitiendo un suspiro, se bajó de la cama.

capítulo diecinueve

LOS periódicos se dieron vuelo con la noticia.

Frank Sellers y el capitán de detectives compartieron el mérito de haber aclarado aquel crimen sin tener ninguna pista, como no fuera una media de lana de mujer, en la que había sido metida una piedra.

Hicieron un recuento del asesinato de Jeanette Latty, hablaron del servicio de acompañantes que funcionaba desde la avenida Rhoda y que en realidad era sólo una fachada para las actividades criminales de Hermann Oakley, conductor de taxi, y de George Littleton Dix, que de día era corredor de bienes raíces y de noche se dedicaba al chantaje y a explotar mujeres.

Cautamente se refirieron a Archer como «el ejecutivo de una importante firma, socialmente prominente», que había tenido un desfalco en sus cuentas y había pedido a su amigo Dix que lo ayudara a salir del apuro. Debido a una inminente batalla por conseguir la representación mayoritaria de los accionistas, querían controlar la compañía. Conjuntamente habían elaborado un plan para sorprender al presidente de la misma en una situación comprometedora. Cuando la víctima rehusó morder el anzuelo, los conspiradores trataron de borrar sus huellas.

Sin embargo, Jeanette Latty estaba bastante enterada del maquiavélico plan y había tratado de hacer un poco de chantaje por cuenta propia; como su acción amenazaba con derrumbar el castillo de naipes, Dix y Oakley se habían entrevistado con ella para obligarla a disciplinarse.

Se describía en detalle todo el altercado. Oakley había golpeado a la mujer con una macana improvisada hecha mediante el recurso de meter una piedra en una media de lana. Dix había estrangulado después a la mujer. El prominente hombre de negocios que estaba

citado para entrevistarse con el par de rufianes, se había alarmado cuando advirtió que la policía estaba vigilando la casa y por lo tanto no estuvo presente en el momento del asesinato. Por ahora la policía no había dado a conocer su nombre, pero estaba haciendo amplias investigaciones.

Al querer cubrir su rastro, el par de delincuentes había tratado de ejercer presión sobre una de las muchachas que había visto demasiado, con la esperanza de obligarla a abandonar la ciudad. Aquello le había proporcionado una pista al sargento Sellers. Le había confiado el caso al capitán de detectives Donald Matheson, y los dos veteranos oficiales de la policía habían solucionado el caso en menos de cuarenta y ocho horas durante un intenso e ininterrumpido trabajo de día y de noche.

Por lo que se refería a Dix, se encontraba fugitivo de la justicia. Oakley había convenido en servir de testigo de cargo y había anunciado su intención de declararse culpable y ponerse a merced de la corte. La policía tenía la opinión de que el ejecutivo de la importante compañía no había estado presente en el momento del asesinato, ni había sido partícipe de los hechos delictuosos efectuados por Jeanette Latty, Dix y el chófer de taxi, pero sí había tratado de aprovechar aquella combinación para los fines de su batalla por el control de la compañía.

No se decía nada de la muerte de
Baxter C
. Gillett.

—Y respecto a Gillett, ¿qué pasará? —preguntó Bertha—. ¿Saldrá a la luz todo lo que hubo en su caso?

—No —dije—. Ya he hablado con Norman Clinton por teléfono. La policía está en la creencia de que Gillett no estaba para nada interesado en la seductora carnada que le habían preparado. Al contrario, él había llamado a su esposa y ambos habían partido de vacaciones.

»El cadáver ha sido incinerado —agregué—. No podrán encontrarse pruebas de envenenamiento. Es una gran cosa que los asesinos no digan, ni dirán, una palabra al respecto y la policía no se atreverá a hacerlo porque no podrá probar nada y no quiere aparecer como que se les fue entre los dedos un caso de asesinato. La policía sólo puede hacerse cargo de un crimen a la vez.

Bertha leía el periódico y rumiaba mis comentarios.

Las fotografías del capitán Matheson y de Frank Sellers aparecían por todo el periódico y se informaba que el jefe tenía pensado hacerles objeto de una distinción. Los intrépidos oficiales de policía habían resuelto un caso en que no había ninguna pista y habían estado trabajando arduamente día y noche para lograrlo.

—Muy bien —dijo finalmente Bertha—. Tú eres un tipo con muchos sesos. ¿Pero qué demonios sacamos nosotros de todo esto?

—Pues no lo sé —le respondí—. Pero cuando menos hicimos un buen trabajo en favor de un cliente.

—¿Qué cliente? —preguntó Bertha.

Se oyó llamar tímidamente a la puerta.

—¿Quién es? —dijo en voz alta Bertha.

—Elsie Brand.

—Bueno. Pase, Elsie. No se quede ahí toda encogida.

¿De qué se trata ahora?

Elsie me tendió una carta de entrega inmediata.

—Esto acaba de llegar para usted, Donald —dijo—. Y viene marcada urgente.

Abrí la carta. Era un cheque firmado por
Ruth C
. Gillett, por dos mil quinientos dólares.

No venía una sola línea explicativa.

Arrojé el cheque sobre el escritorio de Bertha.

—Pues podríamos empezar con eso —le dije.

Bertha miró el cheque y dijo suavemente:

—¡Que me frían viva! No cabe duda de que tienes gran poder sobre las mujeres.

Elsie continuaba dentro de la pieza.

—Bueno —dijo Bertha—, ¿hay algo más?

—Marilyn Chelan está en la oficina —dijo Elsie—. Quiere darle las gracias a Donald, pero quiere hacerlo personalmente.

Las manos ansiosas de Bertha cogieron el cheque. Tomó un sello de hule para hacer el endoso, lo mojó en el cojín, lo estampó en el reverso del cheque, y tendiéndoselo a Elsie, dijo:

—Muy bien. Lleve este cheque y deposítelo y deje que Marilyn entre a darle las gracias a Donald. Pero asegúrese de que este miserable se limpie bien toda la pintura de labios antes de que

reciba a cualquier cliente que llegue.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.